

**División de Ciencias Sociales y Humanidades**

**Posgrado en Historiografía**

*Análisis de la narrativa testimonial sobre el  
sitio de Querétaro*

**TESIS**

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

**MAESTRO EN HISTORIOGRAFÍA**

PRESENTA

LIC. JUAN ALFONSO MILÁN LÓPEZ

ASESOR: DR. MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ FUENTES

Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo

Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT)

México, Distrito Federal, Diciembre de 2011

*Para mis queridos compañeros*

*Víctor Iván Gutiérrez Maldonado, Myrna Rivas, Carlos Esguibe, Georgina Cebey  
y Rosario Juan Mendoza*

*Para mis amigos*

*Alicia Puga Hernández, Mayra Aguirre, Iván Antonio Pérez García, Jorge Jiménez,  
Martín Hidalgo y Mariana Tapia*

*Para los profesores*

*Miguel Ángel Hernández Fuentes, Leonardo Martínez Carrizales, Christian  
Sperling, María Herrerías Guerra, Silvia Pappé y Sonia Rosas Zavala*

*Quaeque ipse miserrima vidi*

*Et quorum pars magna fui.*

(Virgilio)

## Índice

<b>Introducción</b> .....	I
<b>Capítulo 1.</b> La narrativa testimonial .....	1
1.1.- Las formas de la memoria .....	3
1.2.- La memoria como narración de hechos pasados .....	4
1.3.- La memoria escrita en el siglo XIX mexicano .....	5
1.3.1.- Memorias informativo–administrativas .....	7
1.3.2.- Memorias elocutivas .....	9
1.4.- La narrativa testimonial, otra forma de la memoria .....	14
1.5.- Presencia de la mentalidad retórica en la cultura letrada del México del siglo XIX.....	19
1.6.- Cronología sintética sobre el sitio de Querétaro .....	22
1.7.- Espacios donde se desarrolló la acción narrativa .....	24
1.8.- Cuadro informativo de las narrativas testimoniales analizadas .....	25
<b>Capítulo 2.</b> Elogio y vituperio .....	27
2.1.- Cinco testigos presenciales. Perfil biográfico y horizonte (Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco o. Arce .....	31
2.2.- Elogios a la virtud .....	41
2.3.- Vituperio al vicio .....	56
<b>Capítulo 3.</b> Denuncia y refutación .....	63
3.1.- Cuatro testigos presenciales europeos. Perfil biográfico y horizonte (Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix de Salm Salm e Inés de Salm) .....	65
3.2.- Manuel Ramírez de Arellano y su disputa con el lugarteniente del Imperio .....	90
3.3.- Vicios, defectos y carencias que motivaron la denuncia .....	95
3.4.- La vindicación .....	106
3.5.- La rectificación .....	119
<b>Conclusiones</b> .....	124
<b>Fuentes consultadas</b> .....	129

## Introducción

Uno de los acontecimientos de mayor trascendencia para el México del siglo XIX, fue, sin lugar a dudas, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Autores mexicanos y extranjeros han estudiado esta etapa desde distintas aristas. Los estudios históricos han tratado temas como las ambiciones coloniales de Napoleón III;<sup>1</sup> la aparente simpatía entre el conservadurismo mexicano y la Intervención;<sup>2</sup> la disputa militar entre republicanos e imperialistas;<sup>3</sup> la lucha civil de Juárez y los liberales;<sup>4</sup> la personalidad de los soberanos Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica;<sup>5</sup> las representaciones artísticas y culturales<sup>6</sup> entre otros tópicos, produciendo así, una extensa historiografía del periodo.

---

<sup>1</sup> Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*. Traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

<sup>2</sup> Martín Quirarte, *El problema religioso en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967; José Manuel Hidalgo, *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*. Recopilación, prólogo y notas de Sofía Vera de Bernal, México, Editorial Porrúa, 1960; Francisco de Padua, Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*. Prólogo de Martín Quirarte, México, Editorial Porrúa, 1994; Erika Pani, *Para mexicanizar el segundo imperio*, México, El Colegio de México, 2001.

<sup>3</sup> Juan de Dios Arias, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del Norte durante la intervención francesa sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Nabor Chávez, 1867; Pedro Pruneda, *Historia de la Guerra de México desde 1861 a 1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996; Émile de Kératry, *La contraguerrilla francesa en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; Luis Garfias M., *La intervención francesa en México. La historia de la expedición militar francesa enviada por Napoleón III para establecer el segundo imperio mexicano*, México, Panorama Editorial, 1986; Jesús de León Toral, *Historia documental militar de la Intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1962.

<sup>4</sup> Ralph Roeder, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006; Justo Sierra y Carlos Pereyra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, UNAM, 1956.

<sup>5</sup> Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; David Arce, *Desventura y pasión de Carlota: esquema para un estudio*, México, Editorial Jus, 1962; Frederic Hall, *Life Of Maximilian I, late Emperor of Mexico, with a sketch of the Empress Carlota*, New York, Published by James Miller, 1868.

<sup>6</sup> Arturo Aguilar Ochoa, *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 2001; Esther Acevedo, *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867)*, México, INBA, 1995; Torcuato Luca de Tena, *Ciudad de México en tiempos de Maximiliano*, Barcelona, 1989.

En 1970 Martín Quirarte escribió *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano* un texto sumamente ambicioso, dedicado a analizar las producciones más importantes sobre el tema, aunque el análisis quedó reducido a nueve ejes de discusión,<sup>7</sup> porque “examinar la bibliografía sobre el referido tema [...] resultaba extremadamente difícil”.<sup>8</sup> Quirarte sentenció que una de sus pretensiones era que *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano* viera la luz en 1967, año que se celebraba el primer centenario del triunfo de la República, pero nuevos documentos que salieron a la luz en coincidencia con el aniversario retrasaron la publicación.<sup>9</sup> En este ánimo de “celebración” apareció la obra *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, prologada por Daniel Moreno y editada por Porrúa. Ésta, resultó ser sólo un compendio de las narrativas testimoniales más importantes sobre el sitio, con apenas una breve introducción a las mismas. El texto está dividido en dos apartados. En el primero se encuentran las memorias *Recuerdos de México*, por Samuel Bash y la célebre *Querétaro* del oficial francés Albert Hans. *Apuntes históricos* del general Sóstenes Rocha e *Informe* del general Mariano Escobedo.

El segundo apartado de *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, contiene íntegramente el *Memorando sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria*, escrita por los abogados del archiduque, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, y por la trascendencia para éste, también se reproduce íntegramente la ley del 25 de enero de 1862, promulgada por Benito Juárez y que fue utilizada por el consejo de guerra que sentenció a muerte a Maximiliano. Estos documentos han sido de vital trascendencia para los diversos estudios que se han elaborado sobre el proceso jurídico del Emperador y su posterior ejecución.<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> Destacan el análisis sobre las crónicas de viaje que alentaron las ambiciones imperialistas de los franceses, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* y *Lettres sur l'Amérique du Nord* de Alejandro de Humboldt y Michel Chevalier respectivamente; revisa la bibliografía de los intervencionistas mexicanos José María Gutiérrez Estrada y José Manuel Hidalgo; las producciones de los defensores de la República entre la que destaca *Revistas históricas sobre la intervención francesa* de José María Iglesias; estudia las obras producidas durante el Porfiriato en defensa del actuar del gobierno juarista. Quirarte no cae en la parcialidad y da cabida al estudio de obras en contra de las decisiones tomadas por Benito Juárez como las de Francisco Bulnes y Carlos Pereyra.

<sup>8</sup> Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993, p. 7.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>10</sup> José Manuel Villalpando, *Maximiliano frente a sus jueces*, México, Escuela Libre de Derecho, 1993; Jorge Mario Magallón Ibarra, *Proceso y ejecución vs. Fernando Maximiliano de Habsburgo*, México, UNAM, 2005.

Por su parte, el Gobierno del Estado de Querétaro, publicó en el mismo año de 1967, una serie de bibliografía destinada a exaltar los valores de la República. Entre éstos tenemos *El sitio de Querétaro: del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867* de Francisco O. Arce, y la amena *El sitio de Querétaro en 1867: Memorias íntimas* de Bernabé Loyola.<sup>11</sup>

Pero *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, tenía otra finalidad. Esta era, según Quirarte, “abrir ruta para propiciar nuevos estudios sobre el tema”.<sup>12</sup> Este periodo histórico no ha sido abandonado por los investigadores, al contrario continúa vigente en el interés intelectual de muchos, esta afirmación queda sustentada en los trabajos que la comunidad académica ha emprendido en los últimos años, muchos de los cuales se han acercado a la historia cultural.<sup>13</sup> Entre los trabajos que más destacan se encuentran los realizados por la doctora Erika Pani, *Para mexicanizar el segundo imperio* (2001) y *El segundo imperio* (2004). Su primer texto puede inscribirse dentro de la historia cultural, específicamente en el ámbito político. Nos brinda la oportunidad de conocer de cerca el imaginario de los políticos mexicanos que colaboraron de cerca con Maximiliano, de aquellos que estaban convencidos de que el Imperio era un proyecto de gobierno viable, que terminaría con el permanente estado de crisis y guerra en que se encontraba sumido el país desde su independencia. En lo tocante a *El segundo imperio*, éste es una especie de continuación del trabajo de Quirarte, ya que Erika Pani lleva a cabo un estudio de la producción historiográfica del Imperio, rescatando de manera particular las obras que los viajeros europeos, poniendo particular atención en las explicaciones que dieron sobre el fracaso de la aventura imperial. Recoge las versiones construidas por los historiadores del periodo durante el último tercio del siglo XIX, generalmente marcadas por la tendencia ideológica.

---

<sup>11</sup> Fueron reimpresas en el año 2009, por el mismo Gobierno del Estado, *Cfr. infra*, p. 37.

<sup>12</sup> Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, p. IV.

<sup>13</sup> Los estudios culturales se enfrentan con las formas originarias de capturar la realidad de acuerdo con la lógica de la investigación científica caracterizada por una serie de lineamientos rígidos “como la objetividad de la fuente y la posibilidad de entender las acciones a partir de la intencionalidad de los actores”. Para Roger Chartier la historia cultural aborda el estudio de las representaciones y los imaginarios junto con el de las prácticas sociales que los producen; también se ocupa por los modos de circulación de los objetos culturales. *Cfr.* Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

Otro historiador que se ha dado a la tarea de estudiar con entusiasmo este periodo de la historia nacional es sin duda Konrad Ratz. Podemos mencionar dos textos *Querétaro: fin del segundo imperio mexicano* (2005) y *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo* (2008). *Querétaro: fin del segundo imperio* no es un análisis crítico de la vasta historiografía consultada por el autor, sino que resulta una narración de tipo informativo que va conduciendo al lector por los hechos más importantes de este episodio. Inicia con un breve preludio sobre la Intervención Francesa, para después narrar los sucesos más notables e incluso curiosos ocurridos durante en el sitio queretano, como las batallas más memorables, los intentos por salvar la vida de Maximiliano, su violento fin en el cerro de las Campanas, el arribo de su cadáver a Austria, hasta la descripción de los monumentos y lugares de memoria que se erigieron en la ciudad con el paso de los años. Konrad Ratz tuvo acceso privilegiado a documentos inéditos muy valiosos de México y Austria, así como importante material fotográfico que enriquecen de manera notable su obra.

En *Nuevos datos y aspectos de Maximiliano*, Ratz trae a la luz pública cuestiones personales del Emperador, como su inclinación a la poesía, el trato que tuvo para con la familia de Carlota, cuestiones relevantes sobre su llegada a México, los intentos por acercarse a Benito Juárez, las políticas “liberales” que trató de establecer en su gobierno, las cartas de amor y política enviadas a su esposa, su enjuiciamiento y la hipótesis soñadora que afirma que el archiduque no murió fusilado (teoría negada por el autor y diversos historiadores).

En el ámbito local, destacan los trabajos de los profesores de la Universidad Autónoma de Querétaro, *Querétaro devastado. Fin del segundo imperio* (2007) de Blanca Gutiérrez Grageda y *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867* (2009) de Ramón del Llano Ibáñez.

La obra de Blanca Gutiérrez versa sobre la destrucción a la que se redujo la ciudad después de concluida la guerra. Se analiza el drama humano que vivieron los queretanos, y las políticas diversas y contrapuestas que siguieron las autoridades para subsanar los daños. No obstante la autora entra al terreno de la polémica al volver a poner a discusión asuntos tan traídos y llevados en la historia del sitio, como la participación del coronel López en la entrega de la plaza a los republicanos.



El texto de Ramón del Llano es una compilación muy similar a la de Daniel Moreno en tanto que rescata las versiones de otros testigos presenciales del sitio, como las del doctor Hilarión Frías y Soto, Carlos Miramón e Ignacio Manuel Altamirano.

Pero *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano* contiene otra invitación sugerente y a la que nosotros hemos atendido: “La narración de los sucesos de Querétaro constituye la parte más complicada de la historia del imperio”.<sup>14</sup> De tal suerte, hemos consagrado este estudio una selección de catorce narraciones testimoniales sobre este hecho de armas, hemos procurado que todos los grandes momentos en la historia del sitio se encuentren representados. Incluimos narraciones castrenses que da cuenta de las batallas más importantes; testimonios civiles que informaron sobre el ánimo de los queretanos durante las operaciones y las crónicas de varios viajeros europeos, cuyo horizonte de enunciación influyó de manera determinante en la descripción que hicieron sobre las ciudades y la conducta “negativa” de los ciudadanos mexicanos.

Estas producciones, aparecidas apenas un par de años después de la caída del Imperio, representan una veta fructífera para llevar a cabo un ejercicio hermenéutico. Konrad Ratz señala que estos testimonios “a veces contradictorios, a veces compatibles fueron surgiendo algunos problemas sin solución definitiva”.<sup>15</sup> Afirmación bastante atinada, pues muchos testigos centraron su atención en un determinado suceso y omitieron otros igual de relevantes; el estilo narrativo es distinto; la manera de juzgar la participación de otros personajes llegaba a ser polémica al recalcar las virtudes y los vicios de cada uno. Todas estas características diferentes en los testimonios respondían a un determinado fin, a una necesidad de expresar una serie de motivos personales y colectivos mediante la narración escrita. Sea cual fuere el propósito de estas narraciones, se encuentran enmarcadas bajo ciertos principios dominantes de la época y por el horizonte de enunciación en que se movía cada autor. El estudio y comparación de tal diversidad en estilos y formas en el discurso escrito, de los diferentes motivos personales que los autores entretejieron en sus

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>15</sup> Konrad Ratz, “Nuevas investigaciones en torno a la estancia de Maximiliano en Querétaro” en Patricia Galeana (Comp.), *La definición del Estado Mexicano 1857-1867*, México, Archivo General de la Nación, 1999, pp. 508-509.

narraciones valiéndose de algunos moldes y géneros retóricos justifica la presente investigación.

La metodología que hemos utilizado para llevar a cabo el estudio sobre la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro, es el propuesto por la retórica clásica. Adoptamos lo que Aron Kibédi ha denominado “segunda actitud frente a la retórica”, es decir, considerarla como una disciplina paralela a la hermenéutica, por lo tanto, como un arte de interpretar textos o, en otras palabras, un esquema de análisis del discurso.<sup>16</sup> En este contexto entendemos a la retórica como una teoría de la argumentación que proporcione un sistema de análisis adecuado para la orientación persuasiva.<sup>17</sup> Aristóteles definió la retórica como “la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble”.<sup>18</sup> Lo que reduce al pensamiento retórico al puro *inventio*.<sup>19</sup> En efecto, el tercer libro de la *Retórica* de Aristóteles brinda herramientas teóricas sobre la ordenación de ideas y recursos persuasivos con la finalidad de ocultar, modificar, simular o adornar la presentación de los hechos, según unas determinadas conveniencias. Esta propuesta aspira a proporcionar los medios técnicos que respondan a las disposiciones psicológicas, morales e intelectuales de

---

<sup>16</sup> Aron, Kibédi Varga, “Université et limites de la rhétorique”, *Rhetorica*, p. 18, 2000.

<sup>17</sup> El sistema plurisecular de la retórica se puede identificar con una disciplina global del hecho literario, y ha demostrado a lo largo de los siglos ser lo suficientemente flexible y polifacético como para poder ser aplicado a toda clase de textos. Cfr. Eugenia Houvenaghel, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 22.

<sup>18</sup> Aristóteles, *Arte poética y Arte retórica*, México, Editorial Porrúa, 2007, p. 86.

<sup>19</sup> La teoría aristotélica sobre la persuasión, es una teoría que privilegia el aspecto mental de la retórica, la *inventio*. No obstante a través de los siglos se han experimentado importantes matizaciones y modificaciones en su estructura teórica y en su misma concepción durante el transcurso de su utilización e interpretación en épocas sucesivas. En la época romana desembocará en el sistema de Cicerón y Quintiliano, quienes desarrollaran y refinaran sobremanera los aspectos de la *dispositio* y *elocutio*; en la Edad Media se presentará una atención especial al componente de organización global del texto, mientras que en los siglos XVIII y XIX las aportaciones corresponderán principalmente a elementos de exornación verbal del discurso. Para Jesús González Bedoya la evolución histórica de la retórica tiene que ver con la mentalidad filosófica de la época, y, más exactamente con la base en la valoración de opinión subjetiva en relación con la investigación objetiva. Esto es muy importante, pues si la verdad se considera como una evidencia racional, sostenida por argumentos lógicos, la retórica se concibe como un método destinado a hallar argumentos válidos e ideas certeras que pueden persuadir sobre lo que se declara. Cfr. Eugenia Houvenaghel, *Op. Cit.*, p. 23; Tomás Albaladejo, *Retórica*, Madrid, Editorial Síntesis, 1989, p. 19, y Jesús González Bedoya, “Pereleman y la retórica filosófica”. Prólogo de la traducción española de *Tratado de argumentación*, Madrid, Gredos, 1989, p. 10.

los diversos oyentes y se aproveche con este fin las enseñanzas de un ética y de una psicología ya doctrinariamente bien constituidas.

Entonces, cuando en este trabajo de investigación nos referimos a la retórica, estamos hablando de todo un sistema mental que los letrados del siglo XIX, en este caso los testigos presenciales del sitio de Querétaro ordenaron a través de la memoria o narrativa para sostener una postura, así como lograr la persuasión<sup>20</sup> de sus lectores.

En el *Arte Retórica*, establecido por Aristóteles desde el siglo IV a. C., y adoptada por autores de la época romana como Cicerón y Quintiliano, se intenta poner un límite al exceso *oratorius*. La retórica no es un fin en sí mismo, sino un conjunto de técnicas donde existe un conocimiento previo. Al ser una ciencia vacía intenta definir en qué circunstancias debe utilizarse ese conjunto de técnicas. Deja muy claro que en el discurso hay tres elementos (orador, discurso y receptor). Aristóteles sistematizó y estableció una tipología correspondiente que constituiría el modelo de la preceptiva posterior.<sup>21</sup>

Según Aristóteles el público establece la estructura del discurso, partiendo siempre de dos grupos de receptores; éstos tienen que tomar una decisión sobre el tema planteado en el discurso (géneros deliberativo y judicial) y los que no tienen que actuar ni decidir sobre la cuestión tratada (género demostrativo), realiza así, una clasificación tripartita de los géneros.

Una premisa rectora en esta tesis, será observar que varias obras sobre el sitio de Querétaro se pueden comprender a la luz de dos géneros: el género demostrativo o epidíctico, discurso por lo general de tipo ornamental y destinado para alabar o denostar a un individuo; y el género judicial o forense aquella clase de discursos que son utilizados ante un tribunal de justicia. Su esencia es acusar o defender mediante pruebas la participación negativa o positiva de un sujeto en un evento dado.

Antes de entrar de lleno a la comparación entre los géneros retóricos y la narrativa testimonial del sitio de Querétaro, nos parece pertinente dedicar el primer capítulo a establecer las diferencias entre la memoria y la narrativa testimonial. Para

---

<sup>20</sup> Debemos entender a la *persuasión* como el acto de “llevar a creer algo”, “hacer creer”. Distinto a convencer “hacer comprender”. Este último requiere una respuesta excesivamente racional del lector. Recuérdese que la retórica se distingue precisamente de la lógica por incluir argumentos emotivos entre sus métodos básicos. Cfr. Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación*. Traducción de J. Sevilla Muñoz, Madrid, Gredos, 1994, p. 6.

<sup>21</sup> Bice Mortara Garavelli, *Manual de Retórica*, Cátedra, Madrid, 1991, p. 120.

sustentar las diferencias, haremos una revisión de los diversos textos que en el siglo XIX se rotulaban bajo el término “memoria”. Recordemos que todavía para el final del referido siglo “la historia no contaba con un estatuto disciplinario propio”.<sup>22</sup> Esto implicaba que la cultura letrada perteneciente al México pos independiente que incursionaba en ella, recurriera a elementos propios de la literatura, del periodismo o del arte, en suma a los archivos culturales compartidos por comunidades del conocimiento a lo largo de los años (con las técnicas de la retórica incluidas). El resultado: novelas históricas, vindicaciones, periódicos, leyendas y cuadros de costumbres que también se rotularon con la palabra memoria.

De tal manera, que la finalidad del primer capítulo será establecer un deslinde entre la memoria como un proceso de registro, reproducción del pasado colectivo y de larga duración, y memoria referida a una narración en primera persona, de duración corta, y en el cual se describen los principales sucesos en los que participaron y fueron testigos quienes las escriben.

Para referirnos a esta tipo de memoria hemos designado el término de “narración testimonial”, cuyas características principales son las siguientes: la escritura como forma de organizar la memoria; la presencia de un evento coyuntural que motiva la *inventio* y la *dispositio*; la observación y participación del autor en el evento; la trasmisión y defensa de un tipo de identidad, y la aportación de pruebas que confirman la participación efectiva o censurable tanto del autor, como la de otros sujetos involucrados.

En el segundo capítulo realizaremos una lectura a partir del género demostrativo de la retórica aristotélica para observar cómo los testigos elogiaron o denigraron a otros participantes en los hechos. Recordemos que este género hace uso de las técnicas persuasivas destinadas a lograr la admiración y distracción del receptor, el cual no puede juzgar sobre los hechos que se le están narrando. La virtud y el vicio se convirtieron en los elementos que los autores recuperaron para culpar o alabar a los demás. Los autores que hemos escogido para ejemplificar esta vertiente fueron Albert Hans, subteniente francés de artillería; José Luis Blasio, joven mexicano y secretario particular del Emperador; Bernabé Loyola un acaudalado hacendado queretano, y los generales republicanos Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce.

---

<sup>22</sup> María Luna Argudín, *Historiografía general del siglo XIX: Constitución de saberes, principios dominantes y sus géneros de expresión* México, UAM-A (Cuadernos de Posgrado), p. 9.

Presentamos en primer lugar, un perfil biográfico de los autores citados y hacemos referencia a elementos constitutivos en la enunciación de sus obras.

A continuación repasamos el proceso diegético que llevan a cabo los autores, resaltando las virtudes auto-proyectadas en sus textos, pero no sólo las de ellos sino las de otros sujetos como Maximiliano, personajes del bando contrario o sujetos colectivos como el ejército o la población indígena. Las principales virtudes identificadas fueron la fortaleza y la magnanimidad, virtudes que en el caso de la causa imperial no fueron suficientes para impedir el colapso de la empresa de Maximiliano.

El género demostrativo también contempla el vituperio, admite considerar actuaciones dignas de rechazo y condena. El vicio resulta perjudicial para una causa e influye de manera negativa sobre la buena disposición y virtudes inherentes a un individuo. Los autores revisados también tomaron la palabra para señalar los vicios de otros, entre los cuales se encontraba la injusticia y cobardía.

En el tercer capítulo analizamos la narrativa testimonial que tenía un doble propósito, por un lado, acusar ante la opinión pública las actitudes negativas que otros individuos había adoptado con la finalidad de acabar con el Imperio. Por otra parte, observaremos cómo los acusados también utilizaron la escritura para responder y lavar su honra. Aquí nos fue de suma importancia la utilización del género judicial. Citemos brevemente sus características: existe siempre una disputa esencial, se presenta una acusación y una consecuente defensa ante un juez o tribunal que debe decidir según las argumentaciones y las pruebas expuestas en cada caso sobre los mismos hechos para llegar así a una conclusión. Este género posee una mayor carga dialéctica, ya que se enfrentan dos posiciones que proponen soluciones opuestas, destinadas a influir en el veredicto final. En este género el uso de las técnicas retóricas es más notorio, se trata de echar mano de ellas de la manera más eficaz posible para convencer al auditorio. Lo que convence no deben ser las palabras sino las pruebas y los hechos.

Bajo este modelo discursivo veremos cómo los autores europeos el conde Carl Khevenhüller, oficial austríaco, heredero de una noble familia austriaca, Félix de Salm Salm, coronel prusiano combatiente de la guerra de secesión norteamericana y Samuel Basch médico de cámara de Maximiliano lanzan acusaciones argumentadas,

sustentadas en pruebas tales como documentos, cartas y notas periodísticas para tratar de persuadir al lector de que los generales Leonardo Márquez, Miguel Miramón y el coronel Miguel López son culpables de la toma de la plaza el 15 de mayo de 1867. En tanto que la princesa Inés de Salm Salm, esposa del coronel prusiano acusó al doctor Vicente Licea, quien practicó la autopsia del extinto Emperador, de traficar ilícitamente con la ropa y otras reliquias.

Por su parte el general mexicano, Manuel Ramírez de Arellano, jefe imperial de artillería durante el sitio también expresó su condena hacia Leonardo Márquez, a quien acusa de querer buscar la muerte del Emperador para consumir una supuesta venganza por haber sido desterrado del país en misión diplomática.

Los acusados no permanecieron en silencio, pues contestaron las acusaciones en textos vindicatorios. Tanto Márquez como Licea respondieron haciendo énfasis en su inocencia, al mismo tiempo que reviraron convirtiéndose ellos en los acusadores, utilizan sus propios argumentos y pruebas para culpar a sus fiscales.

En este capítulo también abordamos las llamadas “rectificaciones” aparecidas a raíz de este acontecimiento coyuntural. Representan también una respuesta con un fin persuasivo respecto a una acusación, con la salvedad de que no eran escritas por el que se consideraba injuriado, sino por algún otro individuo que también había sido testigo presencial y participante en los hechos. El propósito de la rectificación era “aclarar” persiguiendo principalmente dos fines: completar una historia que aparentemente no había sido contada de manera fidedigna, lo que implicaba una calumnia u ofensa que tenía que enfrentarse, para así vindicar el honor, tanto de una sola persona, como de una colectividad. Su espíritu de defensa pone a las rectificaciones en el terreno del género judicial. Las rectificaciones que rescatamos para este ejercicio son las del doctor Hilarión Frías y Soto a la obra de su colega el doctor Basch; y la de Ignacio de Peza y Agustín Pradillo a la narrativa testimonial de Félix de Salm Salm.

# Capítulo 1

## La narrativa testimonial

En el lenguaje coloquial la memoria es un acto consciente destinado a la recuperación de algún momento del pasado. No obstante en un contexto científico reflexionar en torno a la memoria representa un gran desafío epistemológico, pues implica referirse a una serie de discusiones emparentadas. Una discusión fundamental para la historiografía es sin duda, la construcción de un tipo de discurso, el cual puede ser narrativo o simbólico estrechamente ligado con la recuperación de eventos del pasado. A partir de ahí se desprenden muchos problemas de investigación. Desde el ámbito narrativo se puede debatir sobre su organización temporal; la búsqueda de algún tipo de identidad individual o colectiva y del papel que juega el sujeto que memora a través de la escritura.<sup>1</sup> Desde la perspectiva simbólica, se puede discutir sobre los ritos y prácticas enfocadas a rescatar el pasado; así como sus formas de representación. Por otra parte, podemos debatir sobre las herramientas y formatos destinados a almacenar la memoria.<sup>2</sup>

Un ejemplo acerca de los diferentes caminos que puede seguir la memoria, se encuentra presente en la escritura de la historia en el México decimonónico del siglo XIX. Buena parte de estos discursos escritos se rotulaban con la palabra “memoria” o “memorias”, incluso siendo una mera cuestión de título, la memoria a la que se referían tenía acepciones distintas<sup>3</sup>. Los autores de esa centuria escribieron memorias

---

<sup>1</sup> Pero también es válido preguntarse sobre el papel que desempeñan los sujetos que son descritos, narrados o creados en el discurso narrativo.

<sup>2</sup> Esta discusión estaría centrada las características intrínsecas del formato en que se almacena la memoria: un libro, un lienzo o un material audiovisual, lo que nos hace reflexionar en torno a la validez y eficacia de formatos modernos, concretamente aquellos que ofrece la tecnología, y que autores como Jacques Le Goff califican como “mutaciones en la memoria”. Cfr. Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991, pp. 131-181.

<sup>3</sup> Para citar algunos ejemplos presentamos algunos títulos de textos producidos en el siglo XIX. Nótese que la palabra *Memoria*, no remite a un género narrativo en específico: *Memoria Estadística de Oaxaca y descripción del valle del mismo nombre* (1821) (Relación estadística del estado de Oaxaca, por Carlos María de Bustamante); *Memorias de un guerrillero* (1897)



para exaltar las condiciones naturales, sociales y las potencialidades económicas del país; memorias sobre héroes ficticios, que a través de su valentía y decisión, contribuyeron a construir la patria; memorias que pretendían informar sobre la administración del gobierno; memorias como arengas o manifiestos políticos; memorias autobiográficas y memorias de personajes que a partir de su condición como testigos de un evento coyuntural de primer orden, dejaron un testimonio sobre las experiencias que vivieron. Esta última intención en la memoria, la hemos denominado “narrativa testimonial”.

El siglo XIX mexicano está lleno de episodios históricos que fueron recordados a través de este tipo de narrativa. Quizá uno de los más importantes por la gran cantidad de testimonios y por la heterogeneidad de los mismos, fueron los que se escribieron a partir del sitio de Querétaro de 1867 que puso fin al Segundo Imperio mexicano. Entre ellas destacan *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, (1870) de Samuel Basch; *El sitio de Querétaro: memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, (1868) de Albert Hans; *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, (1869) de Félix Salm Salm; *Maximiliano íntimo: El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*, (1905) de José Luis Blasio.

Pero antes de abordar de lleno estos testimonios, nos parece pertinente que antes discutamos tres asuntos fundamentales: primero aquello que se considera memoria desde una perspectiva teórica, para poder comprender mejor el sentido y la intención de los discursos escritos que en el siglo XIX que se consideraban como

---

(Novela histórica dedicada al recuerdo de la guerra de reforma, escrita por Juan Antonio Mateos); *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Relaciones y Exteriores e Interiores presenta a su cargo, leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823 e impresa por orden del Soberano Congreso* (1823) (Informe sobre el estado que guardaba el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el imperio de Agustín de Iturbide por Lucas Alamán); *Memoria política instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España* (1821) (Manifiesto en el que Fray Servando Teresa de Mier intentaba convencer a Agustín de Iturbide que abandonara la idea de querer traer un monarca europeo a México y decidirse por implantar una república); *Memorias* (1819) (Texto autobiográfico del dominico Fray Servando Teresa de Mier donde relata su exilio en España entre 1795 y 1805 y su participación en la guerra de independencia).



memorias. En seguida hondaremos en torno a las características constitutivas de narrativa testimonial, finalmente expondremos brevemente sobre la continuidad del pensamiento retórico en la cultura letrada del siglo XIX.

### 1.1.- Las formas de la memoria

Sus formas son múltiples. A juicio de Maurice Halbwachs, existe una memoria interior y otra exterior al individuo, una memoria personal y otra social, la memoria autobiográfica y la memoria histórica. Esta última sería la especificación temporal de la memoria colectiva.<sup>4</sup> Halbwachs distingue así entre la memoria individual, y una memoria socio-histórica y colectiva. La idea de una memoria colectiva no está sin embargo exenta de problemas epistemológicos, ya que toda memoria es referida a experiencias concretas y ha de estar depositada en algún sujeto, por otro lado “tiene todo lo necesario para constituir un marco vivo y natural en que el pensamiento puede apoyarse para conservar y encontrar la imagen de su pasado”.<sup>5</sup>

Como vemos, resulta sumamente complicado dar un concepto unívoco sobre la memoria. En sentido estricto sería la capacidad de recordar algún evento o circunstancia del pasado. Pero pueden anexarse otros significados, como un sistema de conservación y reproducción de información; o como “el proceso neurocognitivo que faculta al ser humano para obtener, conservar y utilizar la diversidad de conocimientos y habilidades”.<sup>6</sup>

Para algunos autores como Elizabeth Jelin, es imposible encontrar una definición única para la memoria; en cambio sí es viable hablar de “procesos de construcción de las memorias”,<sup>7</sup> de memorias en plural. Dicha construcción implica explorar diversas posibilidades sobre la forma y la finalidad de recabar, guardar y reproducir información. La construcción de memorias trata de responder a las siguientes preguntas: ¿Para qué se memora? ¿Cómo se memora? Y ¿Quién memora? Su respuesta se encuentra en función de la disciplina desde la cual deseamos abordar al pasado. Por ejemplo, desde la antropología las construcciones

---

<sup>4</sup> Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, París, Presse Universitaires de France, 1968, p. 2

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> Emilio Rodríguez Herrera, *Campeche e identidad en el discurso de la Memoria*, Tesis para obtener el grado de maestro en historiografía, UAM-A, 2010.

<sup>7</sup> Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Barcelona, Siglo Veintiuno Editores, 2001, p. 15.

de la memoria estarían compuestas principalmente por los ritos y las prácticas de una sociedad determinada; para la sociología los bloques constitutivos pueden estar formados por los deseos conscientes o inconscientes de restauración de lazos sociales, amistosos y afectivos.<sup>8</sup> Desde el ámbito de la historiografía, proponemos que una de las aristas en la construcción de las memorias, se enfoca a la elaboración de un género discursivo, nutrido de una noción espacio-temporal, en el que se busque preservar identidades individuales o colectivas.

## 1.2.- La memoria como narración de hechos pasados

La sustancia principal de la escritura de la historia es narrar y describir un hecho a partir de un uso correcto del lenguaje: buena sintaxis, semántica y coherencia, lo que dota al discurso de una mayor comprensión e indudablemente permitirá al receptor una mejor interpretación de él. El narrador pretende dar a conocer una historia. En palabras de Paul Ricoeur “llevar a cabo las explicaciones históricas”.<sup>9</sup> Elaborar una historia del pasado, es dotar de sentido y coherencia a una serie de acciones y experiencias realizadas por sujetos reales o imaginarios, implica construir una dimensión espacio temporal en donde se desarrollan los componentes pretextuales (acontecimientos; acciones realizadas en un tiempo y un espacio).

La memoria remite al pasado y es activada en el presente. En este proceso intervienen tres elementos: el individuo que memora, el contexto social y un género discursivo a través del cual se memora. La ausencia de alguno de éstos hace prácticamente imposible recordar o apelar al pasado. Ahora bien, remitirse al pasado responde a una inquietud que se presenta en el individuo, y que pretende influir en el contexto social del presente de su enunciación y del futuro.

Darle voz a la memoria en cierto sentido es acto liberador del pasado, acto que en varios casos está ahí para paliar algún un tipo de sufrimiento.<sup>10</sup> Pero en la memoria

---

<sup>8</sup> Una excelente trabajo sobre la restauración de lazos sociales después de las dictaduras latinoamericanas es Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2006.

<sup>9</sup> Paul Ricoeur, *Historia y narrativa*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1999, p. 89.

<sup>10</sup> Elizabeth Jelin considera que memorar un sufrimiento representa una gran dificultad, pues son las situaciones donde la represión y la disociación actúan como mecanismos psíquicos que provocan interrupciones y huecos traumáticos en la memoria. En otras palabras el sufrimiento no se puede memorar porque implica una carga afectiva negativa y no se trata de un acontecimiento importante. Incorporar el sufrimiento a una estructura narrativa dejará al

no sólo se refugian los acontecimientos traumáticos que buscan de algún tipo de reivindicación, sino que también es un terreno propicio, a través del cual otro tipo de acontecimientos son comunicables. En este sentido la memoria está nutrida por el acontecimiento o “la acción” que ha ocurrido en el tiempo pasado, que se captura y almacena en el presente y que se conserva para el futuro.

La discusión sobre el tiempo en la memoria puede pasar a un segundo término si no se hace hincapié en “la acción” que motiva la memoria. Debemos entender “la acción” como una imitación de la realidad. Paul Ricoeur propone que esa imitación, la que ya había estudiado Aristóteles en la *Poética*, se representa a través de un tipo de discurso.<sup>11</sup> Es precisamente en la acción donde inicia la configuración del tiempo por medio de *mimesis*,<sup>12</sup> la cual debemos entender como la disposición de los hechos mediante la construcción de la trama o (*mythos*).

### 1.3.- La memoria escrita en el siglo XIX mexicano

Siguiendo a Aristóteles, *la Poética* es un instrumento que sirve para indicar la creación artística en general, la cual es concebida como una imitación de la realidad sensible.<sup>13</sup> Dicha realidad se puede distinguir por medio de géneros, siendo el más importante la tragedia, pero también en la epopeya, la comedia y la poesía. De la misma manera que Aristóteles distingue géneros a través de los cuales se imita la acción, vamos a clasificar los géneros en los que la cultura letrada del siglo XIX incursionó, y que rotulaban con la palabra “memoria”.<sup>14</sup> No obstante existe otro elemento de la cultura clásica, fuertemente arraigada en los hombres de letras del siglo XIX: la imparcialidad y el compromiso de decir la verdad, a la manera que lo enuncian Cicerón, Tácito y

---

descubierto los síntomas que indican la presencia de lo traumático. Cfr. Elizabeth Jelin, *Op. Cit.*, p. 9.

<sup>11</sup> Beatriz Sarlo comenta que las acciones ocurridas en el tiempo pasado se tornan comprensibles “en la manera que se les organice mediante los procedimientos de la narración [...] se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato”. Cfr. Beatriz Sarlo, *Op. Cit.*, p. 13.

<sup>12</sup> Ricoeur traduce literalmente, a la *mimesis* como el “proceso activo de imitar o representar” Pero ¿qué es susceptible a ser representado? ¿Las relaciones sociales? ¿las marcas culturales? ¿La ficción de la literatura? ¿Qué imitamos? ¿Qué representamos? Ricoeur nos da otra vez la respuesta: representamos “la acción” que es una representación de hechos mediante la construcción de la trama. La acción es una perseguidora del tiempo. Hay siempre una acción aunque no seamos testigos de ella. Cfr. Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I*, México, Siglo XXI, 2007, p. 83.

<sup>13</sup> Aristóteles, *Arte poética. Arte retórica*, Editorial Porrúa, México, 2007, p. IL

<sup>14</sup> Sin embargo suscritas todas a la literatura.

Luciano de Samosata, quienes incitan al letrado a “estar animado del deseo de decir la verdad, y que no se halle expuesto a callarla, [...] que llame a las cosas por su nombre sin inquietarse por la ofensa o el agrado que esto resulta”.<sup>15</sup> Enunciar la verdad, resulta un desafío complicado; las elites letradas enunciaron “su verdad” a partir de dos supuestos: sus creencias personales y la destreza, armonía y pulcritud con que escribieron sus obras, lo que revestía a las mismas con un alto grado de verosimilitud. Es difícil razonar sobre lo que para Alamán, Mora o Bustamante era la verdad. Preferimos concentrarnos a la manera poética, sobre el género a través del cual enunciaron la realidad que percibían del país. En este contexto, José María Luis Mora describió a través de cuadros estadísticos las condiciones geográficas, económicas, demográficas y políticas de la República, y particular de cada estado y territorios. La realidad percibida por Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, entre otros, se plasmó en los cuadros de costumbres, que describían de manera chusca e irónica las tragedias y alegrías ocurridas en la escena popular, pero también fueron un medio ideal para sátira y burla de las elites sociales. En el campo de la novela, destacaron los trabajos de Juan Antonio Mateos y Vicente Riva Palacio, donde personajes reales e imaginarios pelearon con gallardía por la emancipación de la patria.

La historia en el siglo XIX como un género más de la literatura, tenía una función muy especial: “ser un medio para el arte de la descripción y persuasión que usa un contenido específico: el pasado”.<sup>16</sup> De esta manera encontramos dos diferentes géneros de documentos que se rotulaban con la palabra memoria. Las memorias de carácter estadístico y los informes de labores ministeriales, que se encontraban más cercanos a la descripción física del territorio nacional, implicaban preservar datos y cifras sobre las actividades económicas de sus habitantes. Mientras que un sentido persuasivo sobre el nacionalismo y la identidad nacional, tenemos un tipo de memoria más elocutiva como las novelas, poesía y relatos autobiográficos,

---

<sup>15</sup> *Del Orador*, citado por Manuel Larrainzar, “Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México” en Juan Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, p.155.

<sup>16</sup> María Luna Argudín, “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)” en Jorge Ruedas de la Serna, *et al. La tradición retórica en la poética y la historia*, México, UAM-A/CONACYT, 2004, p.44.

donde cobran mayor relevancia las hazañas de los personajes más representativos de la historia nacional.

### 1.3.1.- Memorias informativo–administrativas

La noción del buen gobierno como fin del Estado, aparece a partir de las transformaciones del pensamiento político en el siglo XIII, e implicaba alcanzar el bien común en sus manifestaciones más variables, no sólo la observancia del derecho existente, sino en la legislación de nuevas leyes que implementara la elevada misión que entrañaba la utilidad pública. Por lo tanto se esperaba que “el buen gobierno” dedicara sus esfuerzos a la solución de problemas que se presentaban dentro del territorio sobre el cual se iba constituyendo la experiencia administrativa. Esta experiencia se cultivó en la Nueva España, siguió vigente en los primeros años del siglo XIX a través de las memorias administrativas que los virreyes dejaban a sus sucesores. Estas memorias tenían valor jurídico como norma supletoria del gobierno. Las memorias administrativas tenían también un papel continuador de políticas entre los gobernantes como de insumo jurídico supletorio para estimular su implementación en pro de la utilidad pública.<sup>17</sup>

#### *Los cuadros estadísticos*<sup>18</sup>

Este tipo de memorias versaba sobre la situación geográfica de una determinada zona del país,<sup>19</sup> se escribían bajo una forma expositiva, casi noticiosa. Tenían por objeto

---

<sup>17</sup> Omar Guerrero Orozco, “La investigación histórica: Notas sobre la Historia de la Secretaría de Gobernación” en Patricia Galena (Comp.), *Normatividad Archivística*, México, Archivo General de la Nación, 1997, p. 106.

<sup>18</sup> No podemos decir que este tipo de memoria es propia del siglo XIX, pues desde el siglo XVI, la Corona española mandó que se realizaran descripciones geográficas de los territorios conquistados. Durante la Colonia se siguieron realizando este tipo de memorias estadísticas, aunque las autoridades novohispanas decidieron darle un orden expositivo a la información recabada, por lo tanto se elaboraron cuestionarios específicos que permitieran obtener los datos que requeridos. Esta estructura en las memorias estadísticas básicamente se siguió utilizando en el siglo XIX. Cfr. José Marcos Medina y Bustos, “Las memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano”, en José A. Ronzón y Saúl Jerónimo (Coords.), *Formatos, géneros y discursos. Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*. México, UAM-A, 2000, p. 226.

<sup>19</sup> Un trabajo muy ilustrativo sobre las características de este tipo de memorias, podemos encontrarlo en la tesis para obtener el grado de maestro en historiografía de México, de José Marcos Medina Bustos, *Sonora, tierra en ‘guerra viva’: visiones sobre una sociedad de frontera (1822-1850). Un análisis historiográfico de cinco memorias estadísticas de la época de autores oriundos de la región*, México, UAM-A, 1998.

describir físicamente a un territorio y a sus habitantes, “destacando las potencialidades de progreso, los problemas que impiden acceder a él y las propuestas de solución que se consideran pertinentes”.<sup>20</sup>

Los cuadros estadísticos brindaban la oportunidad de conocer a fondo territorios aparentemente desconocidos. Era un informe que se sustentaba en la aparente verosimilitud en las cifras. En el cuadro estadístico las voces que se escuchaban más alto, eran las de los individuos de carne y hueso, aquellos que se desarrollaban y vivían en el área que se estaba describiendo. En estos cuadros no había cabida para la ficción, al contrario, el mismo uso de datos duros y documentos fehacientes le daba a este tipo de memoria, según la concepción de la época, un carácter científico.<sup>21</sup>

La descripción científica que suponen los cuadros estadísticos brindaba al Estado la oportunidad de conocer los recursos del país, para así tratar de instrumentar las acciones que se consideraban necesarias para que México se desarrollara y alcanzara a las naciones civilizadas. Ésta fue una manera más de colaborar en la forja de la nación.

#### *Los informes de labores ministeriales*

El 8 de marzo de 1822 José Manuel de Herrera, primer ministro de relaciones exteriores del México independiente, se presentó ante el Congreso para exponer el estado que guardaba su ministerio. Un año más tarde, ya desaparecido el primer Imperio de Agustín de Iturbide, Lucas Alamán también comparecería ante el Congreso como ministro del Interior y de Relaciones Exteriores con el mismo fin. En ambos casos los ministros escribieron una relación o *Memorias* sobre los trabajos desarrollados en sus ministerios. En el caso de Alamán el documento se tituló *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Relaciones y Exteriores e Interiores presenta a su cargo, leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823 e impresa por orden del Soberano Congreso*. Ambos documentos fueron presentados sin que existiese alguna disposición de carácter administrativo o constitucional que

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>21</sup> Entre los trabajos más destacados a los que podemos hacer mención, se encuentran *Resumen de la estadística del imperio mexicano* (1822) de Tadeo Ortiz, y la primera parte del texto *México y sus revoluciones* (1836) de José María Luis Mora, titulado “Estado actual de México” en donde el autor elabora una relación estadística de las condiciones geográficas, económicas, demográficas y políticas de la República y particular de cada estado y territorios.

obligase a ello.<sup>22</sup> Estos documentos se suman al elemento descriptivo sobre la nación que se está formando, estaban escritos para rendir cuentas, dar validez, legitimidad y autoridad a las acciones de gobierno o administrativas que se han realizado durante cierto tiempo. Aunque su carácter fue más del tipo administrativo y político son fuentes válidas para conocer al país.

### 1.3.2.- Memorias elocutivas

Una vez concluida la independencia, una elite intelectual influenciada por el pensamiento liberal, romántico y retórico, entre los que se encontraban Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, se preocuparon por construir la identidad nacional a partir de la escritura, es decir, a través de la literatura en sus más variados géneros: “los idiomas, la oratoria, la poesía, todos los escritos inspirados por la imaginación o que son la expresión de un sentimiento, la historia y todos los ramos anexos a ella”.<sup>23</sup> El acto de escribir sobre la incipiente nación mexicana, además de ayudar a forjar una identidad, implicó también una diferenciación respecto a otras naciones. En este sentido para los autores que incursionaron en la literatura, era de mayor relevancia la función educativa y a la vez nacionalista que la literatura podría tener, más que su valor intrínseco.<sup>24</sup> La narrativa daba mucho énfasis a la majestuosidad del paisaje, las costumbres y el heroísmo del mexicano ante el invasor extranjero. Estos elementos, fueron fundamentales para la construcción del nacionalismo mexicano, y serán aludidos una y otra vez, ya sea dentro de las novelas históricas o en los cuadros de costumbres que a continuación analizamos.

---

<sup>22</sup> Jorge Flores D., *Memorias inéditas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1973, p. 7.

<sup>23</sup> Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en Jorge Ruedas de la Serna (Coord.), *La misión del escritor. Ensayos Mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM, 1996, p. 87.

<sup>24</sup> Para la investigadora María Luna Argudín, la literatura, además de una función educativa y promotora de la identidad nacional, “era una forma de observar y reflexionar sobre la realidad.” En este sentido, ante una realidad tan convulsionada, la literatura también resulta una especie de foro en que los distintos actores políticos manifiestan sus posiciones ideológicas. *Cfr.* María Luna Argudín, “La construcción de la historiografía liberal: construcción de saberes y los principios dominantes, 1822-1850” en José A. Ronzón y Saúl Jerónimo (Coords.), *Reflexión en torno a la historiografía contemporánea*, México, UAM-A, 2002, p. 280.



### *Los cuadros de costumbres*

Tuvo su origen a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX en Inglaterra y Francia con escritores como Richard Steal y Joseph Etienne Jouy y Honoré de Balzac, respectivamente.<sup>25</sup> Los cuadros de costumbres creados con temas mexicanos durante el siglo XIX fueron una importación europea de los cuadros de escritores españoles principalmente como Serafín Estébanez Calderón, Mesonero Ramos y Mariano José de Larra.<sup>26</sup>

Estos cuadros eran un lugar propicio para encontrar “lo nacional” indiscutiblemente se encuentra en las costumbres de la sociedad mexicana, las cuales se constituyen por el idioma, los valores, los ritos. Los cuadros de costumbres eran memorias que eludían a la brillantez y oscuridad de los paisajes urbanos y rurales. Guillermo Prieto señaló que los autores que pretendieran incursionar en este género, debía contar con una “observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura de censor.”<sup>27</sup> Para Carlos Monsiváis este tipo de memorias se circunscriben “a lo literario calor hogareño; en lo político efusión patriótica; en lo nacional la riqueza de lo pintoresco, y en el recuento de viajes comprensión y alabanza del mundo”.<sup>28</sup>

El cuadro de costumbres se caracterizaba por hacer una crítica mordaz hacía los vicios sociales, los cuales se creía no permitían el progreso nacional. Las descripciones particulares acerca de los vicios, fueron puestos por los autores de modo exagerado en el carácter de sus personajes; es decir, eran esos personajes los que encarnaban el entorno del relato, de manera que pudieran llegar con mayor naturalidad al resto del vulgo.

---

<sup>25</sup> José Milla, *Cuadros de Costumbres. Selección*, Ciudad de Guatemala, Editorial Tierra Santa, 2002, p. 9.

<sup>26</sup> Marlen Paola Navarro Hernández, *Retrato de costumbres: la sociedad mexicana del siglo XIX en la narrativa de José Tomás de Cuellar*, Tesis para obtener el título de licenciada en letras hispánicas, UAM-I, 2005, p. 57.

<sup>27</sup> Guillermo Prieto, *Obras Completas II. Cuadros de Costumbres 1*, México, CONACULTA, 1993, p. 402. Uno de los cuadros de costumbres que este autor tituló con la palabra Memoria, fue *Memorias de un Abelardo de mi tiempo*, historia que narra la popularidad de un amigo de Prieto entre las mujeres. Cfr. Guillermo Prieto, *Obras Completas III. Cuadros de Costumbres 2*, México, CONACULTA, 1993, pp. 405- 412.

<sup>28</sup> Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta, antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, 1993, p. 25.



Autores como Guillermo Prieto, Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano y José Tomás Cuellar exploraron este tipo de memoria, en donde los elementos más triviales se tornaban fundamentales para explicar y crear el modo de ser del mexicano: expectativas que se crean y se desbaratan en torno a bailes, convites, figuras políticas, paseos por la ciudad, crímenes, oficios, atuendos, hechos sobrenaturales y un largo etcétera.<sup>29</sup> Los cuadros de costumbres al final reflejaban el folclor de una sociedad que iba formándose una identidad propia.

### *La novela histórica*

El deseo de forjar una identidad nacional también estuvo presente en los novelistas mexicanos del siglo XIX. Para lograr su propósito, sus narraciones se encontraban dotadas de dos aspectos fundamentales: la descripción que exaltaba el territorio nacional,<sup>30</sup> y el heroísmo de sus personajes, que en la mayoría de los casos, eran personajes importados de la vida real, los que pelearon por la soberanía y la grandeza de la patria, pero también daban cabida a personajes ficticios quienes se desenvuelven en diferentes estratos sociales y en las esferas más altas del poder político.<sup>31</sup> Estos personajes ficticios permitían al lector conocer los diferentes lugares y personas que representan los estratos de la sociedad.<sup>32</sup>

Fue precisamente Ignacio Manuel Altamirano quien se preocupó por integrar en la literatura los elementos distintivos de la nación mexicana: el ambiente, el espacio, las costumbres, el idioma, etcétera. Para el literato guerrerense, “la poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación”.<sup>33</sup> En este contexto, Altamirano consideró que habría que rescatar la literatura nacional de la subordinación de los modelos extranjeros y hacerla más original, más mexicana.

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>30</sup> Los primeros esfuerzos por reflejar una cultura mexicana relacionada con el espacio pueden encontrarse en la novela *El periquillo sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) o en las poesías de Juan José Martínez de Lejarza (1785-1824)

<sup>31</sup> Una de las novelas donde los personajes de la vida real interactúan con los ficticios con muy buen éxito es *El cerro de las campanas* de Juan Antonio Mateos.

<sup>32</sup> Alfredo Moreno Flores, *Horizontes que se cruzan: El cerro de las campanas y La historia de la guerra de Méjico*, Tesis para obtener el grado de maestro en Historiografía, UAM-A, México, 2008, p.54.

<sup>33</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas literarias”, en *La literatura nacional*, México, Editorial Porrúa, 1949, p. 14.

Una discusión fundamental sobre la novela, particularmente la novela histórica, es si éstas deben ser consideradas como una memoria que rescata de manera fidedigna el pasado. Para la doctora María Luna, las novelas son “un testimonio y parte constitutiva del discurso y del horizonte de una época”.<sup>34</sup> Es decir, las novelas pueden testimoniar las formas de convivencia del pasado, pueden registrar incluso aquello que a primera vista nos parecería irrelevante, pero presente dentro de la vida cotidiana como las formas de vestir, los modismos en el lenguaje, la distribución espacial de las ciudades, el tipo de alimentos, los valores sociales, políticos y religiosos, en resumen, los usos y costumbres del pasado. Bajo esta óptica, la novela resulta una buena fuente memorística. Pero por otro lado nos enfrentamos a la incertidumbre que representa la ficción. La ficción brinda al relato cierto dramatismo, que de alguna forma resulta indispensable para que el lector mantenga el interés en la novela, máxime en las novelas que se presentaban por entregas, también conocidas como “folletinescas”.<sup>35</sup> Sin embargo en la mayoría de los casos, los autores logran “una convivencia armónica entre los sucesos históricos y la ficción”<sup>36</sup>, la cual se enfoca en las situaciones humanas y en personajes secundarios: héroes imaginarios que pelean al lado de grandes caudillos como Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz y Mariano Escobedo. Michael Pollack elabora un concepto que define como “heroización” que frecuentemente se presenta en las novelas históricas. Este concepto remite a la “magnificación de la persona, en la cual se condensan las experiencias más espectaculares y las virtudes más sublimes.”<sup>37</sup> Esta condición se torna fundamental en la literatura decimonónica, del siglo XIX, fuertemente

---

<sup>34</sup> María Luna Argudín, *Historiografía general del siglo XIX: Constitución de saberes, principios dominantes y sus géneros de expresión*, p. 49.

<sup>35</sup> En México se siguió la tradición francesa de publicar por entregas las obras literarias. Entre las novelas más destacadas que vieron la luz bajo este formato se encuentran: *El fiistol del diablo* (1845-1846) de Manuel Payno; *Un año en el hospital de San Lázaro* (1845-1846) de Justo Sierra O'Reilly; *El cerro de las campanas* (1868) y *El sol de Mayo* (1868) de Juan A. Mateos.

<sup>36</sup> En el artículo “Por los umbrales de la novela histórica”, Leticia Algaba discute la pertinencia y utilidad de los prólogos, introducciones y notas preliminares adoptadas por los literatos mexicanos para deslindar los pasajes históricos con los de ficción. Cfr. Leticia Algaba “Por los umbrales de la novela histórica” en Belem Clark de Lara y Elisa Spekman (Coords.), *La república de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, p. 290.

<sup>37</sup> Michael Pollack, *Memoria, olvido, silencio. La producción de identidades frente a situaciones límite*, Buenos Aires, Ediciones al Margen, 2006, p. 88.

influenciada por el romanticismo, más no en la historia de carácter científico,<sup>38</sup> y que no aparecería en México sino hasta la restauración de la República y de la mano de Gabino Barrera con la fundación de la escuela positivista. En este sentido, Altamirano consideró que la novela histórica estaba llena de verdades, pero no verdades comprobables, sino de una verdad en sentido retórico. Es decir, es verdadera en tanto logre a contribuir en la formación de la identidad nacional; inculque en la juventud sentimientos nobles y generosos; y que forme un aliento doctrinario.<sup>39</sup>

Para los literatos, autores de ficciones que ahondaron en temas históricos la intención primordial es narrar, más no probar. “La historia no tenía por consiguiente, que analizar con frialdad sino emocionar como la poesía, puesto que, a fin de cuentas, la verdad poética, como lo había proclamado Aristóteles, era superior a la verdad histórica”.<sup>40</sup> Bajo esta lógica la novela histórica en particular y la literatura romántica en general, no ponía sobre la mesa una propuesta esclarecedora de la verdad en términos estrictamente históricos, sino que la verdad estribaba en el manejo poético del lenguaje y el cumplimiento del mensaje civilizatorio. Es importante mencionar estos elementos que constituyen la creación de unidades de sentido pues se hallan presentes en la escritura de historias o memorias que, si bien, no son de carácter ficcional, sí tienen la intención de narrar y persuadir a sus lectores mediante estos recursos narrativos y retóricos.

### *Las memorias autobiográficas*

De acuerdo con Bernd Neumann, la autobiografía constituye un género puramente europeo, cuyo inicio lo representa San Agustín con sus *Confesiones*. Tuvo un periodo de auge durante el Renacimiento, específicamente en las ciudades italianas.<sup>41</sup> La

---

<sup>38</sup> El primer autor que además de incluir una ambientación histórica, también utiliza documentos históricos para desarrollar en sus novelas es Vicente Riva Palacio. Este literato recurrió al archivo de la inquisición y algunos de sus personajes están tomados de las confesiones originales de los presos del Santo Oficio, con los que elaboró sus relatos incluidos en *El Libro rojo*, (1871) *México a través de los siglos* (1884-1889) y sus novelas *Martín Garatuza*, *Memorias de los tiempos de la inquisición* (1868) y *Monja, casada, virgen y mártir* (1868).

<sup>39</sup> Los espacios que brindaban las artes liberales también eran un foro para que los autores expresaran sus posturas políticas, la novela no fue la excepción.

<sup>40</sup> Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo” en William H. Prescott, *Historia de la Conquista en México*, México, Editorial Porrúa, 1970, p. XIV.

<sup>41</sup> Bernd Neumann, *La identidad personal: autonomía y sumisión*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973, p. 5.

principal característica de este género narrativo,<sup>42</sup> es la permanencia del “yo”. En la autobiografía el modo discursivo se mueve entre el “yo” que observa que vive, goza, padece, y “el mundo” en el que interactúa con otros hombres y en que se enfrenta a diversas situaciones. Para el autor es de vital importancia narrar aquello que ha sido importante en su vida, lo que acerca al relato autobiográfico a la descripción. Es una característica muy común de este tipo de textos que se relaten periodos selectos de las diferentes etapas de la vida, infancia, adolescencia, juventud y vejez, acontecimientos privados, propios del sujeto, de la vida íntima.

Francisco Rodríguez comenta que la principal diferencia entre la autobiografía y la *memoria* estriba en que ésta última representa el relato del período productivo de la persona, es decir, cuando desempeña un cargo reconocido socialmente. Desde este punto de vista, el ámbito de lo privado no tiene ninguna repercusión en la vida social de un pueblo.<sup>43</sup>

Otra característica interesante de la autobiografía, es el establecimiento de un proceso de selección; “la memoria total es imposible”.<sup>44</sup> Escoger algunos pasajes de la vida pasada y suprimir otros, son el resultado de la voluntad del autor, de su deseo de que algunas cosas sean recordadas y otras no. La selección puede responder a una intención justificativa. De exponer su comportamiento y su toma de decisiones ante una situación determinada, máxime si el autor es un miembro destacado del acontecer histórico o estuvo vinculado a un suceso de relevancia en la historia. Siendo así, el relato autobiográfico se encontraría también del lado de la persuasión.

#### **1.4.- La narrativa testimonial, otra forma de la memoria**

En el siglo XIX también es común otro tipo de memoria, las que forman nuestro objeto de estudio, y que hemos denominado como un tipo de narrativa testimonial, también eran rotuladas como *memorias*. En esta escritura el autor juega un rol fundamental, asemejándose al relato autobiográfico, pues invariablemente es testigo del pasado que rememora. El autor articula a través de la escritura en forma de diario o bitácora

---

<sup>42</sup> Quizá las dos grandes memorias autobiográficas del siglo XIX mexicano sean *Memorias* (1876) de Fray Servando Teresa de Mier y *Memorias de mis tiempos* (1853) de Guillermo Prieto.

<sup>43</sup> Francisco Rodríguez, “El género autobiográfico y la construcción autorreferencial” en *Filología y lingüística*, Núm. 25, 2000, p. 11, Universidad de Costa Rica.

<sup>44</sup> Elizabeth Jelin, *Op. Cit.*, p. 10.

ese momento. Este tipo de memoria a diferencia de los cuadros estadísticos y los informes de labores, no pretende forjar en primera instancia una identidad nacional, mediante la información estadística y la información administrativa sino que reflejan el horizonte particular de quien las escribe.

Mantiene algunas semejanzas con la autobiografía, dado que las dos formas giran en torno a una persona y generalmente se narran en primera persona. Sin embargo la narrativa testimonial se ajusta menos estrechamente en la intimidad subjetiva de una persona y dediquen más espacio al entorno, a las circunstancias, los encuentros, a la vida pública; además el espacio temporal de la narrativa testimonial suele ser menos extenso, ya que no abarca una vida entera. Su ordenamiento más detalladamente cronológico se realiza a través de apuntes previos. De allí que su estructura sea menos coherente y más fragmentaria y acumulativa, destaca además la permanente actualidad de los acontecimientos y vivencias; no se recopilan a posteriori sino de modo simultáneo y progresivo.

Junto al propósito primario de referir una serie de acontecimientos a los que se les imprime un sentido o significación. La intencionalidad de estas memorias es diversa: Desde ser un medio de denuncia, de vindicar honores propios y ajenos, de describir la magnificencia o decadencia de una época, y, en algunos casos extremos, una forma de obtener ingresos económicos.<sup>45</sup> A continuación comentamos sus principales características:

- *La escritura como forma de organizar la memoria*

Hemos dicho que una de las acepciones de la memoria es su capacidad de retener información, y una forma efectiva de hacerlo es por medio de la escritura. Una de sus particularidades es que registra de manera más o menos perdurable, aquello que pretende ser recordado. Si bien es cierto que otras manifestaciones como la pintura, la oralidad, los ritos transmitidos de generación en generación, pueden conseguir el mismo fin, la escritura brinda la posibilidad de dar más detalles. En la narrativa testimonial el autor tiene la clara intención “de no dejar nada fuera”, de exponer de

---

<sup>45</sup> El principio de autoridad que ostenta el testigo es un factor que despierta la curiosidad del lector, lo que incide en éste en querer enterarse de lo ocurrido, ya sea por morbo o curiosidad.

manera precisa *lo que vio con sus propios ojos*. Este ejercicio “crea la ilusión de que lo concreto de la experiencia pasada quedó capturado en el discurso”.<sup>46</sup>

- *La presencia de un evento coyuntural que motiva la inventio y la dispositio*

Reinhart Koselleck señala que el nacimiento del tiempo ocurre a partir de un suceso fundacional. Algo parecido ocurre en la narrativa testimonial, pues su tiempo narrativo empieza a gestarse a partir de un acontecimiento que ha dejado una huella significativa en la vida del testigo. Es importante mencionar que el acontecimiento que impulsa la escritura no es necesariamente una experiencia negativa o dolorosa,<sup>47</sup> sino puede tener matices esperanzadores o liberadores, ya que el evento coyuntural desencadena sucesos favorables para unos y negativos para otros. De esta manera, cuando en la narrativa testimonial se rememoran eventos traumáticos o de conflicto, en el proceso autodiegético se observa al autor como víctima, ha sufrido por la acción de un “culpable”, dicho sea de paso, éstos nunca se asumen como tales, pero contra ellos van destinadas todos los señalamientos negativos.

El evento coyuntural es por lo general de breve duración, aunque a partir de él se encadenan situaciones que se alargan por un tiempo indefinido. El suceso que motiva el acto de escribir es siempre controversial. No hay homogeneidad en los puntos de vista a la hora de abordarlo. Es un suceso único, irrepetible, irreparable. Esa es una de las mayores frustraciones en la víctima, pero también es un motivo para denunciar lo acontecido, lo que ya no tiene arreglo y ha quedado mancillado. Generalmente se rememora con añoranza y desventura.

Para el victimario, el evento coyuntural abre la posibilidad de establecer un nuevo orden del que se verán beneficiados. Es muy escasa la narrativa proveniente de este sector, pues pueden recurrir a muchas otras instancias (no precisamente las

---

<sup>46</sup> Beatriz Sarlo, *Op. Cit.*, p. 67.

<sup>47</sup> Michael Pollak y Beatriz Sarlo reflexionan en torno a narrativas testimoniales escritas a raíz de dos eventos trágicos en la historia de la humanidad: la Segunda Guerra Mundial y las dictaduras latinoamericanas de las décadas de los setentas y ochentas del siglo XX, respectivamente. En ambos casos se hace énfasis en que estos testimonios implican la construcción de un compromiso nuevo entre el pasado y el presente. La cultura del “nunca más” del “lograr la condena de los culpables”. Se apela a la restitución de valores y expectativas truncadas a partir de un acontecimiento negativo. No obstante la narrativa testimonial perteneciente al siglo XIX, el suceso fundacional o evento coyuntural que motiva la escritura, no remite necesariamente a un evento negativo. Puede ser un evento que creaba expectativas de superación y progreso. En el caso concreto que analizamos, el sitio de Querétaro implica un suceso que va a consolidar la independencia y soberanía nacional.

narrativas) que surgen a partir de la nueva situación. A lo largo de nuestra investigación, observamos que abunda la narrativa testimonial proveniente del lado simpatizante de la causa de Maximiliano, y es muy reducido el número de testimonios adscritos a la causa republicana. Una posible explicación a esta ausencia es que a partir del orden republicano y constitucional consolidado a partir del fin del Segundo Imperio, el gobierno legitima su discurso por varios medios, entre ellos la educación, la literatura y las artes.

- *La observación y participación del testigo*

En lo que aquí consideramos narrativa testimonial el autor puede asumir dos posturas. El primero es el simple observador que estuvo ahí donde se suscitó el acontecimiento coyuntural que disparó el acto de escribir, pero que no participó de manera importante en los hechos. Para Jesús G. Maestro este es un “narrador homodiegético”: “Forma parte de la historia que cuenta, pero, si bien puede hacerlo como protagonista, no utilizará el lenguaje para referirse siempre a sí mismo, sino para comunicarse, bien con otro personaje al que convierte en destinatario inmanente de su propio discurso”.<sup>48</sup>

El segundo narrador es aquel que no sólo fue un simple espectador, sino que fungió de manera importante en el suceso que se está narrando. En este último caso el autor es el principal protagonista del evento. Maestro lo llama “narrador autodiegético”.

Se trataría, pues, de un sujeto de la enunciación (yo) intensamente modalizado en el enunciado de la historia, al convertirse él mismo en el objeto principal del relato, y adquirir de este modo una relación de identidad entre narrador y personaje protagonista [...] el sujeto hablante se convierte con frecuencia en el tema de la historia, y se sirve habitualmente de la focalización interna al contemplar la realidad desde el punto de vista de la conciencia individual.<sup>49</sup>

---

<sup>48</sup> Jesús G. Maestro, *Introducción al estudio de la literatura*, Vigo, Vicerrectorado de Investigación, 1997, p. 20.

<sup>49</sup> *Ibid.*



En torno a él se desencadenan las desgracias o los acontecimientos más memorables. Puede haber otros personajes cuyo rango o estatus sea más alto, pero no son ellos quien toman la voz principal en el discurso.

El autor como protagonista y testigo presencial es portador y creador de la memoria misma, ostenta un principio de autoridad por haber estado ahí en donde sucedieron los hechos. “se le reconoce, se le busca, [...] a primera vista casi omnipresente. El testigo, antes que nada es el testigo como sobreviviente”.<sup>50</sup> Ha superado la violencia, la ignominia, el olvido o la revolución que implica el acontecimiento coyuntural. Su condición de sobreviviente le aporta credibilidad y respeto, tiene el derecho y la autoridad para ser escuchado. Él se presenta como un narrador fiable de su historia. La aparición y constancia del “yo” narrativo se hace presente en la narrativa testimonial con la misma intensidad y frecuencia que la narración autobiográfica, aunque en este caso, el autor no refiere a episodios más prolongados de su vida, sino que se detiene a narrar con más detalle su presencia y su actuación en el breve lapso que supone el acontecimiento coyuntural.

- *La trasmisión y defensa de un tipo de identidad*

Un elemento característico de la memoria es su sentido persuasivo. Ésta se presenta de manera más explícita en la narrativa testimonial. Es una constante en esta narrativa, que el autor pretenda transmitir y compartir sus valores. En este sentido su relato siempre tendrá una pretensión de verdad, una verdad con la cual tratará de convencer al lector que actuó de manera correcta frente a determinada situación o que sus creencias y convicciones eran las correctas.

Si la historia ha tomado un camino distinto respecto a las expectativas del narrador, éste privilegia en su discurso un sentimiento de nostalgia y desamparo, pues regularmente se siente en un estado de indefensión ante un futuro aparentemente hostil y adverso. A través de diferentes recursos retóricos como el dramatismo pretende sensibilizar a al lector, para así crear un vínculo o una identificación.

---

<sup>50</sup> François Hartog, “El testigo y el historiador” en *Historia y gráfica*, Núm. 18, 2002, p. 41, UIA.



- *La aportación de pruebas*

El autor de la narrativa testimonial también escribe para dejar una constancia o prueba sobre las desgracias o las glorias que ha provocado el acontecimiento coyuntural. La prueba está en función del pasado que se ha trastocado, sobre las consecuencias que ha provocado en el presente, y también es una especie de legado y advertencia a las generaciones futuras sobre los efectos que puede seguir produciendo tal evento.<sup>51</sup>

El testimonio también es una prueba en cuanto a los padecimientos físicos y psicológicos que el autor ha sufrido, en este sentido la narrativa testimonial puede convertirse también en un documento que denuncia aquellos que han provocado un tipo de padecimiento. Contrariamente estos documentos justifican las conductas y las acciones que han asumido los supuestos victimarios.

### **1.5.- Presencia de la mentalidad retórica en la cultura letrada del México del siglo XIX**

Un asunto de suma importancia, y que debemos traer a cuento, es que las memorias a las que hemos eludido, incluida la narrativa testimonial, no responden únicamente a un horizonte cultural y simbólico exclusivo del romanticismo y nacionalismo, sino también a la influencia que ejerció la matriz clásica en los hombres de letras de la época. Tratados sobre la retórica y poética se convirtieron en un eje regulador de la educación. Para el doctor Leonardo Martínez Carrizales, existía un interés en conocer y practicar la lengua latina, pero también en:

[...] la imitación de modelos clásicos al escribir y al hablar, la memorización de lugares célebres en la tradición clásica, la lectura disciplinada de los manuales de preceptiva, la incorporación en la conciencia letrada de un sistema de géneros del discurso constituido sobre la base de los sistemas respectivos en la Retórica y Poética.<sup>52</sup>

---

<sup>51</sup> En este sentido la memoria no sólo es retrospectiva en cuanto interpreta los sucesos del pasado, sino que es prospectiva porque brinda una perspectiva para interpretar los acontecimientos del presente y dar orientación pese el futuro. *Cfr.* Emilio Rodríguez Herrera, *Op. Cit.*, pp. 44-45.

<sup>52</sup> Leonardo Martínez Carrizales, "La mentalidad retórica. Apuntes sobre la cultura letrada en México durante el siglo XIX" en Leticia Algaba, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-A, 2008, p. IV.

Platón y Aristóteles emprendieron empresas deliberativas y de enseñanza muy importantes: la Academia y el Liceo, respectivamente. La esencia de ambas escuelas era el estudio de la filosofía, aunque la Academia se preocupaba más por la metafísica y el trascendentalismo aunque tratase temas prácticos como la educación y la política; mientras la inclinación más importante del Liceo era la lógica y la ciencia. La naturaleza de ambas escuelas fue la discusión y el afán de conocimiento. En un sentido muy parecido, las elites letradas del México del siglo XIX, se reunían en tertulias o juntas literarias para deliberar acerca de las características que deberían tener la literatura y las pautas normativas de la identidad nacional. La aparición de “Asociaciones de intelectuales”, (muchas de ellas adoptaron el nombre de “Academias”)<sup>53</sup> además de ser un órgano donde se discutían las corrientes literarias, las formas en los que debería contarse la historia y las doctrinas políticas en boga, también sostenían una misión educativa. Eran un lugar de aprendizaje, misión compartida con la *Academia* platónica.<sup>54</sup>

Es importante mencionar la postura de una de estas asociaciones literarias conocida como el Ateneo. Sus miembros sugerían que a la hora de escribir la historia sobre el país se debía fijar su origen en el momento en que éste alcanzó su independencia, y que la nueva nación se suscribiera a la cultura occidental. Esto desecha los orígenes prehispánicos del país como una etapa constitutiva, pues se consideraba que su cuerpo social había muerto, no se practican más ni sus costumbres ni religión y ya no se hablan sus idiomas, por ello se desdeñaba contar o escribir *la historia* de estos grupos pues “sus historias no sirven para el arte de gobernar ni para comprender el presente. De este modo [...] la utilidad de la historia se cifra en la visión ciceroniana de la Maestra de la Vida”.<sup>55</sup>

Pero la influencia de la matriz clásica en la cultura letrada no quedó enclaustrada en los muros de las instituciones educativas. Fue practicada por la

---

<sup>53</sup> V. gr. *La Academia de Letrán*, cuyos miembros más destacados fueron Guillermo Prieto y Andrés Quintana Roo.

<sup>54</sup> Un buen tema de discusión puede ser el alcance de la misión educadora por parte de estas asociaciones. No eran asociaciones abiertas a un gran número de personas, por el contrario se encontraba reducido a grupos pequeños, muchos miembros de las logias masónicas.

<sup>55</sup> Uno de los personajes que sostiene con más ahínco esta idea fue Lucas Alamán, miembro del Ateneo. Cfr. María Luna Argudín, “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)”, p. 50.

cultura letrada en varios campos. Primeramente en la práctica de la oralidad dentro de la esfera política,<sup>56</sup> su dominio fue vital para que el hombre público, llámese ministro, abogado o clérigo, lograra persuadir a su auditorio a través de la correcta ejecución de la *elocutio*.

En segundo lugar encontramos una sistematización teórica en la escritura y en sus productos mediante sistemas de géneros, adaptación de modelos y herramientas propias de la retórica y que son visibles a lo largo de la producción literaria de esta centuria, llamase cuento o novela por citar un par de casos. En estas páginas es común identificar las técnicas, tópicos y lugares comunes que personajes como Aristóteles y Cicerón habían formulado para resaltar el *ethos* del sujeto enunciante, señalar las carencias y defectos de otros, para refutar y vindicar prestigios propios y ajenos.

Ahora bien, en las catorce narrativas testimoniales que analizaremos a profundidad en los capítulos dos y tres, es común observar estos tópicos, técnicas y lugares comunes que constituyen una construcción retórica destinada al elogio y al vituperio, no sólo de los terceros involucrados en el suceso, sino de los propios autores. En este sentido estas memorias se convirtieron en una especie de foro para señalar culpas y justificar acciones. No obstante antes de entrar de lleno con la reflexión, a continuación presentamos al lector, poco familiarizado con el tema, una cronología de los sucesos más importantes y una presentación de los lugares más recurrentes en todas las narraciones, así como cuadro con información básica sobre las obras.

---

<sup>56</sup> La cual se nutrió de una vasta tradición que se remonta a la Edad Media cuando se empezaron a desarrollar tratados y modelos para elaborar y pronunciar textos y discursos para la administración pública. Dichos tratados surgen a partir del siglo XI, entre ellos el *ars dictaminis* para la escritura de cartas y documentos destinados a la administración pública y el *ars praedicandi* para la preparación de sermones, por cierto utilizada con éxito por las órdenes religiosas establecidas en la Nueva España para la evangelización de los indígenas. Más tarde en el siglo XIII apareció en Italia el *ars aragandi*, tratados seculares utilizadas en las instituciones políticas y gremios. Paulatinamente el uso de de los modelos retóricos se expandió en la vida cotidiana con discursos para pronunciarse en situaciones muy específicas como en bodas, asambleas, funerales, en la cátedra universitaria, etcétera. Cfr. Carmen Bobes, *et al. Historia de la teoría literaria. II Transmisores. Edad Media, poéticas clasicistas*, Madrid, Gredos, 1998, pp. 158-166.

## 1.6.- Cronología sintética sobre el sitio de Querétaro

1867

**Febrero 5.** Salieron de la ciudad de México las últimas tropas francesas al mando del mariscal Françoise Bazaine.

**Febrero 13.** Maximiliano salió de la capital hacia Querétaro.

**Febrero 17.** La columna imperial llegó a San Juan del Río.

**Febrero 19.** Maximiliano arriba a Querétaro.

**Marzo 4-6.** Llegaron los primeros ejércitos republicanos a las inmediaciones de la plaza.

**Marzo 8.** Comenzaron formalmente las hostilidades cuando las baterías imperiales en el cerro de las Campanas dispararon contra un grupo de jinetes republicanos que hacían un reconocimiento.

**Marzo 9.** Los republicanos tomaron los cerros de San Pablo y San Gregorio al norte de la ciudad.

**Marzo 10.** Combates en las inmediaciones de las haciendas del Hércules y La Purísima. Los republicanos destruyeron el tercer arco del acueducto, dejando a la ciudad sin abasto de agua potable.

**Marzo 13.** Maximiliano instaló su cuartel principal en el convento La Cruz.

**Marzo 14.** Primer ataque masivo de las fuerzas republicanas, las batallas más encarnizadas se libraron en los alrededores del convento La Cruz y en barrio de San Sebastián.

**Marzo 23.** Salió de madrugada el general Márquez rumbo a México, nunca regresó.

**Marzo 24.** Segundo ataque masivo de los republicanos. Los puntos de acción: la hacienda de la Casa Blanca, la llanura de la Cuesta China y las faldas del cerro del Cimatarío.

**Marzo 30.** El Emperador condecoró a varios soldados. Miramón se le adelantó y condecoró al soberano con la medalla al mérito militar, insignia destinada a los soldados rasos.

**Abril 1.** Los imperiales trataron de reconquistar sin éxito la iglesia de San Sebastián, pero lograron hacer prisioneros y confiscar armamento.

**Abril 10.** Los imperiales celebraron en la Cruz el tercer aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano.

**Abril 17.** Los coroneles Salm Salm y Pantaleón Moret, trataron de salir sin éxito de la ciudad.

**Abril 20.** Los republicanos circunvalaron completamente la plaza.

**Abril 27.** Los imperialistas sitiados, derrotaron a los republicanos en la famosa batalla del Cimatario, no obstante horas más tarde, los republicanos recobran la posición.

**Mayo 1.** Escaramuza en la garita de México, muere de manera trágica el joven coronel Rodríguez.

**Mayo 3.** Los imperiales trataron de repetir la salida del 27, pero esta vez en el cerro de San Gregorio, la acción fracasó.

**Mayo 5.** Los imperiales esperaban un asalto masivo en conmemoración del aniversario de la batalla de Puebla. Sin embargo los republicanos se limitaron a “hacer salva”, y a tocar música en sus campamentos.

**Mayo 14-15.** El coronel Miguel López se entrevistó con Mariano Escobedo para negociar la entrega de la plaza.

**Mayo 15.** Cayó Querétaro en poder de los republicanos. Maximiliano, Mejía, Salm Salm, Castillo, Blasio, Basch, entre otros, caen prisioneros.

**Mayo 17.** Maximiliano fue cambiado de prisión al convento de las Teresitas.

**Mayo 18.** Fue capturado Ramón Méndez

**Mayo 19.** Por la mañana fue fusilado Ramón Méndez, por la tarde llegó Inés de Salm Salm a Querétaro, quien se entrevistó de inmediato con su marido y el depuesto Emperador.

**Mayo 20.** Entrevista entre Maximiliano y Escobedo. El archiduque aceptó mandar telegramas pidiendo la rendición de las ciudades que todavía controlaba el Imperio.

**Mayo 21.** El gobierno de Juárez, instalado en San Luis Potosí, ordenó a Escobedo que los prisioneros sean sometidos a un consejo de guerra.

**Mayo 22.** Cambiaron de prisión a los reos, de las Teresitas al convento de las Capuchinas.

**Mayo 24.** Escobedo designó a Manuel Azpíroz como fiscal en el proceso contra Maximiliano. Ese mismo día comenzó a interrogarlo.

**Mayo 25.** Maximiliano se enteró de los cargos en su contra.

**Junio 5.** Llegaron a Querétaro los ministros extranjeros que Maximiliano había convocado.

**Junio 8.** Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores del archiduque, se entrevistaron en San Luis Potosí con Sebastián Lerdo de Tejada y Benito Juárez alegando la anticonstitucionalidad del consejo de guerra.

**Junio 13.** Sin la presencia física de Maximiliano, dio comienzo en el Teatro Iturbide el proceso contra los inculpados. Mientras el juicio se llevaba a cabo, la princesa Inés de Salm Salm fraguaba la fuga de Maximiliano, sin embargo no logró la colaboración de sus cómplices republicanos.

**Junio 14.** El presidente del consejo de guerra, Rafael Platón Sánchez, clausuró la sesión y leyó la sentencia: Pena de muerte. La ejecución debía efectuarse para el día 16.

**Junio 16.** El gobierno de Juárez prorrogó la sentencia para el día 19.

**Junio 19.** A las 7:15 de la mañana fueron pasados por las armas Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía en el cerro de las Campanas.

### **1.7.- Espacios donde se desarrolló la acción narrativa**

*Convento La Cruz.*- Hospital de sangre y cuartel general de Maximiliano del 13 de marzo hasta el 15 de mayo. El 14 de marzo fue tomado el panteón adyacente por los republicanos, pero fue recuperado por los imperiales. Del 15 al 17 de mayo, sirvió como primera prisión del archiduque.

*Convento de las Teresitas.*- Convento de Carmelitas. Del 17 al 22 de mayo segunda prisión de Maximiliano.

*Convento de San Francisco.*- Hospital de sangre dirigido por el doctor Samuel Basch.

*Teatro de Iturbide (Hoy Teatro de la República).*- En este edificio tuvo lugar el 13 y 14 de junio, el consejo de Guerra contra Maximiliano, Miramón y Mejía.

*Convento de las Capuchinas.*- Del 22 de mayo al 19 de junio, prisión militar de Maximiliano, Miramón y Mejía. Aquí se desarrollaron los interrogatorios a los tres reos por el fiscal Manuel Azpíroz. Después de la ejecución, se trasladaron a la iglesia del

convento los cadáveres del Emperador y de Tomás Mejía, allí fueron embalsamados por el doctor Vicente Licea.

*Casa Blanca.*- Antigua hacienda, ubicada al sur de la ciudad, fue una de las bases de la defensa imperial. El 24 de marzo, el general Mejía dirigió desde aquí el ataque con su caballería.

*Cerro de las Campanas.*- Situado al Oeste de la ciudad de Querétaro. Del 6 al 13 de marzo fue el primer cuartel general de Maximiliano. Fue escogido como el lugar del triple fusilamiento el 19 de junio.

*Cerro del Cimatarío.*- Ubicado al sur de la ciudad. Punto de partida dominante para los ataques de los republicanos. El 27 de abril se llevo a cabo la famosa batalla encabezada por Miramón, donde casi logra romper el sitio.

*Cerro de San Gregorio.*- Situado al Norte de la ciudad, a sus faldas se encuentra el barrio de San Sebastián. Escenario de la batalla del 3 de mayo.

*Hacienda de San Juanico.*- Hacienda propiedad de Bernabé Loyola. Desde el 8 de marzo, cuartel general del republicano Ramón Corona.

### 1-8.- Cuadro informativo de las narrativas testimoniales analizadas

<b>Autor</b>	<b>Texto</b>	<b>Filiación política</b>	<b>Contenido</b>
Albert Hans (Artillero francés)	<i>Querétaro, Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.</i>	Imperial	Quizá es el testimonio más completo sobre el sitio. No sólo se narran las acciones militares, también se tocan las relaciones humanas que el Emperador entabló con los soldados rasos.
José Luis Blasio (Secretario particular del Emperador)	<i>Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memoria de un secretario particular.</i>	Imperial	Testimonio que centra más su atención en el drama humano que vivió el Emperador y no tanto de las acciones militares.
Bernabé Loyola (Hacendado queretano)	<i>El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas por el señor Bernabé Loyola.</i>	Liberal	La importancia de este testimonio reside en los padecimientos a los que se enfrentaron los ciudadanos acaudalados de la ciudad, al pagar impuestos forzosos.

Sóstenes Rocha (General republicano)	<i>Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro.</i>	Liberal	Un relato técnico y pormenorizado de las acciones militares. En esta obra se observa constantemente la supremacía del yo narrativo.
Francisco O. Arce (General republicano)	<i>El sitio de Querétaro: del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867</i>	Liberal	Texto donde que rescata la importancia del ejército, como un actor colectivo.
Karl Khevenhüller (Coronel Austriaco)	<i>Tres años en México: Memorias del príncipe Khevenhüller</i>	Imperial	Aunque no es un texto que testimonia sobre los hechos de Querétaro, nos ayuda a esclarecer la participación de Leonardo Márquez en la caída del Imperio.
Samuel Basch (Médico personal del Emperador)	<i>Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano</i>	Imperial	El asunto más relevante de este texto es el planteamiento de "la otredad". Es decir, el autor es muy enfático al señalar la supuesta superioridad de lo europeo, y la ignorancia del mexicano.
Félix de Salm Salm	<i>Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano</i>	Imperial	Si Basch se encargó de señalar los defectos y carencias de los civiles, Salm Salm se enfoca en los militares, trata de evidenciar su presunta impericia e indisciplina.
Inés de Salm Salm	<i>Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm</i>	Imperial	En éste se narran los esfuerzos que hizo la autora por lograr la fuga de Maximiliano.
Manuel Ramírez de Arellano	<i>Últimas horas del imperio</i>	Imperial	Texto destinado a denunciar la culpabilidad del general Leonardo Márquez en la caída de la plaza y posterior ejecución de Maximiliano.
Leonardo Márquez	<i>Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de Brigada don Manuel Ramírez de Arellano</i>	Imperial	Vindicación de Leonardo Márquez al texto de Ramírez de Arellano.
Vicente Licea	<i>Los harapos del imperio</i>	Liberal	En este texto el doctor Licea trata de limpiar su nombre ante la denuncia de Inés de Salm Salm por querer vender las pertenencias del Emperador.
Hilarión Frías y Soto	<i>Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano</i>	Liberal	Refutación del doctor Frías y Soto a los señalamientos que Basch hizo sobre los mexicanos.
Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo	<i>Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México</i>	Imperial	Refutación de los colaboradores cercanos a Maximiliano al texto de Félix de Salm Salm.



## Capítulo 2

### Elogio y vituperio

La retórica clásica supone una clasificación que establece criterios y límites perfectamente englobados en una visión exhaustiva de las posibilidades del discurso, donde entran variables fundamentales como “el interés del emisor, el tipo de receptor, la finalidad a conseguir, la naturaleza del mensaje y sus posibilidades de ubicación respecto del presente del discurso”.<sup>1</sup> Dicha clasificación puede encontrarse en la serie aristotélica formada por el *genus symbouleutikón*, *genus dikanikón*, y *genus epideiktikón*, constituida en la retórica latina como *genus deliverativum*, *genus iudiciale* y *genus demonstrativum*<sup>2</sup> se presenta como la plataforma de una fecunda reflexión sobre la comunicación retórica y un sólido punto de partida para una explicación integral de los discursos escritos.<sup>3</sup> Para clasificar esta tipología, Aristóteles empleó un sistema de clasificación consistente en establecer primeramente dos tipos de *genus* para a continuación, pasar a dividir una de estas dos, a su vez, en otras dos, llega como resultado a los tres tipos. Luego entonces, los géneros retóricos quedan establecidos a partir del examen y clasificación del oyente (*akroatés*) del discurso. El

---

<sup>1</sup> Antonio García Berrio, “Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una retórica general)” en *Estudios de lingüística*, Alicante, Universidad de Alicante, 1984, p. 30.

<sup>2</sup> Esta es una tipología de los géneros retóricos posterior a la que constituyó la Retórica enunciada por Anaxímedes de Lámpsaco en la obra *La retórica a Alejandro*. Esta es la obra más antigua que se conozca sobre la *Retórica*, y durante mucho tiempo fue atribuida a Aristóteles, sin embargo en el siglo pasado se pudo demostrar la autoría de Anaxímedes de Lámpsaco, sofista contemporáneo de Aristóteles, aunque sin total unanimidad por parte de algunos investigadores. Esta obra apenas y se le considera un manual aunque escrito con mayor amplitud de miras y desarrollo técnico; abarca, además género judicial, los otros dos campos que ya Platón echaba en falta, el deliberativo y el epidíctico, y que a partir de Aristóteles (si no de la propia Retórica a Alejandro) se establecen definitivamente como géneros oratorios. Además, en *La retórica a Alejandro* se da un tratamiento más amplio de la argumentación, que por primera vez ofrece la división entre argumentos técnicos y no técnicos. Por último, se interesa por cuestiones estilísticas, lo que con el tiempo se llamaría *elocutio*. Cfr. José Sánchez Sanz, *Retórica a Alejandro, de Anaxímedes de Lámpsaco*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1989, pp. 11-19.

<sup>3</sup> Tomás Albaladejo, “Los géneros retóricos: Clases de discurso y constituyentes textuales” en Isabel Paraíso (Coord.), *Téchne Rhetoriké. Reflexiones actuales sobre la tradición retórica*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999, p. 58.

primer paso es la distinción entre el oyente que no decide y el que decide: “Forzosamente, el oyente es o espectador o árbitro”.<sup>4</sup> El segundo paso es distinguir, dentro del oyente árbitro, de acuerdo con el tiempo en el que esté situado el objeto de la decisión: “y si árbitro, o bien de cosas sucedidas, o bien de futuras”.<sup>5</sup> De esta manera Aristóteles obtiene tres tipos de oyentes, que determinan tres tipos de discurso: “el que juzga acerca de cosas futuras, como miembro de la asamblea; y hay el que juzga acerca de cosas pasadas, como juez; otro hay que juzga de la habilidad, el espectador”,<sup>6</sup> de esta forma resultan tres discursos retóricos: *deliberativo*, *jurídico* y *demostrativo*.

Para desarrollar el presente capítulo, utilizaremos como metodología las pautas del género demostrativo, ya que la naturaleza del mismo se encuentra encaminada al elogio o a la denigración de alguien. Un elemento distintivo en la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro, es el constante halago y vituperio que los autores hacen ya sea sobre Maximiliano, los actores políticos más importantes o los propios compañeros de armas.

El *genus demonstrativum* se centra en individuos particulares a los que se trata de alabar o denostar; se concentra en hechos pasados, aunque igualmente se puede referir a sucesos del presente, y está dirigido a un público que no tiene capacidad para influir sobre los hechos, solamente a sancionar la manera de presentarlos que tiene el orador, alabándolos o vituperándolos. Este género se centra en la virtud y en el vicio. Sus polos son el elogio o encomio y la ofensa o vituperio. El auditorio puede estar o no de acuerdo con el elogio o el vituperio que realiza el orador, en esta vertiente quien enuncia el discurso usa todos los medios posibles que considere necesarios para lograr persuadir al auditorio. El autor no busca establecer verdades, sino lograr la verosimilitud del relato gracias a la estrategia discursiva que utilice, tratando ya sea de ponderar las virtudes o los vicios, dándole así la apariencia de objetividad e historicidad. En otras palabras el autor va “tratando de convencer al público de las cualidades o de los defectos de la persona o de la cosa que constituyen

---

<sup>4</sup> Aristóteles, *Op. Cit.*, p. 91.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>6</sup> Tomás Albaladejo, “Los géneros retóricos: Clases de discurso y constituyentes textuales” p. 56.

el objeto de su discurso”.<sup>7</sup> Para autores como Tomás Albaladejo el género demostrativo:

Tiene menos marcado el carácter dialéctico, pues solamente habla un orador y no existe réplica discursiva de la parte que defiende lo contrario; sin embargo, el orador en estos discursos actúa implícitamente de modo dialéctico al tener en cuenta al construirlos cuáles pueden ser los puntos objetables de su planteamiento.<sup>8</sup>

La cita anterior nos hace reflexionar sobre el papel que juega el oyente ante este tipo de discurso. El dialogo es inexistente, pues el auditorio sólo es un espectador “que goza pasivamente con el resultado del interés estético de oyente en el asunto y la formulación literaria del discurso”.<sup>9</sup> Recuérdese que se tratan de hechos ya pasados o presentes, se valora solamente el talento del orador, y pasa a segundo plano si el oyente comparte o no lo que se comunica.

De esta manera, analizaremos la narrativa testimonial de cinco individuos a quienes les tocó presenciar de cerca los últimos momentos del Segundo Imperio mexicano. Cada uno de ellos formó una opinión positiva o negativa respecto a la figura del Emperador, los ciudadanos queretanos, los adversarios, y los hechos de armas más relevantes. Finalmente los autores se dieron tiempo para reflexionar sobre los acontecimientos políticos y sociales que se presentaron con la llegada del Imperio, y los que desde su perspectiva habrían de suscitarse con la caída del mismo.

Para nosotros los testigos presenciales del sitio de Querétaro tomaron la pluma para exorcizarse de un acontecimiento que afectó profundamente sus vidas, ya sea por la pérdida de un ser que les resultó muy querido y entrañable (Maximiliano), como lo manifestaron José Luis Blasio y Albert Hans, o por la afectación de su patrimonio durante los combates, como le sucedió a Bernabé Loyola. Experiencia que pudo ser placentera o traumática; virtuosa o llena de vicios. En esta misma vertiente se expresa

---

<sup>7</sup> Kurt Spang, *Fundamentos de Retórica*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1984, p. 61.

<sup>8</sup> Aristóteles establece una relación entre la dialéctica y la retórica, señalando que ambas “versan sobre cosas que son conocidos por todos y no las delimita o incluye ninguna ciencia”. Por ello todos participan de ambas e intentan inquirir y resistir a una razón. Cfr. Tomás Albaladejo, *Retórica*, Madrid, Síntesis, 1991, p.55.

<sup>9</sup> Heinrich Lausberg, *Manual de Retórica Literaria*, Vol. 1, Madrid, Gredos, 1966–1968, p. 106.

Erika Pani, pues señala que en aquella coyuntura, “la escritura se convirtió en una forma de digerir la experiencia propia; de defender reputaciones tanto propias como ajenas; de terciar en uno de los debates más polémicos del momento y por qué no, ganar algún dinero”.<sup>10</sup>

El capítulo se encuentra estructurado de la siguiente manera: En primer lugar presentamos el horizonte de enunciación de los autores, Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce, poniendo especial atención a los distintos estratos sociales y filiación política de los que provenían, cuestiones que fueron determinantes en las temáticas que desarrollaron en sus obras. Tal fue el caso de Albert Hans, miembro de las fuerzas expedicionarias francesas. Su discurso es diametralmente opuesto al resto de los autores europeos, que en la mayoría de los casos vituperan y condenan a los mexicanos. Hans señaló en varios momentos su simpatía y solidaridad con los soldados mexicanos que combatieron junto a él, incluso reconoció y valoró las cualidades de los principales oficiales del ejército republicano.

Blasio fue el secretario particular del Emperador, lo que le permitió entablar una relación muy cercana con él, casi paternal, por el trato protector y afectivo que siempre le brindó Maximiliano, por esta razón su libro se encuentra plagado de muestras de gratitud y admiración hacia su protector. Blasio narró con nostalgia y entusiasmo la elegancia y fastuosidad de la vida cortesana, la misma que se derrumbó en los difíciles días del sitio de Querétaro.

Bernabé Loyola fue un hacendado queretano que decidió escribir sus recuerdos sobre el sitio militar que padeció su ciudad con un único fin: dejar a sus numerosos hijos un testimonio acerca de las tropelías que tuvo que soportar al pagar impuestos forzosos y padecer el saqueo que las milicias hicieron en sus propiedades. Pero también aprovechó la ocasión para señalar los defectos e indiscreciones de Maximiliano.

Por su parte los generales republicanos Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce, testimoniaron sobre los episodios militares más importantes durante los sesenta y seis días de sitio. Rocha analizó la personalidad de sus principales compañeros de armas, poniendo en duda la capacidad castrense de muchos de ellos, incluido Francisco O.

---

<sup>10</sup> Erika Pani, *El segundo imperio*, México, Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2004, p. 32.

Arce. Mientras que éste se concentró en narrar la organización de los ejércitos republicanos que se acercaban a Querétaro, las características del terreno donde se libraron las principales batallas, y los desesperados intentos que hicieron los sitiados por salir de la plaza.

El capítulo continuará con un rastreo o vínculo entre los dos polos del género retórico demostrativo: elogio y vituperio y los valores exaltados y conductas censurables de parte de los sujetos más importantes en la historia del sitio.

## **2.1.- Cinco testigos presenciales. Perfil biográfico y horizonte (Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce)**

Hans Georg Gadamer designa al horizonte como “el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto”.<sup>11</sup> La influencia que pueda tener el observador respecto a su situación en el mundo, su interés intelectual e incluso su participación en un evento coyuntural, el horizonte cambiará, aunque el punto de observación sea similar, porque “el horizonte se desplaza a paso de quien se mueve”.<sup>12</sup> El horizonte, por lo tanto se encuentra enmarcado por una coordenada espacio temporal, y cobra coherencia a partir de los principios dominantes que lo constituyen. Los que debemos entender como marcas culturales de una época, que pretenden construir una identidad. En todo discurso afloran y determinan los recursos conceptuales empleados con los que esa sociedad indaga en sí misma.<sup>13</sup> De tal manera que el discurso utilizado por los autores que a continuación presentamos se encuentra íntimamente ligado a pautas ideológicas y conductuales de la sociedad a la que pertenecían. Existe una apropiación y defensa al ideario político, militar, social y económico del que provienen. Mientras en Albert Hans encontramos una defensa de la intervención y el proyecto monárquico; en Bernabé Loyola vemos más una preocupación por el ultraje, la parálisis del comercio y del poder de la burguesía ante los excesos de la guerra; para los militares como Rocha y O. Arce pesó más las cuestiones de honor, valentía y destreza en el arte de la guerra.

---

<sup>11</sup> Hans Georg Gadamer, *Verdad y Método*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988, p. 369.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 375.

<sup>13</sup> Silvia Pappé, “El concepto de principios dominantes en la historiografía crítica”, en Gustavo Leyva (Coord.), *Política, identidad y narración*, México, UAM-A/CONACYT/Editorial Porrúa, 2003, pp. 503-516.

### *Albert Hans y la defensa de la raza latina*

La conclusión de la Intervención Francesa, no impidió que varios de los soldados expedicionarios y otros regimientos europeos como los húsares austriacos y demás dispersos en el territorio decidieran quedarse en el país. Entre ellos estaba Albert Hans quien hizo campaña militar en el estado de Michoacán desde 1863 al mando del general imperialista Ramón Méndez, por el cual expresó siempre su más profunda simpatía, al igual que los soldados de origen indígena.

En sus días en Morelia editó un periódico de corte conservador *La Época*, donde él y sus partidarios expusieron sus ideas sobre la situación política del país.<sup>14</sup>

A finales de febrero de 1867, la brigada de Méndez evacuó la ciudad de Morelia rumbo a Querétaro donde, lo esperaba el Emperador con las últimas huestes imperialistas que habían partido de la capital, para reforzar la defensa frente a los ejércitos republicanos de Escobedo y de Corona. Hans observó los principales acontecimientos del sitio de Querétaro, en el cual combatió hasta que cayó la plaza el 15 de mayo. Hans fue hecho prisionero aquel día, y desde allí, él y otros treinta oficiales franceses manifestaron a través de una carta su adhesión y respeto por el Emperador cautivo, respondiendo de esta manera a la solicitud de otros oficiales galos que también desde prisión, le pidieron a Escobedo su incorporación al ejército republicano.<sup>15</sup>

Albert Hans fue confinado en diferentes cárceles de Querétaro y San Luis Potosí, sin embargo después de algunos meses fue indultado por el gobierno como casi todos los oficiales extranjeros.

En 1868 se publicaron en Francia sus memorias sobre el sitio. *Queretaro Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien. (El sitio de Querétaro: Memorias de un oficial del emperador Maximiliano)*. La traducción al español de sus memorias fue elaborada por Lorenzo Elízaga.<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Albert Hans, *El sitio de Querétaro: Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, México, Editorial Jus, 1962, p. 15.

<sup>15</sup> Félix Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, México, Tomás F. Neve, 1869, pp. 196-197.

<sup>16</sup> En la parte final de este texto, como el de Basch y otros extranjeros, se encontraba el famoso capítulo de "rectificaciones" en las cuales se "enmendaba la plana al autor", recordando al lector "la condición de invasor que ostentaba el escritor". En las rectificaciones se "defendía" o se "redimía" el honor y las decisiones tomadas por los hombres de la República, como Benito Juárez, Porfirio Díaz y Mariano Escobedo. La edición de 1962, misma que consultamos, se encuentra suprimido este capítulo de rectificaciones, ya que en opinión

En *El sitio de Querétaro* seguimos con puntualidad el rumbo que tomaron las batallas más relevantes, como las del 14 de marzo, 27 de abril y la acción decisiva del 15 de mayo. Hans ahondó en la personalidad y carácter de los principales jefes tanto imperialistas como republicanos, comprendió y compartió las angustias y las alegrías del soldado raso.

En 1899 obtuvo el cargo de cónsul general de Paraguay, y ese mismo año publicó en París el folleto titulado *La guerra de México según los mexicanos*. Hans falleció en Francia hacia 1930.<sup>17</sup>

#### *José Luis Blasio y el ceremonial de la corte*

Fue miembro de una familia de clase media de la ciudad de México, hijo de un militar conservador al servicio de Félix Zuloaga. Blasio conoció al Emperador cuando contaba con 22 años de edad. El primer encuentro se dio cuando acompañó a su madre a una audiencia con el Soberano para pedir la libertad de su hermano de 15 años, quien había sido encarcelado por participar en las milicias republicanas. Gracias a su conocimiento y soltura en la lengua francesa, Blasio consiguió un primer empleo como traductor al servicio de Félix Eloi, el consejero de más confianza del Emperador en la primera parte de su gobierno.<sup>18</sup> Más adelante sustituyó a dicho consejero hasta convertirse en una de las personas de más confianza de Maximiliano, a quien acompañó de manera abnegada y fiel hasta su posterior suplicio en la “levítica” ciudad de Querétaro.

En 1905 apareció por primera vez la narrativa testimonial de José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo: El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*. El texto carece de pretensiones políticas y falsos apasionamientos; es decir, el autor no se detuvo a dilucidar con detalle la difícil situación política en la que

---

de Salvador Abascal, editor, “no formaban parte de la obra original y por su criterio liberal rabioso”. La “rectificación”, “refutación” o “vindicación” supondrían un dialogo que no prevé el género demostrativo. Ya que la obra entraría en un proceso de tipo judicial donde se denuncia y se defiende. En este sentido el texto de Albert Hans en ningún momento tuvo la intención de hacer una denuncia, como sí lo hicieron otros autores europeos y que analizaremos en el tercer capítulo.

<sup>17</sup> Oliva García de León Melo, *De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritos mexicanos y europeos de 1867 a 1869*, Tesis para obtener el grado en licenciatura en historia, UNAM, 2006, p. 176.

<sup>18</sup> Patricia Galeana, “Prólogo”, en José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memoria de un secretario particular*, México, UNAM, 1996, p. 5.



se encontraba el país y no aludió en demasía a las medidas gubernamentales que adoptó el Emperador. Sobre la situación vivida en la ciudad de Querétaro,<sup>19</sup> Blasio se resistió a elaborar calificativos negativos o denigrantes sobre los presuntos responsables de la funesta suerte de su jefe, llámense las autoridades que lo sentenciaron o los presuntos traidores de su propio bando. La obra está cargada de un fuerte dramatismo, lo que sin duda infiere en el ánimo del lector, que no permanece indiferente ante la narración del secretario imperial.

A José Luis Blasio le interesó más narrar la forma que el fondo, se enfocó principalmente a describir los códigos de conducta y las ceremonias propias de nobleza: se admiró de que Maximiliano reconviniera a los criados del palacio de Puebla cuando le dispusieron una recámara con un lecho matrimonial para compartirlo con su esposa. Patricia Galena se expresa en este sentido: “Ocupa largos párrafos para describir las joyas del Emperador y demás personajes. Se refiere con más atención al color de las plumas de los sombreros, y a las botonaduras [...] de sus trajes que a la situación política del propio Imperio”.<sup>20</sup>

Es interesante señalar que *Maximiliano íntimo* apareció treinta y ocho años después de los sucesos de Querétaro, mientras que otros testimonios como los de Hans, Salm Salm y Basch aparecieron apenas un par de años después, ¿Por qué tardó tanto Blasio en escribir sus memorias? Quizá como una fuente de recursos ante una precaria situación económica, tal vez para recordar que su futuro prometedor en la corte, fue truncado de manera abrupta con los sucesos del cerro de las Campanas. Él mismo lo reflexionó en los siguientes términos:

Mi porvenir antes tan bello y brillante había sido cortado por la mano cruel del destino, mis ilusiones de felicidad no podían al momento realizarse. Era preciso aún esperar [...] Juzgando que la familia del emperador a la que debía en Viena

---

<sup>19</sup> La tercera parte del texto se titula “Querétaro”, y está compuesta de diez capítulos. Esta parte contiene pasajes lúgubres, como el momento en que el secretario describió la salida del palacio, en la mañana del 13 de febrero de 1867; la despedida del Emperador de los húsares entre los que destacaban Carl Khevenhüller y el barón Hammerstein. Blasio fue persuadido por el Emperador para quedarse en la capital dado su origen civil; sin embargo el secretario decidió permanecer fiel a la causa imperial, y al Soberano en particular, y emprendió junto al archiduque el camino hacia Querétaro. Además de secretario, el Emperador le asignó otra función: tesorero. Cuando la tropa imperial salió de la ciudad de México, Blasio estaba siempre a su lado, y listo para tomar algún dictado.

<sup>20</sup> Patricia Galeana, *Op. Cit.*, p. 6.



presentarme cumpliría dignamente las disposiciones del muerto; creyendo que mi presencia allí serviría para obtener un buen éxito y que esperando éste en México pasaría aún más tiempo sin que pudiera cumplir los únicos deseos que me quedaban de vivir tranquilo al lado de una esposa idolatrada, puesto que mis sueños de ambición y gloria habían quedado desvanecidos por el sangriento desenlace del drama de Querétaro, me decidía a partir y emprendí mi alma y que será la segunda confesión de mis errores y de mis faltas.<sup>21</sup>

En efecto, Blasio acudió a la corte de Viena donde se entrevistó con el Emperador austriaco Fernando José y la madre de Maximiliano, la Archiduquesa Sofía, dichos encuentros constan en el propio texto, sin embargo fue poca la ayuda que el secretario pudo conseguir. Blasio no retornaría a México.

Al reeditar *Maximiliano Íntimo* en 1996, Patricia Galeana obtuvo acceso a documentos inéditos que dejan ver la angustiosa situación económica del secretario. Cartas escritas a diferentes amigos, entre ellos a José María Gamboa, subsecretario de Relaciones Exteriores, durante el porfiriato y fechada el 3 de marzo de 1889, da testimonio de esta condición. Veinte años después de la publicación de sus memorias, su situación no parecía mejorar. En otra carta escrita a un amigo apellidado Fatman, le confesó que había escrito un par de artículos para la *Revista Universal* de la ciudad de Nueva York, pero que el pago obtenido no correspondía a sus expectativas, y que no se le aseguraban futuras colaboraciones. Blasio tenía contemplado volver a escribir sobre sus vivencias cerca del Emperador Maximiliano en un texto que se titularía *La confesión de un palacio*, sin embargo el haber dejado en México su biblioteca significó un retraso en la elaboración de dicho texto; éste nunca se publicó.<sup>22</sup>

Para Martín Quirarte, las memorias de Blasio pretendían más esclarecer asuntos domésticos y detalles sobre la vida del archiduque y sus servidores, que abarcar aspectos políticos. Quirarte comentó que *Maximiliano Íntimo* se encuentra escrito “con una parcialidad notoria” favorable al Soberano. Blasio “no pretendió hacer investigaciones históricas, sino simplemente evocar al pasado; dar vida a un tropel de

---

<sup>21</sup> Estas líneas pertenecen al borrador de la tercera parte del libro de Blasio. Cabe destacar que no fueron incluidas en la versión final del texto. Cfr. Patricia Galeana, *Op. Cit.*, pp. 13-14.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 15-16.

recuerdos, reconstruir a su manera un mundo en el que él había vivido y que le fue particularmente grato”.<sup>23</sup>

#### *Bernabé Loyola y el testimonio para su familia*

Trabajó como administrador de las haciendas de Jurica y San Juanico, Querétaro. Quizá uno de los datos más curiosos en su vida, es que se casó con dos hijas de su patrón, Don Timoteo Fernández de Jáuregui. En sus dos matrimonios llegó a tener más de diez hijos. Esa relación familiar y su amistad con el general Mariano Escobedo, lo ayudaron a ascender en la escala social queretana hasta convertirse en hacendado. Durante el sitio militar de su ciudad, Bernabé Loyola fue identificado por los oficiales imperialistas como “gente pudiente” y fue obligado junto con otros ciudadanos a pagar impuestos forzosos. Su hacienda de San Juanico, ubicada en las afueras de la ciudad, en la parte noroeste, resguardaba semillas y animales, botín bastantepreciado durante el sitio; fue asaltada una y otra vez.

Hilarión Frías y Soto, amigo de la familia Loyola, decía en sus rectificaciones a la obra de Samuel Basch, que la casa de la hacienda “era una habitación magnífica, y montada con lujo europeo”,<sup>24</sup> incluso contaba con un piano, el cual era tocado con gran maestría por la esposa de Loyola, Catalina Jáuregui. La magnífica hacienda de San Juanico fue saqueada hasta quedar prácticamente en la ruina: “desapareció todo aquel lujo. Los muebles de ricos tapices fueron hechos pedazos [...] las cortinas, los cielos rasos y los cuadros fueron arrancados, y el piano fue destruido en un momento”.<sup>25</sup> Ante el inminente saqueo, Loyola se internó en la ciudad. Fue constantemente amenazado de muerte por Miramón, no obstante logró hacer amistad con los generales más importantes de ambos bandos.

Ayudado de un potente catalejo, se convirtió en el observador civil más importante del sitio. Subió al techo de la casa conocida como Portal Quemado en la Plaza de la Independencia, donde se escondía, para ver el combate del 14 de marzo y la famosa batalla del Cimatarío. Aunque Loyola insistió en que no era su propósito narrar los sucesos de armas, sí se refiere a éstos. Consideraba que el ejército imperial

---

<sup>23</sup> Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, p. 83.

<sup>24</sup> Samuel Basch, *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional, 1953, p. 424.

<sup>25</sup> *Ibid.*

saldría triunfante, pues las tropas republicanas lo decepcionaron grandemente, ya que las consideraba como una chusma sin gran disciplina y blasones militares.

Después de que Méndez lo obligó a pagar considerables cuotas para el ejército sitiado, Loyola se escondió en el desván de la casa. No salió de allí, hasta que Escobedo ocupó la plaza.

Loyola escribió sus memorias sobre esos días, bajo el título *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola*, en su exordio repite varias veces que escribió sus memorias sobre el sitio con la intención de que sus hijos tuvieran una idea de los padecimientos económicos que sufrieron San Juanico y él en lo particular, además de los grandes daños causados a la ciudad. De cualquier forma es importante mencionar que cien años después de los acontecimientos, estas memorias se transformaron en un documento vindicativo en relación a las conductas que asumieron las autoridades republicanas de aquel entonces.<sup>26</sup>

En las primeras páginas de sus memorias, no queda totalmente claro cuál de los dos bandos son objeto de sus simpatías, pues narra los robos de ganado y la leva forzosa que tanto imperiales como republicanos hicieron en sus haciendas. Sin embargo, conforme el lector se adentra en su texto, se puede dar cuenta de que se alinea a la causa republicana, no sólo por el contacto cercano que llegó a tener con Escobedo, quien incluso lo invitó a administrar una de sus haciendas, sino también por las constantes críticas que hizo sobre Maximiliano.

El relato transcurre entre detenciones lo mismo a manos de oficiales imperialistas como republicanos; entuertos que muchas veces terminaban cuando era presentado ante los generales a quienes conocía y lo dejaban en libertad. Durante aquellos días, Loyola se transformó en un administrador entre dos fuegos: entre su amistad con el republicano Mariano Escobedo y con los imperialistas Tomás Mejía, Ramón Méndez y Mariano Reyes. Entre la ayuda que brinda a sus peones al

---

<sup>26</sup> Las memorias del señor Loyola aparecieron por primera vez en 1967, justo en el centenario del triunfo de la República y fueron publicadas por el Gobierno del Estado de Querétaro. En el texto introductorio se percibe una justificación en torno al procedimiento de las tropas republicanas durante el sitio. El texto de Loyola fue reeditado en el año 2009, igualmente bajo el auspicio del gobierno estatal. En esta ocasión el estudio previo, por Armando Ruiz Pérez sugiere al lector que el documento sea tomado más como un testimonio histórico sobre las penurias que enfrentó la ciudad a causa de las acciones de las tropas tanto imperiales como las republicanas, y no como un justificativo.

esconderlos de la leva republicana y los altos impuestos que tiene que pagar a los imperialistas.

### *Sóstenes Rocha y el exaltamiento personal*

La carrera militar del general Sóstenes Rocha comenzó con su ingreso al Colegio Militar en 1831. Participó en diversas acciones armadas a comienzos de la década de los cincuenta, la más importante fue la que emprendió contra de los sublevados de la Revolución de Ayutla encabezada por el general Juan Álvarez, para derrocar la dictadura de Antonio López de Santa Anna. Rocha militó en el lado conservador hasta 1857, cuando solicitó indulto al gobierno para servir en las fuerzas liberales. Sin embargo cuando formaba parte de la Guardia Nacional de Guanajuato en 1858, fue tomado prisionero y se vio en la necesidad de volver a servir en el ejército conservador. En ese momento tuvo a los generales Severo Castillo y Miguel Miramón como sus principales jefes. Pero Rocha volvió al lado liberal en 1860. Sus fuerzas combatieron en la guerra de Reforma vio acción en el Estado de México y los pueblos colindantes a la capital del país. Una vez que los liberales alcanzaron el triunfo, entró a la ciudad al lado del general González Ortega en diciembre de 1861.

Sóstenes Rocha continuó su carrera militar contra la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, como una de las principales cabezas del Ejército del Norte, destacándose en las batallas que se libraron en ciudades nortteñas como Monterrey, Saltillo y Matamoros.<sup>27</sup>

A raíz de la victoria obtenida por las tropas republicanas sobre Miramón en febrero de 1867 en San Jacinto, Zacatecas, se preparó la última ofensiva contra las fuerzas imperiales que se concentraban en Querétaro. Sóstenes Rocha quedó al mando de la división de infantería del Ejército del Norte. Vio acción en los principales combates del sitio queretano, como la batalla del 14 de marzo; el ataque a la Casa Blanca y la batalla del cerro del Cimatario.

Rocha escribió sus impresiones sobre dichas batallas en un breve texto que tituló *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro*, las concluyó en París cerca de 1878, y fueron publicadas por primera vez en el diario neoleonés *El Porvenir* en 1944,

---

<sup>27</sup> Daniel Moreno, *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, Editorial Porrúa, México, 1972, p. 4.

dos años más tarde fueron reimpresos por el Archivo Histórico Mexicano, dirigido entonces por el general Juan García Rosas.

El texto se encuentra dividido en dos apartados. En el primero Rocha reflexionó sobre la personalidad y talento profesional de los principales oficiales republicanos que sitiaban la plaza; aquí también hizo un recuento pormenorizado de los recursos bélicos y materiales que tenían a su disposición los ejércitos del Norte y Occidente. La segunda parte de los *Apuntes* la dedicó a describir los acontecimientos más notables en las batallas ocurridas el 14 y 24 de marzo y el primero y 27 de abril de 1867. La narrativa testimonial de Sóstenes Rocha es muy interesante por varias razones. En primer lugar, por ser un documento muy importante de carácter militar, nos ilustra de manera técnica y precisa la estrategia previa a las acciones y los movimientos consecuentes de las tropas.

El texto carece de referencias políticas, esta ausencia quizá esté vinculada al desinterés en el tema de parte de Rocha. Su afición por las armas fue preponderante, después del triunfo de la República se mantuvo activo combatiendo las sublevaciones contra el gobierno de Juárez. Se enfrentó a Porfirio Díaz al que siempre abatió. El autor no persiguió una posición importante dentro del gobierno, aunque tuvo una comisión diplomática en Francia en 1876. A su regreso a México cuatro años más tarde, dirigió el Colegio Militar.

Rocha también ejerció el periodismo, administró la revista de corte marcial *El Combate* además de publicar otros libros y folletos sobre el mismo tema.<sup>28</sup>

#### *Francisco O. Arce y los actores colectivos*

O. Arce fue otro militar republicano que estuvo presente en el lugar donde cayó Maximiliano, y que escribió su versión sobre lo sucedido. No contó con la simpatía de muchos de sus coterráneos, el propio Sóstenes Rocha tenía una opinión desfavorable de él, lo acusaba de brindar más atención a la política que a los hechos de armas.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Algunos de estos son: *Estudios sobre la ciencia de la guerra* (1879); *Enquiridión para los Sargentos y Cabos del Ejército* (1880) y *Ayuda de memorias del Oficial Mexicano en Campaña* (1880). Cfr. Daniel Moreno, *Op. Cit.*, p. 6.

<sup>29</sup> Rocha no es el único que tuvo dudas sobre la participación activa de Otálora Arce en Querétaro. Fernando Iglesias Calderón, hijo del ministro juarista José María Iglesias, cuando se publicó la segunda obra *Ratificaciones históricas*, que contiene una colección de cartas, que prueban, según él que O. Arce ni siquiera entró a la ciudad de Querétaro una vez tomada por las fuerzas republicanas. Cfr. Armando Ruíz Pérez, "Estudio Previo" en Francisco O. Arce,

O. Arce nació en la ciudad de Guadalajara, Jalisco en 1831. Su primera instrucción la realizó en su ciudad natal, para después incorporarse al Colegio de Minería de la ciudad de México, donde interrumpió sus estudios para combatir la intervención norteamericana en 1847. Un año más tarde fue comisionado en la frontera norte donde alcanzó el grado de capitán.

Continuó su carrera durante la guerra de Reforma y la Intervención Francesa. Prestó sus servicios a los ejércitos juaristas en momentos trascendentes como la batalla del 5 de mayo de 1862 y las operaciones sobre Querétaro en 1867. Sobre este hecho escribió *El sitio de Querétaro: Del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*. Desconocemos el momento exacto en que O. Arce escribió sus impresiones sobre el sitio, sólo que el 15 de mayo de 1887, veinte años después del triunfo republicano, dirigió una carta al periódico *El Correo de las Doce* en que el autor declaró sobre su participación en el evento: “hizo mérito de su activa y principal intervención en la toma de la ciudad”.<sup>30</sup>

El texto apareció en 1967, junto con el de Loyola, como una conmemoración que el Gobierno del Estado de Querétaro hizo en el centenario de este episodio. Las memorias de O. Arce tienen un orden expositivo similar al texto de Hans, aunque es mucho más breve, no obstante en el proemio se expone la organización del ejército republicano que sitió la plaza, y detalla de manera concisa los aspectos generales de la ciudad de Querétaro, considerando su situación geográfica y la solidez de sus construcciones que la hacían “muy defendible”.

Al triunfo de la República fue comisionado por Juárez para pacificar el estado de Guerrero, lugar donde más tarde se convirtió en gobernador. Desde este cargo emprendió una amplia campaña social, educativa y de infraestructura. En el terreno político enfrentó la oposición de liderazgos locales como los del general Vicente Jiménez, tío de Ignacio Manuel de Altamirano, pero O. Arce siempre logró imponerse, la mayoría de las ocasiones, con la ayuda de Benito Juárez.

En 1876 se adhirió al Plan de Tuxtepec, periodo en cual fue comandante militar y gobernador de Sinaloa.

---

*El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009, p. 13-14.

<sup>30</sup> Francisco González de Cosío, “Reproducción a la Introducción de la edición de 1967” en General Francisco O. Arce, *Op. Cit.*, p. 102.

En los primeros años del porfiriato la figura política de Francisco O. Arce se engrandeció, se convirtió en diputado federal de (1881 a 1882) y de nuevo gobernador de Guerrero (1885-1893). Fue senador de la república de 1894 a 1898 y Magistrado del Supremo Tribunal Militar de 1899 hasta 1903, año de su deceso.

## 2.2.- Elogios a la virtud

Las virtudes se comprendieron en el pensamiento clásico como las disposiciones subjetivas requeridas por comportamientos que operaban como imágenes sociales de lo moralmente relevante y loable. Aristóteles dejó establecido en su *Retórica* que “sin seriedad o con ella, alabábamos no sólo a Dios u objetos inanimados, sino también a los hombres”.<sup>31</sup> ¿Qué es aquello que produce la acción de alabar las acciones de los hombres? Aristóteles vuelve a darnos la respuesta: la nobleza. Lo noble es aquello que siendo bueno es agradable. Necesariamente la virtud es noble, porque al ser algo bueno es laudable. La virtud es la facultad de hacer grandes bienes y de varias maneras, y respecto a todo. Aristóteles enlistó una serie de virtudes, a saber: la justicia, por lo cual cada uno posee sus propias cosas; la fortaleza, por la que uno es capaz de realizar bellas acciones en los peligros; la templanza, por la cual se está dispuesto a gozar de placeres del cuerpo; la magnanimidad, hacer grandes beneficios; la libertad, hacer beneficios con las riquezas; la magnificencia, hacer cosas grandes y costosas; la prudencia, según la cual se puede deliberar respecto de los bienes y de los males.

La virtud no debe ser entendida como una pasión, sino como una acción. De tal forma que la virtud es la acción más apropiada a la naturaleza de cada ser; el acto más conforme con su esencia. Aquel que demuestra poseer más virtudes, no sólo es de mayor utilidad en la guerra y en la paz, sino que se le tributa mayor honra.<sup>32</sup>

Quintiliano por su parte trata el uso del elogio y el vituperio, en armonía con la formación y la disposición ética que siempre debe mantener y mostrar el orador. Si el ejercicio retórico es, además de preparación para el oficio jurídico, camino de conocimiento y, por tanto, de *virtud*, el uso del elogio debe siempre responder a la

---

<sup>31</sup> Aristóteles, *Op. Cit.*, p 109.

<sup>32</sup> Platón opone serias objeciones al discurso demostrativo. A su entender, el género laudatorio se caracteriza por mentir acerca de las cualidades del objeto, ya que enaltece tanto las virtudes que éste posee como aquellas de las que carece, mientras que el buen elogio debería ser ante todo verídico. *Cfr.* Eugenia Howenaghel, *Op. Cit.*, p. 137.



verdad y al uso honesto y conveniente que el elogiado haya hecho de sus cualidades: por ello merece el elogio y la admiración de quienes escuchen el discurso laudatorio. Escribe al respecto: “Pero todos los bienes, externos a nosotros y cuanto a los hombres cayó en suerte, no se prestan al elogio por el hecho de que uno los haya poseído, sino por haberlos utilizado de manera honorable”.<sup>33</sup>

El elogio de personas exige la narración de las acciones protagonizadas por el individuo alabado, así como la descripción de su físico, se requiere también de la descripción positiva del lugar donde han sucedido los acontecimientos. El orador refiere únicamente los rasgos más convenientes para embellecer el objeto del elogio. Es común que calle los periodos de decadencia de la ciudad o silenciar los vicios del *laudandus*. Obviamente la descripción y la narración del discurso demostrativo distan mucho de ser objetivas, dado que se hallan subordinadas al objeto fundamental del encomio: el de destacar la excelencia del *laudandus*. El género retórico demostrativo no se caracteriza por prodigar los detalles, sino que habitualmente refieren los hechos de manera alusiva. El orador prefiere extenderse en la interpretación moral, religiosa e histórica de los hechos, explicando cuál es el significado del acto entero, en qué consiste el valor de la ceremonia en su totalidad o cuál ha sido la contribución fundamental de la persona elogiada. De esta manera la narración y la descripción dentro del elogio suelen verse interrumpidos por extensos desarrollos interpretativos o largos pasajes reflexivos acerca del significado de los hechos relatados.

Un lector poco versado en nuestro objeto de estudio, quizá piense que la virtud fuera exclusiva del Emperador, pero no es así, los autores revisados no sólo tributan al monarca, sino a otros personajes e incluso a actores colectivos como el ejército. Observemos las virtudes que los autores han identificado en otros sujetos:

### *Fortaleza*

No significa enfrentarse a los peligros con desprecio y sangre fría, sino saber padecerlos con abnegación, buen juicio y prestancia. Para Albert Hans, la empresa imperial en México representó una “acción civilizatoria”, “un favor”, “una proceder noble” de parte de Francia hacia un país exótico, salvaje, peligroso y amenazado por el fantasma del expansionismo norteamericano. Defender la primacía de cultura latina en México, era un

---

<sup>33</sup> Quintiliano de Calahorra, *Obra completa*. Traducción y edición de Alfonso Ortega Carmona, Salamanca, Universidad Pontificia, 2000, Libro III, Cap. VII, p. 13.



desafío que requería contar con una gran fortaleza. Para el subteniente francés, el elegido por Napoleón III para llevar a cabo esa defensa, mostró esta virtud en un buen grado. No obstante ésta se hizo más patente durante su estancia en Querétaro. Albert Hans trató de exaltarla en varios pasajes de su texto. En éste es una constante encontrar pasajes en donde el archiduque, tomó parte activa en los combates más peligrosos, como el del 24 de marzo. Su actitud contagió de valentía a soldados imperiales, sin embargo provocó la preocupación y las recomendaciones enérgicas de los generales Miramón y Mejía para que no se expusiera. La posible muerte de Maximiliano en el campo de batalla, fue motivo de preocupación y constante incertidumbre.<sup>34</sup>

La fortaleza del Soberano continuó hasta el fin del sitio. El 15 de mayo, cuando él y su comitiva fueron perseguidos hasta el cerro de las Campanas, lugar donde enarboló la bandera blanca y entregó su espada a Escobedo. Allí, prácticamente derrotado y humillado, tuvo que enfrentar burlas y degradaciones morales a las que supo responder desdeñosamente y sin sobresaltos.<sup>35</sup>

El secretario imperial José Luis Blasio observó las mismas acciones honrosas y dignas ante la adversidad por parte de su Soberano. Las cuales puso de manifiesto durante su cautiverio, su proceso militar y posterior ejecución. Desde una perspectiva dramática y conmovedora, Blasio enfatizó la entereza de Maximiliano. Lejos ya de los elegantes chambelanes y las distinguidas damas de honor del palacio, el archiduque se conmovió por las reverencias que le hicieron sus compañeros presos, sucios, heridos y mal vestidos en el convento de las teresitas: “Al llegar al convento, nos forman en la calle, antes de entrar, y entonces todos nos descubrimos respetuosamente. El Emperador saluda y dice: ‘Ningún otro monarca puede vanagloriarse de tener semejante corte’ ”.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> En la narrativa testimonial de Félix de Salm Salm se hace referencia a la preocupación política externada por Mejía ante la exposición física del Emperador. *Cfr. Infra*, p.103. Hans refirió otras preocupaciones ante la eventualidad de la muerte del Emperador: la ausencia e incapacidad mental de Carlota y la corta edad que en ese momento tenía Agustín de Iturbide y Green, nieto de Agustín de Iturbide, y que Maximiliano había adoptado como su sucesor en trono.

<sup>35</sup> A este respecto Hans recordó la escena en que un oficial republicano apuntó su pistola a la cabeza y corazón de Maximiliano, preguntándole si en verdad era el llamado Emperador. Maximiliano asistió, pero también obsequió un abrazo a este oficial.

<sup>36</sup> José Luis Blasio, *Op. Cit.*, p. 250.

A diferencia de otros testimonios como los del doctor Samuel Basch o el de Félix Salm Salm, Blasio no manifestó rencor contra las autoridades que sentenciaron a muerte a Maximiliano, tampoco dedicó muchas líneas a reflexionar sobre los acontecimientos políticos que se habrían de suscitar después. El relato sobre los últimos días de vida del archiduque se centra en describir los pequeños detalles y sus necesidades: desde el mobiliario de sus diferentes celdas, la disposición de las mismas, hasta los alimentos que consumió. También hizo referencia a los padecimientos físicos que aquejaron en todo momento al Emperador, pero que no afectaron su ánimo ni su buen humor.

Estando ya presos en el convento de las Capuchinas, Blasio comentó la confianza que sentía Maximiliano de salir con vida de México, incluso lo invitó a Europa. Pretendía auxiliarse de él para escribir la historia de su reinado. “Después se dedicarán a viajar a Grecia y a otros países, para finalmente pasar sus últimos días en su isla de Lacroma”.<sup>37</sup> Blasio también escribió sobre la ayuda económica que Maximiliano pretendía otorgarle si decidía volver a México, o conseguirle un buen empleo en una legación si deseaba continuar en Europa. Sin embargo los sueños de salir con vida se escaparon y el secretario tendría que conformarse con escribir las últimas cartas de despedida que el soberano le dictó.<sup>38</sup>

Dentro de esta historia existen otros sujetos a los que estos autores les atribuyeron la virtud de la fortaleza. Tenemos por caso a Catalina Jáuregui, segunda esposa de Bernabé Loyola, ya Hilarión Frías había comentado de ella: “un ángel que abrigaba a todos los desgraciados, y los peones de la hacienda [...] era una matrona llena de inteligencia y de virtudes”.<sup>39</sup> Vivió parte del sitio embarazada, dio a luz la misma noche que Márquez salió rumbo a México. Bernabé Loyola consideró que su segunda mujer era dueña de una gran fortaleza dado el valor con que enfrentó la ocupación reiterada de las tropas francesas en sus propiedades. Precisamente su narrativa testimonial comienza contando la ocupación que un grupo de militares franceses hizo sobre la hacienda de San Juanico a finales de 1866, quienes le exigieron voluntarios, semillas y animales. Loyola fue advertido que ante una posible negativa, sería confinado a la cárcel, pero el hacendado se mantuvo estoico y se negó

---

<sup>37</sup> Patricia Galeana, *Op. Cit.*, p. 13.

<sup>38</sup> Una de ellas al acaudalado ciudadano queretano, Carlos Rubio, a quien le pide un préstamo para solventar los gastos de su embalsamamiento y posterior repatriación a Europa.

<sup>39</sup> Samuel Basch, *Op. Cit.*, p. 424.

a conceder tal petición. Ante esta situación, su mujer se condujo “con entereza como buen humor”.<sup>40</sup> Durante esta ocupación a San Juanico, Catalina observó una conducta “firme y dignamente patriótica; ni un momento la he visto titubear ni manifestar la menor debilidad”.<sup>41</sup> Como hablaba fluidamente el francés, Catalina se hizo respetar y admirar por los invasores. Apoyó hasta el último instante la negativa de su marido. Loyola escribió a su padre político Timoteo Fernández de Jáuregui que en ese momento se encontraba en México: “Tengo mil motivos para adorar a este ángel, pero ahora se me ha revelado bajo una forma que no esperaba; tengo en mi mujer un modelo no sólo de honor, de virtud y de prudencia, sino de dignidad, firmeza y patriotismo”.<sup>42</sup> Loyola refería que esta conducta pudo haber provocado cierto escozor en su suegro, miembro del Ayuntamiento de México y caballero de la Orden Imperial de Guadalupe.

El destacamento se marchó, pero siguieron los amagues y amenazas para la familia. Esta situación, aunada al embarazo de Catalina instó a Loyola a trasladar a su mujer a la ciudad. Pero desde allá Catalina siguió estimulando a su marido, mandándole pequeños papelitos en que lo instaba a no claudicar ante las presiones.

Algo muy interesante fue encontrar que existen casos en que el objeto de elogio es el propio autor. Ceden a la vanidad, se enuncian como hombres capaces de pasar de la oscuridad a la fama; saborear el placer de revivir los días gloriosos en los que tuvieron un papel principal o simplemente satisfacer la curiosidad de familiares y amigos. Pero la vanidad puede suponer una violación a los preceptos de veracidad y sinceridad del discurso. Más que calcar un tipo de identidad, una personalidad única y propia del autor, puede trastocarla, cambiándola radicalmente. Ceder a la vanidad opera con relación a las virtudes. En estos casos el autor es el que posee la mayoría, reservando para los demás personajes que intervienen en el relato tan sólo unas cuantas. Este es el caso de la narrativa testimonial del general Sóstenes Rocha. En la segunda parte de *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro*, se refiere puntualmente a las cuatro batallas del sitio, en donde su participación aparentemente fue oportuna y decisiva. La primera ocurrida el 14 de marzo, día en que Escobedo pretendía tomar el desguarnecido cerro de San Gregorio. Rocha cuenta que la toma

---

<sup>40</sup> Bernabé Loyola, *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009, p. 34.

<sup>41</sup> *Ibid.*

<sup>42</sup> *Ibid.*

del montículo se lograría creando un falso ataque sobre el convento de la Cruz. El general Ramón Corona, jefe del Ejército de Occidente, designó a Rocha, y a los generales Jerónimo Treviño y Benigno Canto para llevar a cabo dicha acción. Rocha escribió que la operación “no carecía de gran impulso y energía, pero era practicado sin orden ni método alguno y faltaba la presencia del jefe. [...] Yo mandé en el acto abrir los fuegos de artillería sobre la caballería enemiga, que tuvo que modificar su expresa formación”.<sup>43</sup>

La toma de San Gregorio se llevó a cabo con éxito, pero el despliegue sobre la Cruz no tuvo la conclusión que Rocha deseaba: arrebatarla a los imperialistas. Corona les había mandado tomar definitivamente la posición, si es que la situación fuera lo suficientemente favorable, pero la férrea defensa enemiga lo impidió. Sin embargo Rocha denunció la impericia de sus compañeros, especialmente la de Benigno Canto, a quien culpó de no haber podido tomar la Cruz, lo expresó de la siguiente manera:

Es indudable, que con una mejor dirección y otro jefe que Canto, a la cabeza del ataque y que yo hubiera recibido la orden de atacar igualmente, a la Cruz por mi flanco hubiera esta llave estratégica caído en nuestro poder y, por lo mismo, la resistencia de la plaza hubiera sido efímera.<sup>44</sup>

Rocha se asumió como la cabeza estratégica más notable del ejército sitiador, incluso por encima de Escobedo y Corona, los principales jefes. Sobre lo ocurrido en la jornada del 24 de marzo, el ataque a la Casa Blanca, Rocha puso en duda las opiniones de estos jefes, pues ante su negativa de volver a intentar un ataque en referido punto dado los altos costos humanos y materiales que supondría, Rocha mencionó: “Me pareció esta idea muy singular, pues al ataque nada tenía de difícil, bien efectuado nos habría producido insignificantes pérdidas y su adquisición [...] hubiera sido sumamente perjudicial al enemigo”.<sup>45</sup>

Pero nuestro autor, como un buen militar, se mantuvo disciplinado y nunca contrarió las órdenes de sus superiores. En otro episodio de armas, la famosa batalla

---

<sup>43</sup> Sóstenes Rocha, *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro* en Daniel Moreno, *Op. Cit.*, p. 10.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 15.

del Cimatario,<sup>46</sup> Rocha demostró su determinación y obediencia, la cual pone de manifiesto en su narración testimonial.

En esta batalla Miramón emprendía un fuerte ataque en las faldas del cerro. La brigada de Corona perdió su posición y sus hombres se dispersaron. Escobedo mandó a llamar a Rocha para encomendarle retomar el lugar perdido.

Esta acción fue propicia para que Rocha mostrara su conocimiento en el arte de la guerra y enalteciera su figura, mientras mancillaba la de otros, como la del general Vicente Riva Palacio a quien acusó de abandonar su posición “bajo cualquier pretexto buscando un abrigo”;<sup>47</sup> o al general Jesús Díaz León quien se rehusó a prestarle uno de sus batallones “procurando ocultar su cobardía”.<sup>48</sup>

Sóstenes Rocha se describió en ese momento como el hombre más valiente e importante en escena. Arengó a su tropa a la que recomendó: “que apuntará cuidadosamente y con sangre fría”, veía en ellos “el presagio de la victoria”.<sup>49</sup>

Pero hasta en ese momento la sabiduría, prestancia y decisión que presuntamente caracterizan a Rocha fueron ignoradas por Escobedo, pues le impidió tomar la Casa Blanca y le mandó concentrarse únicamente en rescatar la línea que Corona había perdido. Al final la victoria fue de los republicanos, pero Rocha sintió que fue una victoria personal. Consideraba que el capítulo del 27 de abril suponía la posterior derrota de los imperialistas un par de semanas más tarde.

Al final de sus *Apuntes* escribió “la Patria reconocida señalará algún día las páginas de su historia, con los nombres de esos héroes”.<sup>50</sup> Para este general, esta acción significaba el paso de su nombre a la historia, líneas más adelante escribió con orgullo que su participación en la operación del 27 de abril le valió el ascenso a General Efectivo de Brigada.

Como ya ha quedado establecido, el texto es un instrumento utilizado por el autor para ensalzar sus victorias en campaña y poner en tela de juicio las capacidades de sus compañeros. No obstante encontramos menciones de respeto y admiración para

---

<sup>46</sup> Se trataba de subir por las faldas del monte y desalojar a viva fuerza a las tropas republicanas. Todo tenía que hacerse mediante una maniobra fulgurante. Miramón movía dos mil quinientos hombres; la mitad de los efectivos de la plaza. Cfr. Luis Islas García, *Miramón, caballero del infortunio*, México, Editorial Jus, 1989, p. 289.

<sup>47</sup> Sóstenes Rocha, *Op. Cit.*, p.19.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 24.

sus rivales imperialistas. A este sentido es interesante señalar que no existen referencias directas sobre Maximiliano, de hecho menciona su nombre sólo en dos ocasiones y en la última página. La razón probable es que siendo un documento netamente militar, Rocha no reconociera las cualidades de Maximiliano como soldado.

Por otra parte también es importante pensar en lo que Rocha calla, es decir, ¿por qué se detiene a reflexionar sobre 4 batallas en específico, si el sitio transcurrió por más de dos meses de encarnizados encuentros? ¿Por qué no reflexiona sobre la operación del 15 de mayo cuando cae la plaza? ¿Por qué no dijo nada respecto al proceso y posterior fusilamiento de Maximiliano? ¿Por qué no habló de la entrevista que tuvo con Miramón? Tal vez la respuesta a las dos primeras preguntas tenga relación con su participación directa en los hechos. En otros testimonios no hay mención sobre la participación de Rocha en batallas importantes como la que se libró en la garita de México el primero de mayo, o la toma del convento la Cruz el día 15 del mismo mes.

Ahora bien, también existe otro tipo de elogio en la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro. Ésta correspondería a los actores colectivos, al aglomerado que sufrió en carne propia los horrores de la guerra, los soldados. Quien los puso en un primer plano fue Francisco O. Arce. Se esforzó en concretar un discurso ágil y ameno a partir de un claro ordenamiento temporal en su narración. Supo guardar un distanciamiento entre él como autor y como partícipe de los hechos. Es decir, no recurre a un lenguaje apasionado en los momentos en que él intervino. En toda su narrativa hace mención de sí mismo sólo en dos ocasiones,<sup>51</sup> y siempre en tercera persona: “el general Arce”. Esta estrategia narrativa es comúnmente utilizada en las autobiografías para crear una distancia entre el objeto y el sujeto. En lugar de elogiarse desde el interior, se esforzó por medio de un “personaje” y apelando a la tercera persona a elogiar a los sujetos colectivos.

Esta es una diferencia fundamental con el texto de Rocha, mientras el primero se describió como un héroe, cuyas acciones fueron determinantes en el resultado de las batallas; O. Arce se describió como un soldado más, como parte del conjunto.

Probablemente la única coincidencia con la narrativa de Rocha, se encuentra en la continua repetición de los términos castrenses y en la descripción de los

---

<sup>51</sup> Una de ellas sobre su polémica participación en la acción del 15 de mayo.

movimientos militares, pero existe una distancia respecto al apasionamiento con que Rocha se dirigió a sus coetáneos. De la pluma de O. Arce no salieron referencias negativas sobre ninguno de sus compañeros. Al contrario, mostró su admiración y respeto por todos los oficiales y subalternos que vieron acción en Querétaro. Antes de acusar cobardía de algunos elementos, O. Arce trató de disculpar el atraso o falta de auxilio por parte de algunos de ellos, siempre por cuestiones inherentes a la guerra. Observemos la siguiente cita al respecto sobre el enfrentamiento del 24 de marzo:

La división del General Riva Palacio no pudo auxiliar a las columnas comprometidas, porque el enemigo la atacó a su vez y casi envuelta y expuesta a sufrir un descalabro, logró replegarse con el auxilio de la caballería del Coronel León Ugalde y tomar posiciones sobre su línea, después de cuatro horas de reñido combate.<sup>52</sup>

Como ya señalamos, Rocha se refirió específicamente a cuatro batallas; O. Arce describió 21 enfrentamientos. Los detalles, aunque breves, reflejan el ánimo creciente de las tropas republicanas y el desaliento de los imperiales.

El general O. Arce también reconoció la audacia y pericia de los jefes imperialistas, sin embargo, al igual que Rocha, no dudó que el triunfo de su partido sería definitivo.

### *Magnanimidad*

Virtud que se opone a la debilidad del que expone un comportamiento mezquino. Es un hábito por el cual el hombre realiza bien lo que le es propio. El monarca refleja esta virtud, pero como un tipo de utilidad o conveniencia. Fue Maquiavelo quien rompió con la tradición moral al llevarse el concepto de *virtù*<sup>53</sup> a la órbita de la técnica y la utilidad; concretamente, de la utilidad política. Para Maquiavelo, la *virtù* es un conjunto de cualidades que le permiten al caudillo vencer los obstáculos del presente y hacer frente a cuantos tropiezos pueda depararle el futuro. Es una facultad de querer y de

---

<sup>52</sup> Francisco O. Arce, *Op. Cit.*, 116.

<sup>53</sup> Concepto clave en el léxico maquiaveliano. El concepto toma distancia de aquellas connotaciones adquiridas por influencia del cristianismo, y por otro, devolviéndole la polisemia que tuvo en la Antigüedad en varias ocasiones se referirá de manera explícita a "*quella antica virtù*", (esa vieja virtud), en *El príncipe*. Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, México, UACM, 2008, Libro VI, pp. 2-3.



hacer. La *virtù* está directamente asociada con la voluntad y la inteligencia, la acción y la destreza; es conocimiento y sagacidad, pero no presunción, y es arrojo y competencia, pero no temeridad.<sup>54</sup>

Bajo el paradigma maquiavélico de la *virtù*, la figura monárquica utiliza a su conveniencia la magnanimidad, la justicia y la fortaleza pero con una finalidad. Valdría la pena pensar en la utilidad que quiso darle Maximiliano. Quizá asegurarse una posición en el futuro, o en caso de continuar en México, conservar las simpatías y el apoyo político no sólo de sus partidarios, sino del partido contrario. Analicemos ahora el proceder magnánimo del Emperador descrito por los autores durante su estancia en Querétaro.

Albert Hans y José Luis Blasio escribieron largas líneas en donde plasmaron la conducta piadosa y noble de Maximiliano. Éste se conmovía, lloraba y trataba con toda humanidad a sus soldados e incluso a los prisioneros.

En este sentido, la obra de Hans tiene varios tintes emotivos que llevan a los protagonistas a un escenario prácticamente teatral. La tragedia, la entereza ante la adversidad, el reconocimiento al valor, son las virtudes más distintivas en la narración. Esta construcción del archiduque como una figura heroica, también se traslada a los ciudadanos queretanos que padecieron el sitio, a pesar de las penurias se mantuvieron estoicos ante el desastre e identificados siempre con los sacrificios físicos y morales que enfrentó el archiduque.

Nos gustaría citar algunas partes del texto de Hans que ilustran muy bien estas afirmaciones. La primera reseña el momento en que el Emperador visitó la cárcel en que fueron recluidos algunos soldados republicanos, y la segunda, es un fragmento sobre la muerte del joven coronel Joaquín Rodríguez, acaecida en las operaciones militares del primero de mayo, y que conmovió sobremanera a Maximiliano:

No olvidaré, dijo el Emperador, que habéis sido hechos prisioneros combatiendo. Por consiguiente, si necesitáis alguna cosa, pedídmela, encontrareis en mí un amigo. Tened esperanzas, yo os volveré muy pronto al seno de vuestras familias. Estas palabras fueron acogidas por los prisioneros con una emoción fácil de

---

<sup>54</sup> José Abad, "La virtù según Maquiavelo: significados y traducciones" en *Tonos. Revista de estudios filológicos*, Núm. 15, junio de 2008, p. 6, Universidad de Granada.



comprender. Este lenguaje y estos sentimientos no son habituales en los vencedores en las guerras civiles de México.<sup>55</sup>

El Emperador se mostró magnánimo incluso entre los prisioneros, y éstos no se mantuvieron indiferentes ante esta manifestación. Una vez que cayó preso el archiduque, fue visitado con toda la cortesía y simpatía de los más connotados republicanos, como el propio Ignacio Altamirano, quien llegó a comentarle que era probable que el gobierno juarista dejara vigentes muchas de las leyes que promulgó.

La nobleza, caballerosidad e identificación fue más grande con sus propios compañeros. Hans continuó trayéndola a cuento:

Durante la ceremonia fúnebre interrumpida solamente por el lejano ruido del cañón, el Emperador, que quería mucho a Rodríguez pareció estar muy afligido. Miramón llegó al concluir la ceremonia, se acercó al Emperador y se excusó de haber ido tan tarde. No le habían avisado a tiempo. Cuando se cargó el cuerpo de Rodríguez para colocarle en la tumba donde duerme hoy el eterno sueño, el Emperador cuya alma era tan sensible no pudo contener sus lágrimas. La concurrencia se hallaba muy conmovida. [...] Las lágrimas corrían por los abronzados semblantes de esos valientes soldados indígenas, cuyo valor, cuya disciplina, cuya modestia y cuya abnegación eran dignos de todo elogio.<sup>56</sup>

Un elemento muy significativo de la cita anterior, es que Maximiliano no fue el único que mereció los elogios y admiración por parte de Hans, también los indígenas y mestizos fueron dignos de ello. Ya en las primeras páginas *Querétaro: memorias de un oficial*, Hans intentó formar un perfil sobre el mexicano y de justificar la Intervención Francesa en México. Sobre el primer punto, es imperante comentar que a diferencia del menoscabo y aparente desprecio hacia los mexicanos que encontramos en otros textos escritos por europeos como los del doctor Samuel Basch, Félix Salm Salm y el príncipe Carl Khevenhüller, el tono en la obra de Hans, parece ser el de un mexicano más. El artillero francés no dejó de alabar su valentía, disposición y buen ánimo. Se encontraba ya totalmente adaptado a las costumbres y el idioma.<sup>57</sup>

---

<sup>55</sup>Albert Hans, *Óp. Cit.*, p. 82.

<sup>56</sup>*Ibid.*, p. 138.

<sup>57</sup>Recordemos que fue el intérprete oficial de Ramón Méndez.

En lo tocante a la narración de Blasio podemos afirmar que la mayor parte de ella es un constante elogio, que no sólo se encuentra dirigido a Maximiliano y Carlota, sino a la propia forma de vida cortesana, la cual fue descrita por el secretario imperial con entusiasmo y con añoranza.

En *Maximiliano íntimo* quedó idealizada la pareja imperial: Carlota encarnó una dulce figura maternal que en cada recorrido por la provincia, dio muestras de magnificencia, caridad y bondad. Ya sea inaugurando guarderías o socorriendo a las mujeres y niños desesperados.<sup>58</sup> En lo tocante al Emperador, Blasio lo colocó en un pedestal. Destacó su actitud magnánima con el enemigo, su protección a los desamparados y pobres, su buen humor, su afición por las artes y las ciencias naturales, así como sus pretensiones conciliadoras ante la difícil situación política.

La primera parte del texto (“El emperador y su corte”) se encuentra dedicado a exaltar la filantropía de los emperadores; describió la belleza de los paisajes rurales y la majestuosidad los palacios de las ciudades de México, Orizaba, Puebla y Cuernavaca; aquí también testimonió sobre los ritos y ceremoniales de la corte. Ante los ojos del secretario particular de Maximiliano, el proyecto imperial parecía ser un sueño.

En *Maximiliano íntimo* también hay cabida para las escenas chuscas y sucesos amenos, donde salió a relucir el buen sentido del humor del soberano. Cuando narró el recorrido rumbo a Querétaro, sobresalen escenas picarescas como aquella sucedida el mismo día de su partida, cuando se enfrentaron contra las guerrillas republicanas al mando de Catarino Fragoso, cerca de la hacienda de La Lechería. Blasio participó activamente en la refriega, alentado en buena medida por el vino que tomó durante la comida en Tlalnepantla, como él mismo lo confesó,<sup>59</sup> probablemente debido a esa embriaguez Blasio cayó estrepitosamente de su caballo, lo que provocó la risa del Soberano, quien le recomienda para montar una mula tranquila; o por el banquete que se dan los imperialistas en la casa de diligencias de Arroyozarco, el cual fue preparado con anterioridad para los republicanos.

---

<sup>58</sup> Entre las instituciones que fundó se encontraban, El Comité Protector de las Clases Menesterosas; La Casa de Maternidad e Infancia y la Casa de Partos Ocultos, sitio donde las madres solteras podían dar a luz a sus hijos clandestinamente. A raíz de su trabajo en pro de la beneficencia viene el famoso apodo de “Mamá Carlota”. Cfr. Marcela Altamirano, *Carlota, emperatriz de México*, Grupo Editorial Tomo, 2005, pp. 70-71.

<sup>59</sup> José Luis Blasio, *Op. Cit.*, p. 206.

Incluso en ese viaje, la ceremonia de la corte tenía que seguir ejerciéndose. El secretario particular buscó entre las casas aisladas del camino, un espacio propicio para que “Su Majestad” pudiera almorzar y descansar. El resto de la tropa dormía bajo la intemperie, sin más cobijas que su propia ropa, pero no el Emperador. Blasio, en su papel de servidor, siempre encontró la forma de conseguirle, un lugar adecuado para dormir.

Finalmente el 19 de febrero la comitiva imperial llegó a su destino. Maximiliano siguió las pautas de su propia estirpe, y se arregló de acuerdo a la ocasión: se vistió de general mexicano, colocándose en el cuello la orden del Águila Mexicana, y cambió su manso “El Anteburro” por el brioso corcel blanco, “Orispelo”. El secretario narró que el buen ánimo se mantenía intacto, y la población queretana parecía compartir el mismo entusiasmo. Blasio describió con detalle la recepción que se le dio al Soberano:

Desde la garita hasta el centro de la ciudad, [...] se apiñaba la multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiastas; no había ni ventana ni balcón ni puerta que no ostentara cortinas y banderolas, y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían palmas al paso del Soberano, y de su comitiva. Por último, por el aire volaban millares de hojas, en las que se leía un himno dedicado a Maximiliano.<sup>60</sup>

Para Blasio, la solemne entrada a la ciudad y los días precedentes al sitio,<sup>61</sup> parecían ser una fiesta. El Emperador se vestía de paisano y se mezclaba entre la gente de la ciudad. Como tenía el hábito de fumar, se detenía para pedirle fuego a algún transeúnte, y otras tantas él mismo lo ofrecía con amabilidad. Por las tardes jugaba boliche y se retiraba a dormir a las nueve de la noche.

Pero las tropas republicanas se encontraban próximas a la ciudad, la aparente calma fue trastocada por el constante tronar de las balas de artillería. Blasio se mantuvo cerca del Emperador, su trabajo burocrático tuvo lugar incluso en el espinoso

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>61</sup> Los combates formales inician el viernes 8 de marzo de 1867. Cfr. Konrad Ratz, *Querétaro: fin del segundo imperio mexicano*, México, CONACULTA, 2005, p. 153.

y agreste cerro de las Campanas,<sup>62</sup> donde el Emperador encontró una pequeña caverna donde montó un “rústico gabinete imperial”.

Al paso de los días, en los momentos de mayor tensión, entre combates y constantes bombardeos de granadas sobre el convento de la Cruz (segundo cuartel general de Maximiliano), el secretario continuaba escribiendo cartas y administrando los víveres y el dinero, que escaseaban cada vez más. En tales circunstancias parecía que los ceremoniales de la corte debían ser suspendidos u olvidados, para el mismo Blasio parecerían ya inútiles, sin embargo “Su Majestad” insistió en dictarle un nuevo ceremonial.

En la plaza de la Cruz y comenzando desde la puerta del convento existió una ancha banqueta, que cruzando diagonalmente la plaza. Por las tardes allí hacía el Emperador, a pasos largos durante una hora su paseo vespertino, dictándome en circunstancias tan críticas, un nuevo ceremonial de la corte, cosa que en verdad me parecía perfectamente ridícula.<sup>63</sup>

En la mañana del 19 de junio, después de casi un mes de prisión, de suplicas, de intentos de fuga, el Emperador fue pasado por las armas en las medianías del cerro de las Campanas. Blasio no acudió a la ejecución pues continuaba prisionero. Nuestro autor confesó haber llorado como un niño y afligirse, ante la muerte trágica de un hombre al que había llegado a querer entrañablemente, y que lo había favorecido de muchas formas. No sólo se ocupó de su persona empleándolo en la corte, cuando su madre enfermó, Maximiliano le permitió acudir a su regazo para cuidarla, y cubrió todos los gastos causados por su enfermedad, lo mismo que hizo con la madre de Leonardo Márquez al encontrarse en una situación similar.

En otro orden de ideas, es interesante señalar que la misma Intervención Francesa aparece como un acto magnánimo. Hans insistió en que esta Intervención era una forma eficaz de alentar el camino de la civilización porque fomentaba el comercio, por ende mejorarían los caminos y se alentaría a la industria nacional,

---

<sup>62</sup> Recordemos que fue el primer cuartel general de Maximiliano, Blasio comentó que el Emperador dormía en él sin más techo que las estrellas, hasta que el general Tomás Mejía puso a su disposición una tienda de campaña. Cfr. Konrad Ratz, *Querétaro: fin del segundo imperio mexicano*, p. 136.

<sup>63</sup> José Luis Blasio, *Op. Cit.*, p. 227.

además de fomentar lazos culturales entre las dos naciones. Pensaba que antes de ser un acto violento o gravoso, era una acción emprendida por “hombres de acción, para los que es imposible el reposo, y satisfacer algunas aspiraciones”.<sup>64</sup> Estas aspiraciones y deseos, a veces no se podían lograr en sus países de origen, por lo cual era necesario hacer la guerra exterior, pero repetimos, no como un acto violento, sino magnánimo, porque detrás de ella hay un beneficio, sin un aparente interés imperialista. Para sostener este argumento, Albert Hans recordó otras intervenciones que a su entender resultaron exitosas, tanto para el país interventor como para el país dominado. Tomó como ejemplos la salida de personas con deseos de hacer negocios de Inglaterra a la India y de España a sus ex colonias en América. Discurre que sin la invasión a Argelia, Francia se habría sumido en disturbios y revoluciones; y que la emigración alemana a los Estados Unidos fue una válvula de seguridad para los gobiernos germánicos.

Pero existe un factor más a favor de la Intervención: frenar el avance expansionista de los Estados Unidos. Se expresó de esta eventualidad en los siguientes términos:

Quando se hallan calmado las pasiones políticas; cuando los yankees huellen el suelo mexicano [...] cuando al fin, la raza cruzada de los descendientes de los súbditos de Moctezuma y de los soldados españoles de Cortés desaparezca poco a poco ante los angloamericanos, entonces se volverá a leer con interés la historia de la desgraciada pero bella tentativa de la Francia, para contener, a costa de su sangre y de su oro la disolución de un pueblo que Europa debe, a pesar de todo, ver como un amigo infortunado.<sup>65</sup>

Ésta y otras citas nos permiten aseverar que Hans tenía la seguridad de que México sería absorbido tarde o temprano por las ambiciones económicas y políticas del vecino del norte.<sup>66</sup> Siendo así, la Intervención parecería tener un sentido legítimo,

---

<sup>64</sup> Albert Hans, *Op. Cit.*, p. 23.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>66</sup> Hans consideró que el gobierno juarista e incluso sus sucesores, sucumbirán ante el avance de los Estados Unidos: “si es que México no llegara a ordenar su permanente estado anárquico. Si no fue Francia, sería entonces el poderío norteamericano el que lograra imponer la paz”. El problema estriba que con Francia a la cabeza, se podrían haber resguardado las tradiciones de la cultura latina, cosa que sería aniquilada si Estados Unidos encabezara tal proceso.

pues garantizaría la continuidad de las costumbres y tradiciones de la cultura latina en América. Sin embargo Hans lamentó la falta de decisión del Emperador a quién llegó a criticar por no haber organizado un ejército nacional a tiempo para garantizar la defensa de esta raza; otro acto magnánimo y desinteresado. En este tenor, es interesante reflexionar en torno a las expresiones sociales, artísticas y culturales que Hans consideró que unían a Francia con México. A raíz de la lectura de *Querétaro: memorias de un oficial*, “lo latino” es una exaltación de arquitectura, la religión, el idioma, las costumbres; en suma, la magnificencia de la civilización que trajeron los españoles. Incluso la exitosa fusión de de las dos razas es un elemento defendible y propio de la latinidad en América: “El cruzamiento de las dos razas [...] muy avanzado ya, ha producido una multitud de tipos difíciles de clasificar, pero generalmente muy bellos, sobre todo las mujeres”.<sup>67</sup> El elemento español, constitutivo invariable del mexicano, enriqueció a la cultura mexicana, pero se estaba sustituyendo paulatinamente con la incorporación de las artes y costumbres de la *Grande Nation*. Para el autor fue motivo de orgullo señalar que muchos ciudadanos aprendieron su idioma y que se leía más literatura francesa, “con detrimento de la literatura española”,<sup>68</sup> y que se ofrecía al público un gran repertorio del teatro parisino como *La Carcajada*, *La Dama de las Camelias*, *El Jorobado* o *La Gracia de Dios*.

Pero ante la paulatina incorporación de la cultura francesa en México, el autor no olvidó la supremacía de la española. Hans reflexionó sobre el pasado colonial de México, a medida que su brigada se iba adentrando por el Bajío, recordó que el origen de muchas ciudades se debía a la presencia de las órdenes religiosas, a las cuales consideró “los verdaderos amigos de la civilización”.<sup>69</sup> Lamentó mucho que los grandes conventos donde los frailes tuvieron la fuerza y la inteligencia necesaria para ayudar a la civilización a conquistar enormes territorios, se encontrara en ruinas y que funcionaran como cuarteles de soldados que eran “el azote del país”.<sup>70</sup>

### 2.3.- Vituperio al vicio

Así como lo noble es objeto de elogio; lo bajo es objeto de reproche: encabezando lo que es noble está lo excelente, lo bello, la virtud, y encabezando lo bajo están los

---

<sup>67</sup> Abert Hans, *Op. Cit.*, p. 33.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>70</sup> *Ibid.*

vicios. El vicio es denunciado como vergonzoso y censurable. Las virtudes enunciadas por Aristóteles tienen como contraparte un vicio. La contraparte de la justicia es la injusticia, que se entiende como aquello por lo que se posee lo ajeno; de la fortaleza es la cobardía; de la templanza el desenfreno; de la libertad la tacañería, de la magnanimidad la mezquindad; de la magnificencia la ruindad y de la prudencia la ignorancia.<sup>71</sup>

Cicerón decía que uno de los lugares comunes en la retórica clásica es primero alabar y después establecer una contraposición, de modo que no es oportuno que se estime lo mismo acerca del mismo tiempo, lugar, persona u opinión.<sup>72</sup> En este contexto los autores que hemos revisado no sólo alabaron las virtudes, sino señalaron los vicios en los sujetos que intervienen en sus relatos. Si por un lado Albert Hans reconoció siempre las virtudes de los oficiales republicanos,<sup>73</sup> por otro calificó severamente sus adversarios de línea, a quienes tildó en varios momentos como “insurrectos”, “traidores” o “disidentes”. En lo tocante a personajes importantes en la historia del sitio, Hans sostuvo una marcada animadversión hacia el doctor Vicente Licea y su compañero de armas, el coronel imperialista Miguel López. Por ambos expresó menosprecio, y les atribuyó los vicios de la injusticia y cobardía. Contra el primero, por haberle confesado a las autoridades republicanas que en su casa se encontraba Miramón, herido de una bala. Respecto a López, señaló que el origen de su vicio se relacionaba con el inminente peligro que corría su vida al momento que cayera la plaza. “Muchos buscan la salvación, [...] sacrificando, si necesario es, a sus compañeros y a sus jefes”.<sup>74</sup> Hans argumentó que era natural que ante una situación tan desesperada como se encontraba el Emperador, existiera un traidor, y el coronel Miguel López fue un traidor “universalmente conocido”, cuya ingratitude e infamia, no alcanzaba a manchar a aquellos que pelearon con honor durante la guerra. Hans acusó a Miguel López de actuar con alevosía y ventaja ya que había entrado en relación con el enemigo mucho antes de la caída de Querétaro, el 15 de mayo había conducido hasta el interior de la Cruz al general republicano Francisco Vélez. Alegó

---

<sup>71</sup> Aristóteles, *Op. Cit.*, p. 110.

<sup>72</sup> Cicerón, *De la invención retórica*, México, UNAM, 2010, p. 128.

<sup>73</sup> Martín Quirarte, escribió que dichos oficiales fueron tratados por el oficial francés “Con dignidad y bajo un juicio sereno.” Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, p. 85.

<sup>74</sup> Albert Hans, *Op. Cit.*, p. 154.

que procedió como lo hizo por venganza, al no poder obtener el grado superior al que siempre había aspirado. “Su espíritu limitado, su corazón sin nobleza no le permitieron contemplar a sangre fría una muerte próxima y sacrificarse como lo hicieron Miramón, Mejía y Méndez”.<sup>75</sup> La cobardía le impedía soportar “la expectativa incesante de una ejecución”<sup>76</sup> igual que la espada de Damocles que se suspendía sobre la cabeza de otros valientes, como los generales Severo Castillo y Mariano Reyes. Su falta de prudencia le impidió esconderse y desplegar una audacia increíble como lo hizo Manuel Ramírez de Arrellano. Además de traicionero, había actuado con interés y avaricia, pues la entrega del Emperador le había significado obtener una retribución económica.<sup>77</sup>

A pesar del constante elogio identificado en *Memorias Íntimas*, José Luis Blasio tuvo que hacer referencia a los momentos más difíciles del Imperio enmarcados por el vicio. Verbigracia en la segunda parte del libro (“De Miramar a Roma”) Blasio narró la tropicada salida de Carlota rumbo a Europa. El carácter festivo y esperanzador de las primeras páginas del texto cambia, toma entonces un cariz dramático: entre sus líneas parecen sonar las rimas de *Adiós mamá Carlota*. El secretario escribió con tristeza y resignación las entrevistas infructuosas de la Emperatriz con Napoleón III y el Papa Pío IX, haciendo referencia a la inestabilidad emocional sufrida por la Carlota: su desenfreno, la manía de vestir de luto; sus arrebatos para con el Papa; la tranquilidad que le daba ver cómo se guardaban y mataban animales dentro de su propia habitación en Roma para después comerlos, pues aseguraba que todo lo que le daban estaba envenenado; las acusaciones despididas contra integrantes de su séquito de los cuales sospechaba de estar en contubernio con Napoleón III, para matarla. Blasio decidió no contradecirla en nada, y obtuvo permiso para volver al país. Nuevamente se puso al servicio de Maximiliano. Era principios de 1867, el ejército francés estaba a punto de evacuar el territorio nacional, y cuando el último soldado dejó la capital, el Emperador dijo sentirse “por fin liberado” y emprendió la última campaña militar.

Ya instalados en Querétaro, Blasio no encontró persona que actuara en contra de los intereses del Imperio o de Maximiliano, salvo Márquez y López, personajes

---

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>76</sup> *Ibid.*

<sup>77</sup> *Ibid.*



sinistros cuya traición no dejó dudas en el secretario imperial. Pero Loyola contradice a Blasio, aunque nadie de los queretanos atentara contra el Imperio, el Imperio mismo atentaba contra ellos. Uno de los fines principales de *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola* es narrar las dificultades a las que se enfrentó su autor al pagar impuestos forzosos mediante métodos nada ortodoxos. Describió con lujo de detalle, la cantidad que se le exigía, lo que podía pagar, y los castigos a que eran sometidos los queretanos que no querían o no podían contribuir. Este punto es muy interesante, pues Loyola contó con detenimiento la crueldad y severidad con que Ramón Méndez reclamaba los pagos. El general michoacano reunía a la gente rica en el salón del Ayuntamiento y les recordaba que en sus días en Morelia, tenía las mismas resistencias en los contribuyentes. Logró disuadirlos mediante una anécdota: un hombre que se quejaba por lo que tenía que pagar, fue llevado a un cuartel y colocado de pie dentro de un círculo trazado en el suelo de donde no podía salir sin recibir unos varazos y sin comer ni beber y obligado a pagar cincuenta pesos más por cada diez horas que retardara su pago. Aquel hombre pudo pagar hasta quinientos pesos. Ante esta forma de persuasión los ciudadanos iban a conseguir el monto pedido.

Los castigos corporales no se dirigían sólo a la gente acaudalada, en otra ocasión, Méndez amenazó a un zapatero con darle de palazos hasta que revelara dónde se encontraba su vecino, quien podía dar una buena cantidad de dinero. Para librarse de la paliza, el pobre zapatero se vio en la necesidad de buscar por toda la ciudad al vecino extraviado.

Después de un tiempo, el cobro de impuestos fue atendido por el coronel Francisco Redonet, del segundo batallón de la brigada de Méndez. Las dificultades con este personaje fueron más profundas, pues encarceló a Loyola en el convento la Cruz, y amagó con arrestar a su esposa Catalina, aún cuando ésta acababa de parir.

Loyola puntualizó uno a uno los impuestos que debió pagar: una suma considerable por ser propietario; otras menores por exentarse del trabajo forzoso, y del servicio militar; otras francamente inverosímiles por la cantidad de zaguanes, ventanas, puertas y balcones que tenían sus propiedades.

Algo muy interesante en el texto de Loyola es la visión que éste tiene sobre el Emperador, pues hizo hincapié en su debilidad moral y falta de decisión. Elaboró en

su narración una construcción negativa sobre la figura imperial. He aquí algunas citas que consideramos importantes para afirmar lo anterior:

La tercera de sus proposiciones en la que pide se le dé una escolta que lo acompañara hasta Veracruz, pero no solo sino que con las personas de su comitiva, esta tan peregrina y tan necia como pretenciosa. Faltóle solamente pedir que en el camino se le hicieran honores de su rango y que se le preparara a su persona y comitiva alojamientos decorosos y decentes. Hasta esos momentos no creía el ingenio de Maximiliano que su vida corría inminente riesgo; era todavía el altanero y cruel cabecilla de los conservadores.<sup>78</sup>

Aquel personaje que los imperialistas elogiaron como valiente, honesto, caballeroso y fiel a sus hombres; cambió radicalmente según la opinión de Loyola, esas virtudes las convirtió en vicio. Continuó señalando sus carencias y defectos:

Pero además de necio, porque sus proposiciones son una necesidad extraordinaria, era ingrato, desleal y traidor a su partido, puesto que en cuanto a los oficiales mexicanos, quedaba satisfecho con pedir al nuevo gobierno que les tuviera consideración. Ya en la Cruz, poco antes de caer prisionero, no pensó ni en sus generales, ni en sus oficiales, sólo tuvo presentes a los extranjeros que lo rodeaban, y para proporcionarse una salida sin riesgo de su persona, pretendió que Escobedo lo dejara salir y con esa embajada mandó a López.<sup>79</sup>

Además de altanero y cruel, encontramos otros vicios en Maximiliano: necio, ingrato, desleal, traidor, etcétera. La construcción del ser humano de nobles sentimientos e incluso la figura heroica que ofrecía su pecho a las balas enemigas, se desmoronó desde la perspectiva de Loyola.

A pesar de ser un hombre rico, como Carlos Rubio, Loyola no tuvo un contacto personal con Maximiliano, como sí lo tuvo Rubio. Loyola vio personalmente al

---

<sup>78</sup> Bernabé Loyola, *Op. Cit.*, p. 68.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 69. En las obras de José Luis Blasio y de Hans, se comenta que cuando cayó el convento de la Cruz y los imperiales se dirigieron al cerro de las Campanas. Maximiliano se resistió a evacuar hasta saber de la suerte de Miramón, que en ese momento había recibido un disparo en la mejilla, otras versiones confirman este hecho, como el texto Basch y el del doctor Licea, así que podemos cuestionar estas afirmaciones de Loyola. En cuanto a la operación López, todavía hoy es motivo de discusión entre los historiadores, si éste fue mandado por Maximiliano a conferenciar con Mariano Escobedo y negociar la rendición de la plaza. Para Loyola, López entregó la plaza, como una medida humanitaria.

Emperador, en la primera ocasión que viajó a Querétaro, (1864) su apariencia y forma de vestir, le parecieron al hacendado “las de un turista”, no lo trató y es probable que no haya intercambiado alguna palabra con él durante el sitio; lo volvió a ver cuando su cuerpo embalsamado fue exhibido en el templo de las capuchinas. “¡Pobre hombre!”. Si la vida es una virtud coronada por la belleza, la muerte es un vicio coronado por la fealdad. Mejía también estaba allí y lo vio: “En verdad espantosamente feo; siempre lo fue de manera notable, pero después de muerto era una pesadilla, un monstruo”.<sup>80</sup>

De la misma manera que Loyola construyó una figura negativa del Emperador; lo hizo Sóstenes Rocha, pero con sus propios compañeros de armas. El ejemplo más interesante es el análisis que hizo de Mariano Escobedo, a quien consideraba “pundonoroso” pero no valiente, incluso lo tachó de inculto y poco versado en el arte militar. Opinó que sus victorias durante la guerra de intervención, se debían más a su talento para escoger a sus oficiales (como Rocha) más que a su pericia castrense.

Rocha ahondó en la personalidad de otros de sus camaradas, señalando sus carencias morales y de instrucción, como el general Francisco O. Arce de quien comentó: “Este jefe es de poco espíritu, de ninguna instrucción y algo indolente en el cumplimiento de sus deberes militares [...] durante el sitio estuvo siempre enfermo, no habiendo logrado recobrar la salud hasta que penetramos en la plaza”.<sup>81</sup>

Del coronel Edelmiro Mayer<sup>82</sup> señaló sus escasos conocimientos militares y poco valor personal; a otros coroneles como Francisco Naranjo, José Rincón Gallardo y Victoriano Zepeda, les reconoció cierto grado de valentía y disposición, pero cuestionó su instrucción en las armas. A los únicos que les otorgó crédito tanto personal como militar fue al coronel Julio M. Cervantes y al Comandante General de Artillería, Francisco Paz.

De todos los personajes a los que se les imputaron diferentes vicios, ninguno tomó la pluma para revirar las acusaciones de las que fue objeto. Esto constituye un límite en el género demostrativo. En términos jurídicos diríamos que no se completa

---

<sup>80</sup> Bernabé Loyola, *Op. Cit.*, p. 90.

<sup>81</sup> Sóstenes Rocha, *Op. Cit.*, p. 8.

<sup>82</sup> Militar argentino que participó en la guerra de secesión norteamericana, y que en 1865 se incorporó a los batallones juaristas. Edelmiro Mayer también escribió sus memorias sobre su paso en la guerra de intervención. Aparecieron por primera vez en su natal Argentina en 1892. Su texto se publicó en México con el título *Campaña y guarnición*, en los años de 1972 y 1985. Cfr. Edelmiro Mayer, *Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el imperio de Maximiliano*, México, Departamento del Distrito Federal, 1985.

una *Litis*, es decir, que los supuestamente agredidos o vituperados no contestan las acusaciones. Para el género demostrativo sólo basta la belleza y correcta estructura del lenguaje escrito, para persuadir al lector, quien no funge como juez ni debe pronunciar ningún fallo.

En el próximo capítulo veremos como otros testigos-autores del sitio de Querétaro utilizaron en sus discursos distintos tipos de herramientas retóricas para conseguir ese fallo, lo que implica que los señalamientos y acusaciones sí fueran contestadas, llevando la discusión a una especie de tribunal judicial.

## Capítulo 3

### Denuncia y refutación

La explicación del derrumbe imperial en Querétaro siguió dos vertientes. Por un lado, surgieron los testimonios que tenían la finalidad de censurar públicamente las conductas individuales, fijando a través de una opinión desfavorable una reputación negativa de quien se consideraba culpable de haber contribuido con sus actos en la caída del Imperio. Por otra parte quien se creía injuriado o notado, escribía una refutación a modo de respuesta, donde explicaba con detenimiento su actuar. Se entraba así a una especie de “tribunal”, donde se dirimía el proceder individual.

Esta especie de diálogo, retoma el modelo aristotélico del *genus iudiciale*, que corresponde a las exposiciones realizadas por el enunciante del discurso ante un juez con la finalidad de acusar o defender respecto de un asunto del pasado, una causa planteada en términos de justicia frente a la injusticia, cuyos polos son acusación y defensa. Su argumentación requiere de agilidad, para ello se basa en el desarrollo de *entimemas*,<sup>1</sup> que son el cuerpo de persuasión, un tipo de silogismo aplicable a lo que es verosímil.<sup>2</sup> El entimema o silogismo retórico se suma el ejemplo o inducción retórica.

Como vimos en el capítulo anterior, varios autores hicieron énfasis en señalar los vicios y carencias inherentes en diferentes sujetos, y que fueron decisivas en contra de Maximiliano, la causa imperial o contra los propios intereses republicanos. Injusticia, traición, negligencia, venganza, etcétera, fueron imputados una y otra vez. Los hechos denunciados ocurrieron en un pasado más o menos reciente respecto a la publicación de las obras, asimismo se les asignó un nombre y apellido a los culpables.

---

<sup>1</sup> Helena Beristáin Díaz, *Diccionario de retórica y poética*, México, Editorial Porrúa, 2001, p. 427.

<sup>2</sup> Pero no el silogismo o la deducción que son útiles para demostrar la verdad. Cfr. Jorge Ulises Carmona Tinoco, “Panorama breve sobre la retórica, su naturaleza y su evolución histórica” en David Cienfuegos y Miguel Alejandro López Olvera (Coords.), *Estudios en Homenaje a Don Jorge Fernández Ruíz. Derecho internacional y otros temas*, México, UNAM, 2005, p. 50.

La destreza narrativa o verosimilitud con que el autor describió en su discurso estos defectos y errores constituyen el límite del género demostrativo. En este género el oyente sólo juzga la habilidad del orador. “El público no tiene que actuar ni decidir sobre la cuestión tratada”.<sup>3</sup> En este sentido a quien se le ha atribuido un vicio, se ve imposibilitado de sostener un diálogo contra aquel que lo ha señalado. El género judicial prevé esa posibilidad de sostener un diálogo, plantea una causa para demostrar la culpabilidad, pero también la inocencia mediante la presentación de pruebas,<sup>4</sup> para defender su honorabilidad, lavar su nombre y asegurarse un buen nombre para ellos e incluso sus descendientes en el futuro. La respuesta a las acusaciones imputadas conocidas como “vindicación” o “refutación”, se encuentra cimentada en pautas y conceptos que forman patrones que delimitan una forma de escritura que lo diferencian de otros géneros discursivos.

Tomás Albaladejo menciona que existen dos factores imprescindibles en la consideración de la retórica: la persuasión y la idea de texto. Ambos son constituidos por el orador para lograr la mencionada “influencia persuasiva”. Este proceso queda configurado estructuralmente y comunicativamente a través del texto, pues “la retórica ofrece los dispositivos para la obtención de esta unidad lingüística global y para su emisión, en la que se mantiene la globalidad discursiva”.<sup>5</sup> La construcción textual de la retórica, además de cimentar relaciones indispensables con diversas disciplinas como la semiótica o la gramática, también articula una adecuada “construcción en sus diferentes niveles y la apropiada emisión, de tal manera que como construcción textual que es comunicada responda a las exigencias que la finalidad persuasiva

---

<sup>3</sup> María del Carmen Ruíz de la Cierva, “Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad” en *Revista Retórica*, Núm. 0, marzo de 2008, p.12, Universidad de Beira.

<sup>4</sup> Hay que dejar en claro que Aristóteles precisaba que “no es misión de la retórica persuadir, sino “ver los medios de persuadir que hay en cada caso en particular”. El que va a usar el arte retórico, tiene pues que encontrar los medios de prueba más eficaces para cada ocasión, teniendo en cuenta las características del auditorio y cuáles son los medios más apropiados para poder persuadir. El retórico tiene que construir una argumentación decisiva en el discurso, perteneciente a la *inventio*, cuyo núcleo fundamental son las pruebas. Aristóteles las considera de dos tipos: las inartísticas que no son propias de la retórica y las artísticas, que son parte de la retórica. Las inartísticas preexisten sin la retórica como los testigos, los documentos, las confesiones por medio de tortura y objetos de arte. Éstas pueden inventarse. Las pruebas artísticas son el resultado de un argumento convincente, son el entimema y el ejemplo. Cfr. Wenceslao Castañares, “La prueba y la probabilidad retórica” en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, Núm. 4, 1998/99, p.37. Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>5</sup> Tomás Albaladejo, *Retórica*, Madrid, Editorial Síntesis, 1989, p. 12.

impone al orador en punto a su relación con el destinatario”.<sup>6</sup> Tal relación se presenta con una respuesta de parte de quien ha sido injuriado o denunciado.

Este capítulo se estructura de acuerdo con los polos del género judicial: acusación y defensa. En primer lugar presentaremos un perfil cultural y social de los autores europeos, ante sus ojos los ciudadanos mexicanos fueron objeto de una constante censura. Muchos relatos no giraban en torno a la narración objetiva de los acontecimientos, sino a la pertinaz censura hacia estos sujetos que desde su punto de vista causaron algún tipo de perjuicio por culpa de la impericia, negligencia y deslealtad. Estos europeos fueron Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix Salm Salm e Inés de Salm. Continuaremos la presentación de los denunciantes con la narrativa testimonial de otro personaje cercano al archiduque, el general Manuel Ramírez de Arellano, ocupado durante el sitio como jefe de la artillería imperial. Su testimonio es una denuncia constante y pormenorizada sobre la presunta traición del general Leonardo Márquez. Finalmente analizaremos la estrategia de refutación que siguieron los denunciados.

### **3.1.- Cuatro testigos presenciales europeos. Perfil biográfico y horizonte (Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix de Salm Salm e Inés de Salm)**

La eficiencia de nuevos medios de transporte en el siglo XIX como el ferrocarril, la modernización de barcos de vapor y la expansión colonial alentaron el auge de los viajeros europeos al nuevo continente. Muchos de individuos cortaron temporalmente<sup>7</sup> las ligaduras de sus lugares de origen y se aventuraron a adentrarse en regiones “exóticas” como México. Ahí encontraron una situación adversa. El viajero se enfrentó a climas agrestes, costumbres e idiomas distintos y, lo más frustrante para ellos, a

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Los viajeros europeos siempre tuvieron listo el boleto de regreso. Nunca fueron parte del atraso que denunciaron. Dicha afirmación puede observarse en la siguiente cita de Carl Khevenhüller sobre la invitación que recibió por parte de Porfirio Díaz para colaborar con él: “Realmente me causa risa. ¿Acaso vine por motivos políticos? ¿No me quedé a causa del pobre emperador? ¿Quiero mezclarme en los viles desórdenes políticos mexicanos? No, no es ese mi propósito. Díaz es un hombre honrado y valiente, pero mi patria me es más querida que los ambiciosos fines de un general mexicano”. De la cita se desprende el deseo de no permanecer por más tiempo en México, y volver pronto a Austria. No obstante la amistad entre estos dos personajes, fue fundamental en la reanudación de los lazos diplomáticos entre Austria y México, treinta años después de los sucesos de Querétaro. *Cfr.* Carl Khevenhüller-Metsch, *Tres años en México* en Brigitte Hamman, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 93.



“hombres incivilizados”. El choque cultural fue un asunto digno de narrarse y en este contexto aparecieron las crónicas de viaje, narración que “armoniza con una de las preferencias más universales de la especie humana: la de la novedad, de lo insólito, de lo extraño”<sup>8</sup>. El viajero fue un testigo que denunció la ignorancia del “otro” y las nefastas consecuencias de sus actos, por ello su escritura fue proceso de domesticación que realizaron sobre el nativo y mestizo. Establecieron “distancias y jerarquías entre ellos y los habitantes de regiones ‘menos civilizadas’ ”.<sup>9</sup> No sobra decir que estos testimonios también nos brindaron datos valiosos sobre “gestos, rituales y configuraciones de la sociedad local [...] que están ausentes de las descripciones que hicieron los nativos”,<sup>10</sup> como los códigos de conducta y aspectos quizá triviales, pero indispensables de la vida cotidiana, por ejemplo los atuendos, el mobiliario doméstico y urbano, modismos en el lenguaje. En cierta medida la riqueza que fue descrita despertó los intereses imperialistas de potencias europeas como Francia, y que devino en la posterior intervención en México.<sup>11</sup> Estas crónicas también dieron cuenta de las riquezas naturales y el aspecto general de los pueblos y ciudades. Dos ejemplos muy interesantes son las narrativas testimoniales de Paula Kollonitz y Madame Calderón de la Barca.

Paula Kollonitz arribó al país como parte del séquito imperial que acompañó a Maximiliano y Carlota, escribió la obra *Un viaje a México en 1864*, donde registró sus impresiones desde la salida de Miramar, el viaje marítimo y el posterior arribo a México, donde permaneció menos de seis meses. La obra de Paula Kollonitz se organiza como un diario de viaje, según el recorrido espacio temporal que la autora va realizando de su salida de Miramar a su llegada a México. La permanencia en la ciudad capital y las visitas a las zonas cercanas de interés, como Pachuca y Real del Monte. Como sucede en la crónica de viaje, la exploración y el movimiento, además de ser exterior es también íntimo, personal, de manera que la autora frecuentemente habla de su persona, del desquiso hogareño, del escaso equipamiento casero en México, de las actividades cotidianas, consignadas con horarios precisos, tanto en la

---

<sup>8</sup> Georges May, *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 168.

<sup>9</sup> Erika Pani, *Op. Cit.*, p. 34.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> Para Martín Quirarte, la exaltación de la riqueza de México descrita en la obra *Ensayo político de la Nueva España* del alemán Alexander Von Humboldt, despertó el interés de Francia en México. Cfr. Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, p. 12.

travesía marítima como en la estancia en la capital. En el terreno político Kollonitz reflexionó sobre el papel que el Segundo Imperio tendría para el país, de las bondades que le reportaría en medio del caos político y económico en que éste se encontraba después de años de lucha civil.<sup>12</sup>

Con frecuencia Kollonitz demeritó a los mestizos e indígenas considerados “degradados”, “sucios” o “indolentes”. Debe considerarse que tal visión racista no era exclusiva de la glosa de América y lo americano. Era un elemento presente en la cultura imperial.<sup>13</sup>

La otra crónica de viaje a la que haremos mención es *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* de Madame Calderón de Barca, quien llegó al puerto de Veracruz en la misión diplomática de su marido, Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México en 1839. Por medio de un estilo narrativo ágil y ameno, Madame Calderón de la Barca ofreció un testimonio muy interesante sobre la belleza del paisaje mexicano, las tradiciones populares, especialmente las religiosas, reflexionó sobre las cualidades y defectos de la sociedad mexicana, y ahondó en la psicología de los principales actores políticos con los que convivió de cerca, como Antonio López de Santa Anna y Anastasio Bustamante.<sup>14</sup>

En cierto sentido, la crónica de viaje se relaciona estrechamente con la narrativa testimonial, pues en ésta se presentan los puntos que desde nuestra perspectiva la caracterizan, y que ya han quedado establecidas en el primer capítulo: la observación y participación del autor en la narración; la escritura como forma organizativa de la memoria; la presencia de un evento coyuntural que motiva la *inventio* y la *dispositio*; la transmisión y defensa de un tipo de identidad y la presentación de pruebas.

Durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, llegaron “viajeros temporales” movidos por la aventura. Tal fue el caso de Carl Khevenhüller y Félix Salm Salm. La empresa mexicana les significó enfrentarse a muchas de ellas, además vieron en este viaje una excelente oportunidad de librarse de compromisos económicos y sociales contraídos en Europa. No fue su deseo permanecer por un

---

<sup>12</sup> Mayabel Ranero Castro, “Mujeres viajeras” en *ULÚA Revista de Historia Sociedad y Cultura*, Año 5, Núm. 10, junio-diciembre de 2007, pp. 31-33, Universidad Veracruzana.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Editorial Porrúa, 2003, pp. VII-LXVII.

tiempo prolongado en el país. Este deseo incluso queda patente en los rótulos de sus obras. Siempre hay una referencia temporal que indica una estadía corta, además de una referencia del lugar o los lugares en donde estuvieron. Ya observamos el título de la obra de madame Calderón: “dos años en ese país”. El título del diario del príncipe Khevenhüller es *Tres años en México*; el de la princesa Inés de Salm Salm, *Diez años de mi vida en (1862-1872) Estados Unidos, México, Europa*.

Su condición de viajeros tampoco termina por su paso en el continente americano, pues posteriormente se embarcaron en aventuras en África y en otras naciones del viejo continente. Tres personajes cercanos a la causa de Maximiliano entran perfectamente en esta categoría: los príncipes Carl Khevenhüller, Félix Salm Salm,<sup>15</sup> y su esposa, Inés de Salm Salm. Estos personajes escribieron sendos testimonios sobre el Imperio, los últimos días de Maximiliano, y su participación en tales acontecimientos, la cual siempre resultó destacada, oportuna y *cuasi* heroica, sin embargo no perdieron la oportunidad que les brindó el libre ejercicio de la escritura para denunciar la siniestra actuación de personajes mexicanos, y algunos franceses, quienes les impidieron conducirse de mejor forma y que de paso contribuyeron con sus desatinadas decisiones al funesto desenlace del Emperador y de su reino.

En este tenor, analizaremos la narrativa testimonial de los viajeros Carl Khevenhüller y Félix de Salm Salm cuya constante en sus textos fue la descalificación no sólo del proceder militar de los oficiales mexicanos, sino de las costumbres de los civiles. Los autores citados se expresan de manera soez y despectiva sobre la personalidad de los generales cercanos a Maximiliano, marcando sus defectos, pero sobre todo culpándolos de la caída de Querétaro, ya fuera por traición, negligencia o

---

<sup>15</sup> Ambos personajes sentían un profundo sentimiento aventurero, pues no sólo los atrajo la guerra en México. Después de que Maximiliano fue fusilado, Khevenhüller viajó a los Estados Unidos, y también escribió sus impresiones sobre los habitantes negros en Nueva Orleans y sus andanzas por Chicago. Al año siguiente realizó un safari por África, en 1869 al inaugurarse el Concilio de Vaticano en Roma él se encontraba como caballero de Malta con la espada desenvainada en una de las dos filas ante los escalones del trono papal. Después volvió a organizar una expedición africana, que incluía un viaje a través del desierto en una caravana de sesenta hombres y ciento sesenta camellos. Por su parte Salm Salm volvió a tomar las armas en la guerra franco-prusiana donde murió en 1870. Cfr. Brigitte Hamann, *Op. Cit.*, p 93 y Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, México, Siglo XIX, 2008, p. 182.

ineptitud. Los principales culpables a su juicio fueron los generales Miguel Miramón, Leonardo Márquez y el coronel Miguel López.

Otro personaje europeo cercano a Maximiliano fue el famoso doctor Samuel Basch, quien se condujo con un perfil más bajo que Félix Salm Salm o Khevenhüller, pero compartió el mismo ánimo de denuncia y señalamiento sobre los ciudadanos mexicanos.

El testimonio de Inés de Salm Salm es el único que rompió con esta constante, ya que no mostró menosprecio o rencor hacia los mexicanos; al contrario su obra está plagada de agradecimiento a las familias mexicanas que la auxiliaron en su estancia en el país, a los ministros liberales que la orientaron y aconsejaron sobre la suerte del Emperador, como José María Iglesias y Sebastián Lerdo de Tejada, e incluso a los cocheros que la acompañaron abnegadamente en sus travesías de México a Querétaro y a San Luis Potosí. No obstante, Inés de Salm Salm aprovechó la ocasión para denunciar la conducta negligente del doctor Vicente Licea, embalsamador de Maximiliano, quien pretendía venderle la impresión de yeso que hizo al rostro del extinto Emperador, así como otras reliquias. También fue ocasión para poner cuestionar la participación de los diplomáticos europeos que acudieron al auxilio de Maximiliano.

#### *Carl Khevenhüller y los húsares rojos*

Perteneciente a una familia de nobles austriacos, Carl Khevenhüller mostró desde muy temprana edad su espíritu aventurero e inquietud por la distancia: se escapaba constantemente a jugar con los niños pueblerinos, pasando varios días con sus noches alejado de su familia, mendigando comida en las casas de guardabosques. Sus lecturas favoritas eran las cónicas de viaje, las cuales “alimentaban su nostalgia de la lejanía”.<sup>16</sup> El deseo de encontrar aventuras iba de la mano con su firme decisión de pasar a la historia por su arrojo y valentía. Al respecto afirmaba en su diario: “Había tomado la firme resolución de hacerme de un nombre en la historia, pues nunca había podido soportar la idea de desaparecer sin dejar huella en este mundo”.<sup>17</sup>

Sin embargo el simple afán de encontrar aventuras no resultó determinante en su decisión de viajar a México, su partida responde a otras circunstancias más

---

<sup>16</sup> Brigitte Hamman, *Op. Cit.*, p. 84.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 88.

apremiantes como un proyecto de matrimonio no aprobado por su padre y una considerable deuda.<sup>18</sup>

De esta forma Khevenhüller se embarcó el 19 de noviembre de 1864 en el primer navío de voluntarios austriacos que Francisco José, Emperador de Austria, le mandó a su hermano menor, Maximiliano.

La figura romántica de Khevenhüller, bien parecido, partido solicitado entre las jóvenes condesas, hábil espadachín y músico aficionado, resultó fundamental no sólo en el desarrollo del Segundo Imperio, sino en el final del mismo. Este personaje mostró un profundo sentido de adhesión y lealtad hacia Maximiliano, tanto que fue uno de los ochocientos soldados extranjeros que permanecieron en México incluso después de la partida del ejército francés, de los cuerpos belgas y la mayor parte de las tropas austriacas. Ante un panorama nada halagador tuvo la difícil encomienda de reclutar a los europeos dispersos para formar una sola brigada, a los que nombró los “húsares rojos”. Volvió a su patria meses después de la ejecución del Emperador.

Este personaje no marchó con el archiduque hacia Querétaro, ya que por órdenes de éste último debió quedarse resguardando la capital. A pesar de la ausencia de Khevenhüller en el lugar del calvario, hay un aspecto que lo conecta con Querétaro: su relación con el lugarteniente del Imperio, el general Leonardo Márquez quien había regresado de dicha ciudad a México.<sup>19</sup>

Este autor como testigo y participante activo del Imperio, escribió un manuscrito de sus experiencias en México, *Tres años en México: Memorias del príncipe Carl Khevenhüller-Metsch*. Aunque en un principio no tuvo la clara intención de publicarlo. Fue su amistad con el Wilhelm Oncken, historiador de la Universidad de Giessen y editor de la revista *Allgemeine Geschichte in Einzeldarstellungen*, quien le sugirió en 1883 la publicación de su diario. Khevenhüller aceptó, y sus memorias fueron leídas con mucho interés por personalidades como el Emperador de Austria, Francisco José,

---

<sup>18</sup> La deuda tenía su origen en la compra de un caballo y un elegante traje, con los cuales Khevenhüller participó en la representación de un carrusel humano patrocinado por la Escuela Española de Equitación de Viena en 1863. El monto de la deuda ascendía a 150,000 florines, los cuales eran imposibles de pagar dado el sueldo que percibía en príncipe como capitán de la caballería austriaca, 62 florines mensuales. *Cfr.* Brigitte Hamman, *Op. Cit.*, pp. 84-85.

<sup>19</sup> Mucho se ha insistido el propósito del viaje de Márquez a México, la mayoría de los autores concuerdan que había vuelto a la capital con órdenes expresas de Maximiliano de llevar auxilio económico y militar a Querétaro, auxilio que incluía el viaje de Khevenhüller y sus húsares. Por su parte Márquez argumentó que nunca tuvo dicha orden. De cualquier manera, Márquez dispuso de Khevenhüller para enfrentar a Porfirio Díaz en Puebla.

quien le advirtió que la publicación de su diario lo haría de varios enemigos, dado los señalamientos que hace sobre diferentes personajes que tuvieron que ver en el derrumbe del Imperio mexicano.

El autor abrió su texto narrando los pormenores de la formación del cuerpo de voluntarios austriacos (siete mil hombres) al mando del coronel Franz Thun, y las peripecias enfrentadas en la travesía que inició en el puerto de St. Nazaire, Francia en el barco el *Floride*. Es importante recalcar que el texto de Khevenhüller no es un mero diario militar, sino un cuadro bastante gráfico sobre la apariencia y costumbres de las ciudades, pues retrató de manera muy particular el ambiente prevaleciente en los puntos donde su barco hizo escalas: Martinica, Santiago de Cuba y Veracruz. Pero también de las localidades tierra adentro como Orizaba, Puebla, Tehuacán, Teotitlán y la ciudad de México.

Algo común en el diario de un viajero, es que el autor mencionara aquello con lo que no está familiarizado y le resulta extraño. El príncipe austriaco describió con admiración algunas costumbres de cortejo, tradiciones populares y diversiones de la gente, como las corridas de toros. A este respecto nos gustaría agregar una cita relacionada con lo que el autor observó sobre las costumbres que los poblanos reproducían en los espacios públicos como en las alamedas: “El saludo de las damas es singular. Consiste en un animado juego de los dedos, para los que la dama en cuestión saca de la mano de la ventanilla. ¿Qué origen tendrá esa extraña costumbre?”<sup>20</sup> Asimismo el autor detalló otros aspectos de la vida cotidiana del mexicano, como sus costumbres alimenticias. Sobre la producción del pulque detalló desde el proceso de fermentación, hasta su almacenamiento y sabor. También hizo un recuento de la variedad de frutas, las cuales le parecía que eran tantas “que es imposible acordarse de sus nombres”.<sup>21</sup>

Por otra parte, Khevenhüller comentó sobre las condiciones de vida y los códigos de conducta de miembros de los distintos estratos sociales de la nación. Desde las familias aristocráticas de la capital, hasta los indígenas. Para este último grupo, Khevenhüller, como Albert Hans, sólo tuvo palabras de admiración y respeto. Postura característica de los imperialistas europeos. Se expresó de ellos en los

---

<sup>20</sup> Carl Khevenhüller, *Tres años en México: Memorias del príncipe Carl Khevenhüller-Metsch* en Brigitte Hamman, *Op. Cit.*, p.119.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 139.

mejores términos, elogiando su disposición al trabajo y resistencia física, al igual que su disciplina dentro de las milicias: “Estos hombres son, al mismo tiempo, honrados y leales, soldados valientes y constantes apegados a su comandante”.<sup>22</sup> Pero estas palabras estaban reservadas sólo para los indígenas. En lo tocante a los mestizos, la opinión de Khevenhüller fue diametralmente opuesta, pues comentó: “Heredaron todos los defectos de las dos razas, pero que a cambio no poseen ni una de sus buenas cualidades”.<sup>23</sup> No perdió la oportunidad de criticarlos cada vez que le fue posible.

Sin embargo en México encontró un “ángel del paraíso”. Khevenhüller reveló en su diario un encuentro que fue fundamental en su vida. En un baile en la corte, el príncipe austriaco conoció a Leonor Rivas Mercado de Torres Adalid, joven de 16 años recién casada con Javier Torres Adalid hombre alrededor de cual se contaban innumerables historias acerca de su sexualidad y posible impotencia. El autor le brindó toques novelescos a su diario cuando se refirió a los encuentros esporádicos entre él y Leonor: veladas literarias en casa de ella, miradas no correspondidas y escenas en que el austriaco tocaba el piano para su enamorada. Finalmente Khevenhüller logró seducirla y de esa relación nació el único hijo del príncipe austriaco, el cual lamentó no haber conocido nunca.<sup>24</sup>

A medida que Khevenhüller narró los acontecimientos ocurridos en 1866, se percibe ya un ambiente de desesperanza en las huestes del Imperio. El autor lamentaba profundamente la desintegración paulatina del cuerpo de voluntarios austriacos, y la transferencia del mando de las mismas, de Franz Thun al general francés barón Neigre; narró con pesar la cancelación de un nuevo embarque con voluntarios austriacos; la partida de la Emperatriz Carlota a Europa y la capitulación de las ciudades a manos de los republicanos otrora en poder del Imperio.

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p.114.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> En las últimas páginas de su diario, Khevenhüller se refiere a la noche del 20 de junio de 1867, cuando la ciudad de México, estaba a punto de caer en manos del general Porfirio Díaz, el príncipe trepó hasta el balcón de Leonor huyendo de una partida de republicanos que intentaban aprehenderlo. Aquella noche, por única vez, la joven pareja se rindió a la pasión. Khevenhüller salió de la casa de la calle de San José (hoy Isabel la Católica) en la madrugada y a los pocos días dejó el país sin saber que su arrebató había dado frutos y su amada tendría un hijo suyo. El marido aprovechó la situación para acallar los rumores sobre su impotencia y le dio sus apellidos al niño, pero repudió por el resto de sus días a Leonor. *Cfr.* Mario Ramírez Rancaño, *Ignacio Torres Adalid y la industria pulquera*, México, UNAM/Plaza Valdés, 2000.



Khevenhüller como Samuel Basch, estuvieron presentes en Orizaba cuando el Emperador se encontraba a punto de abdicar. El conde austriaco estuvo entre los que persuadieron a Maximiliano de continuar al frente del tambaleante Imperio... ¿acaso Khevenhüller tenía intereses de otra índole para permanecer en México? ¿Su relación con Leonor? Ella pertenecía a una familia simpatizante del Imperio, y bajo el gobierno de Juárez su futuro parecía bastante sombrío.

Nuestro autor, hombre temperamental, no mostró recato al dirigirse de manera enérgica contra los personajes que desde su perspectiva traicionaron la empresa imperial. En Orizaba le reclamó al emisario de Napoleón III, el general Castelnau: “Su Emperador y Bazaine se portaron como canallas frente a Maximiliano”.<sup>25</sup> Khevenhüller no tuvo reparo en señalar con su índice inquisidor las decisiones negligentes y ruinosas de otros oficiales y diplomáticos franceses, pero también de los generales mexicanos, de ellos, Leonardo Márquez fue la figura que recibió la mayor cantidad de reclamaciones. Sin embargo no fue el único oficial que despertó la desconfianza y el desprecio de Khevenhüller, pues se expresó la misma desconfianza de otros generales, ya fueran imperiales o republicanos, al igual que muchos civiles. A Lerdo de Tejada lo llamó “maldito abogado fracasado”,<sup>26</sup> a Juárez “intrigante.”<sup>27</sup> Del general Tomás O’Horan, señaló su pretensión de querer venderle a Porfirio Díaz la línea de defensa que estaba a su cargo. Más tarde, cuando O’Horan fue fusilado, Khevenhüller reveló no haber sentido ninguna lástima por él.<sup>28</sup> También tuvo palabras duras contra Mariano Escobedo, quien además de señalar con burla su apariencia física,<sup>29</sup> también sugirió que compró a Miguel López para que traicionara al Emperador. Eso es algo que jamás hubiera hecho Porfirio Díaz, el único mexicano que ganó el respeto y amistad de Khevenhüller.<sup>30</sup>

Pero el principal traidor y culpable de la caída del Imperio fue, para Khevenhüller, Leonardo Márquez. El autor lamentó que éste no haya sido capturado. Incluso en las últimas páginas de su diario siguió reprochándolo por no haberlo

---

<sup>25</sup> Carl Khevenhüller, *Op. Cit.*, p. 185.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 220.

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> *Ibid.*, p 219.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 225.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 220.

conducido a Querétaro donde, según su opinión, habría auxiliado con éxito a Maximiliano, y quizá el Imperio se hubiera salvado:

¡Márquez, cuánta culpa tiene, de qué manera más ignominiosa (sic.) traicionó al emperador! No sólo falló en cumplir el cometido de reclutar tropas frescas para el emperador y de acudir con éstas y con dinero a Querétaro, desde donde el emperador lo había enviado a México, sino que al emperador, que le había dado como acompañamiento toda la caballería que le quedaba, no le mandó ni un peso, ni un hombre, ni una línea, además de que interceptó todas las órdenes dirigidas a mí y a otros. Fueron los últimos gritos de socorro del emperador traicionado.<sup>31</sup>

La primera vez que Khevenhüller hizo mención de la “Hiena de Tacubaya”,<sup>32</sup> sucedió cuando refirió su regreso de Europa. Si bien Miramón le parecía un “valentón”, al fin consideraba que es era buen mozo; en cambio Márquez “es un hombre menudo y viejo; recibió alguna vez un tiro en la cara, lo cual no le favorece. Además tiene un carácter tímido e inquieto, en suma, un aspecto sospechoso”.<sup>33</sup>

El príncipe austriaco nunca se fió de él, y no se imaginaba que cuando lo vio entrando por la garita de San Antonio Abad el 25 de marzo de 1867, entre una nube de polvo acompañado de Santiago Vidaurri y ochocientos soldados de caballería llevaba órdenes expresas de Maximiliano, para que lo acompañara como refuerzo militar a la ciudad de Querétaro. Pero Márquez ocultó esta información y ordenó a los oficiales austriacos que resguardaban la capital, Khevenhüller, Hammerstein y Wikkenburg alistarse para salir rumbo a Puebla para enfrentar a Porfirio Díaz.

A partir de nuestra lectura al diario del príncipe austriaco, hemos encontrado varias acusaciones que pesan sobre Márquez durante su camino a Puebla y posterior sitio en la ciudad de México, como la lentitud en la marcha, la destrucción de parque de guerra y las órdenes de enfrentar al enemigo en las circunstancias más adversas. Estas acusaciones se encontrarían encaminadas a un plan presuntamente premeditado por este general imperialista para conseguir el derrumbe del proyecto

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 221.

<sup>32</sup> Sobrenombre que se le asignó a Leonardo Márquez por la matanza de civiles y médicos inocentes en Tacubaya después de derrotar al ejército de Santos Degollado en abril de 1859.

<sup>33</sup> Carl Khevenhüller, *Op. Cit.*, p.180.

político que defendía. En el relato de Manuel Ramírez de Arellano, esta posibilidad enunciada por Khevenhüller, deja de ser presumible para transformarse en un hecho. Ramírez de Arellano afirma que la nefasta conducta de Márquez iría encaminada a una venganza contra el Emperador, por haberlo mandado a Constantinopla como embajador del Imperio.

#### *Félix de Salm Salm y los cazadores franco mexicanos*

Nacido 1828 en Westfalia, provincia de Prusia, Félix Constantin Alexander Johann Nepomuk, príncipe de Salm Salm fue educado, como él mismo lo comentó, desde su tierna infancia en la Casa de Cadetes de Berlín. Participó activamente en la guerra de Holstein, por lo cual fue condecorado por el zar de Rusia.<sup>34</sup> Sirvió en el ejército de austriaco y asistió a la guerra de Crimea, en la que Austria, contra las intenciones de Napoleón III, permaneció como observadora inactiva.<sup>35</sup> Este militar no tuvo la oportunidad de hacer carrera militar en Austria, ya que al igual que Khevenhüller arrastraba excesivas deudas, por lo que se vio en la imperiosa necesidad de salir de ese país. Encontró en la guerra civil norteamericana una excelente oportunidad para resarcir su fortuna formando parte de la legión de mercenarios alemanes. Combatió a favor de los estados del Norte con grado de coronel y jefe del Estado Mayor de la división alemana.<sup>36</sup> Este personaje argumentó que gracias a su temple y valor las autoridades castrenses norteamericanas lo distinguieron con el grado de general, grado que por cierto, nunca le fue reconocido por las contrapartes mexicanas.<sup>37</sup> Durante su paso por los Estados Unidos, llegó a ser gobernador civil y militar de Georgia del Norte. Al concluir la guerra de secesión, Salm fue invitado por senadores estadounidenses para ocupar la dirigencia en una guarnición del ejército regular, la cual rechazó, como explicaría después “nunca me encontraba a gusto en ese país, y me horrorizaba la idea de tener que llevar una vida triste y ociosa [...] más allá de los confines de la civilización”.<sup>38</sup>

---

<sup>34</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, pp. 15-16.

<sup>35</sup> Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, pp. 181-182.

<sup>36</sup> Oliva, García de León Melo, *Op. Cit.*, p. 88.

<sup>37</sup> Durante el sitio de Querétaro, Maximiliano trató de distinguirlo con este grado, pero tuvo temor de que este acto no fuera bien visto por otros militares.

<sup>38</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 15. Nótese que el autor considera que incluso los Estados Unidos es un lugar que no pertenece al mundo civilizado.

Este personaje sostenía que “era soldado y la guerra su elemento”. Por lo que decidió ofrecer sus servicios al Emperador de México, el cual desde su parecer, estaba llevando a cabo una “empresa civilizadora”.<sup>39</sup> A su arribo, Salm tuvo recibimiento glacial, por parte del Emperador, quien no aceptó de inmediato su ingreso al ejército imperial, tampoco fue admitido de inmediato la sociedad aristocrática de la capital, “aun cuando exhibió cartas de presentación de los embajadores prusianos, austriacos y franceses destacados en Washington”.<sup>40</sup> Finalmente al cabo de seis meses, logró obtener el grado de coronel en el cuerpo auxiliar del general Neigre. Más tarde se adhirió al cuerpo de voluntarios belgas al mando del comandante Van der Smissen.

El gobierno imperial pensó en aprovechar las buenas relaciones que Salm y su esposa mantenían con altos funcionarios de Estado norteamericanos para obtener el reconocimiento de Maximiliano, no obstante, dichos planes se aplazaron cuando el Emperador se enteró que Carlota se encontraba enferma en Europa.<sup>41</sup>

Después de la partida de los franceses y demás cuerpos expedicionarios Félix Salm Salm se hizo admitir en el estado mayor del general imperial, Santiago Vidaurri. Con este último llegó a Cuautitlán en febrero de 1867 donde se unieron a la caravana que habría de conducir a Maximiliano a la ciudad de Querétaro. Estando en esa ciudad, se le asignó el mando del cuerpo de cazadores franco mexicanos y jefe de la primera brigada de la división al mando del general Ramón Méndez.<sup>42</sup>

Algo de llamar la atención es que Salm Salm, como Samuel Basch, afirmaron que el Emperador les pidió en el ocaso de su vida, escribir unas *memorias* donde narraran los acontecimientos más importantes de Querétaro. La narrativa testimonial de Félix Salm Salm *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano* son para Conrado Hernández López, “una obra muy parcial por su carácter anti-mexicano. Salm Salm

---

<sup>39</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p.16.

<sup>40</sup> Suzzane Desternes y Henriette Chandet, *Maximiliano y Carlota*, México, Editorial Diana, 1971, p. 366.

<sup>41</sup> Manuel Rivera Campas, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo*, Tomo III, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Puebla, 1987, p. 528.

<sup>42</sup> Oliva, García de León Melo, *Op. Cit.*, p. 89.

responsabilizó a Miramón y a Márquez de ser ‘los espíritus malignos’ que propiciaron el desastre por su ineptitud y sus intrigas”.<sup>43</sup>

El testimonio de Salm es similar al de Hans y O. Arce, en tanto que relatan de manera similar los principales hechos militares; pero como el de Khevenhüller y Ramírez de Arellano, hay una mayor concentración en valorar el papel desempeñado por los principales jefes imperiales: Leonardo Márquez, Miguel López, Ramón Méndez, Severo Castillo y Miguel Miramón.

Si bien en la narrativa testimonial de Albert Hans se hace referencia a pasajes violentos y turbios propios de la guerra, éstos fueron paliados por un discurso más poético. Es decir, el subteniente francés pretendió “suavizar” esa crudeza con la presencia cariñosa y bondadosa del Emperador. Ante el desastre y los peligros, Maximiliano alentaba a sus tropas con palabras de aliento, y motivaba a los heridos con su presencia y consuelo. En contraste Félix Salm Salm fue explícito al describir los horrores de la guerra: las muertes fortuitas de los civiles, la pestilencia de los cientos de cuerpos sin vida que no pudieron ser inhumados, los sufrimientos de los heridos que no fueron rescatados del campo y que fueron olvidados para tener “una muerte miserable”.<sup>44</sup>

Otra cuestión interesante tratada en el texto del príncipe prusiano, es la descripción del modo de guerrear de los mexicanos. El autor marcó diferencias entre los procedimientos usados por los europeos y los nacionales, indicando que para los mexicanos resultaba impracticable la batalla cuerpo a cuerpo, pues además de no estar acostumbrados a ello, no podían resistirla dado su complejión física.<sup>45</sup> Por otra parte se mofó de la estrategia seguida por la caballería, la cual consideró “la cosa más ridícula que se podía ver”,<sup>46</sup> ya que implicaba un enfrentamiento a distancia, cuyo vencedor no era quien causaba más bajas, sino el que emprendía primero la retirada. Esta circunstancia según el autor, incidió en la derrota de las tropas imperiales, pues

---

<sup>43</sup> Conrado Hernández López, “Querétaro en 1867 y la división en la historia (sobre una carta enviada por Silverio Ramírez a Tomás Mejía el 10 de abril de 1867)” en *Historia Mexicana*, Vol. LVII, Núm. 4, abril-junio, 2008, pp. 1201-1214, El Colegio de México.

<sup>44</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 95.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p.139.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p.140.

por más que los cazadores europeos emprendieron vivos ataques, no podían ser seguidos por los batallones mexicanos.<sup>47</sup>

Salm también escribió sobre la participación y *modus operandi* de la elite europea en Querétaro.<sup>48</sup> Su comunicación con el Emperador y con Basch, siempre en alemán, les permitió establecer códigos que sólo ellos conocían, y que sirvieron como clave para referirse no sólo a los nombres de los generales mexicanos, sino a los asuntos bélicos que éstos exponían al Soberano, los cuales en opinión de Salm, siempre fueron desatinados y condenados al fracaso, principalmente los que propuso Miramón. De tal suerte que entre los dos se acordó llamar a Méndez “el pequeño gordito”; a Miramón “el joven militar”; a Mejía “el pequeño negrito” y a Castillo “el honrado”.<sup>49</sup>

El secretario Blasio ya había notado cierto desvarío en algunas disposiciones del Emperador, como aquella de dictar un nuevo ceremonial de la corte en una caminata sobre la plaza de la Cruz cuando estaba siendo bombardeada con granadas republicanas. El mismo devaneo en Maximiliano fue notado con sus allegados germanos. Para el 15 de abril se resolvió que Salm saliera de la plaza en busca de Márquez, quien semanas atrás había partido para la capital. Salm llevaba una carta con instrucciones encaminadas a sembrar el buen ánimo y confianza en el porvenir del Impero entre la población de México, algunas de ellas indicaban que debía “dar al público buenas noticias”;<sup>50</sup> otras eran prácticamente irrelevantes y fuera de contexto como aquella que dictaba: “el príncipe Salm traerá consigo algunas buenas obras históricas”.<sup>51</sup> Este pasaje deja manifiesto, que Salm y Maximiliano nunca estuvieron totalmente conscientes de la complejidad de la situación, y que no la enfrentaron cabalmente. Si bien es cierto que Blasio pareció darse cuenta de las condiciones precarias, poco favorables y próximas a tener un desenlace fatal; Salm mostró que compartía con el Emperador la misma confianza, y que por sí sólo podía revirar la difícil situación. Se asumió como el hombre indicado para llevar a cabo la salida del 15 de abril, se sentía orgulloso de que Maximiliano le hubiera dado esta encomienda que

---

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> La elite de Salm estuvo compuesta por otros europeos con los cuales se sintió cómodo, como la del mayor Pitner y el sargento Enrique Pototski, el mayor Malburg y el teniente Bieleck.

<sup>49</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 115

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 124-125.

prometía la salvación. Desafortunadamente para su causa el proyecto no tuvo el éxito que se esperaba, Salm repartió las culpas entre Miguel López y Pantaleón Moret. El primero por supuestamente haber alertado al enemigo del movimiento y el segundo por no mostrar arrojo y valor.

A este respecto es necesario señalar que en las memorias de Salm podemos observar la construcción de una figura heroica de sí mismo, sobresaliente e indispensable. Dicha superioridad no tiene sólo su origen en cuestiones raciales, Salm se describe como un soldado con gran experiencia militar, la cual, lamentó, haya sido desperdiciada. La proyección del *yo* supera a los demás personajes que intervienen en el relato. La imposibilidad de que ese *yo* fuera más brillante y eficaz durante las batallas, fue porque los *otros* intervinieron de manera negativa en los hechos, ya sea porque no le permitieron tomar las decisiones más convenientes o por sus “intrigas”. Siendo así, el autor encuentra en Miramón a ese personaje oscuro que impidió que su estrella fuera más intensa, y de paso contribuyó a la caída de Maximiliano a quien siempre consideró poseedor de un carácter muy noble, lo que le impedía notar la falta de honradez de otras personas, como la del propio “joven general”. Para Salm ese carácter noble del archiduque le impidió darse cuenta de las actitudes nocivas de otros personajes: “Tanto un Napoleón, como un Márquez, fácilmente manejaban a un carácter como el de él.”<sup>52</sup>

A partir del análisis de estas memorias, tenemos por lo menos tres denuncias de Salm Salm contra Miramón. La primera fue su falta de pericia militar, lo que se tradujo en derrotas importantes, por esa misma razón, “Miramón nada trajo (a Querétaro) más que su persona, después de haber perdido todo su ejército por una indiscreción”.<sup>53</sup> La segunda fue mal aconsejar al Emperador con la finalidad de volver a poner en primer plano su figura política:

---

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>53</sup> Se refiere a la derrota sufrida por Miramón en San Jacinto. Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p.122. Quizá esta derrota pesó en el ánimo de Maximiliano para hacer de Márquez la figura militar más importante de las operaciones militares en Querétaro. Márquez aprovechó esta circunstancia para menoscabar a Miramón, el cual no quiso someterse a las órdenes de éste, y así se lo hizo saber al Emperador, a quien le recordó que en el tiempo en que fungió como presidente, él le había otorgado a Márquez su grado de general y por lo mismo siempre estuvo a sus órdenes.



Pagó con su sangre vertida al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario creemos que Miramón, aunque completamente poseído de ambición personal, estaba más bien ciego por sus propias ilusiones, y llevando por su ligereza, que de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste.<sup>54</sup>

El tercer señalamiento, y probablemente el más interesante, fue no haber permitido que Salm se desarrollara de una mejor manera en el terreno militar durante el sitio. Acusó a Miramón de mandarlo a las misiones más peligrosas, donde tenía que enfrentar a un mayor número enemigos, mejor armados y en un terreno poco propicio, pero además buscó obstaculizarlo en su proceder, al nunca mandarle refuerzos ni oficiales capaces, todo esto, supuestamente, con el negro propósito de buscar su muerte.

#### *Samuel Basch y los bríos civilizatorios*

De origen austriaco y criado en el seno de una familia judía, el doctor Samuel Basch llegó a México a principios de 1866, prestando sus servicios al cuerpo de voluntarios austriacos. Fue encargado de la dirección del Hospital Militar en Puebla,<sup>55</sup> donde laboró por un corto tiempo, ya que en septiembre se convirtió en el médico personal del emperador, labor que desempeñó hasta la muerte de Maximiliano.

Basch observó los principales acontecimientos de Querétaro, se volvió parte activa del personal médico que atendió a los soldados imperiales que fueron heridos, incluso a uno que otro republicano cuando cayó la plaza. Se convirtió en una especie de secretario, pues escribió las cartas en alemán que Maximiliano le dictó para sus familiares y conocidos en Europa. El libro que escribió sobre México, fue encargado por el propio Maximiliano quien tenía la idea de narrar lo ocurrido durante su estancia en Querétaro, e incluso le sugirió a su médico, el título que adoptaría el mismo: *Recuerdos de México*.<sup>56</sup> Maximiliano le pidió al galeno y confidente que le preparase

---

<sup>54</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 145.

<sup>55</sup> Para consultar con detalle las investigaciones y tratados médicos que escribió el doctor Basch, véase Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, pp. 134-140.

<sup>56</sup> Estando Maximiliano preso en Querétaro, le dijo al Dr. Basch: “Es usted el único que tiene seguridad de volver a Europa [...] ocúpese de mí, y trate de que al menos se me haga justicia. ¿Cómo va a titular usted su obra? Yo le propondría que se llamase *Los cien días del imperio en México*”. Más habiéndole hecho el Dr. Basch la observación de que para dar una idea clara de los acontecimientos, era preciso remontarse a los días de Orizaba (Se refiere al viaje que

en forma de diario los materiales conducentes, para lo cual puso a su disposición no solamente sus propios manuscritos, sino también los materiales del gabinete de guerra, entre los que figuraban los planes de campaña, las órdenes del día, y aún los protocolos del consejo de guerra.

No obstante muchos de los documentos que tenía en su poder fueron extraviados durante los días en que el galeno fue hecho prisionero. Por fortuna, todos los materiales que había escrito en alemán se salvaron. Con este material y los apuntes que tenía reunidos en su propio diario del sitio, pudo completar su texto *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano, 1866-1867*.

Publicado en español por primera vez en 1870,<sup>57</sup> y “rectificado” por otro célebre doctor, Hilarión Frías. *Recuerdos de México* narra los principales sucesos del gobierno de Maximiliano desde septiembre de 1866 hasta junio de 1867. Son tres los temas principales que planteaba Basch: la difícil situación política y militar en que se encontraba el Imperio ante la inminente evacuación de las últimas tropas francesas del país; el viaje de Maximiliano a Orizaba, donde estuvo a punto de abdicar y el posterior drama de Querétaro.

En el tema político, Basch criticó las cambiantes posturas ideológicas que demuestran los militantes de los partidos políticos. Mal que se extendía al resto de los mexicanos, a quienes califica de “absolutistas” y “en alto grado intolerantes”, máxime a todo aquello que oliera a extranjero. Para el autor, la política mexicana quedaba reducida al interés y al egoísmo, de ahí que manifestara que sólo en esta nación existan tantos “renegados” y “maromeros políticos”.<sup>58</sup>

El doctor indicaba que para la clase política y militar no existía el honor, pues sus miembros no tenían reparo en abandonar su bandera y cambiar de bando, siguiendo siempre las ambiciones personales y la conveniencia. Ponía de ejemplo los llamados “pronunciamientos contra el gobierno”, actitud deshonrosa y asumida por personajes que ni siquiera daban su nombre. Actitud a través de la cual los militares

---

hace el Emperador a finales de 1866 a dicha ciudad para estar más cerca del puerto de Veracruz en espera de noticias de Carlota, quien había partido en verano a pedir ayuda para el imperio a Napoleón III y el Papa Pío IX), le contestó Maximiliano, “Está bien; de usted en ese caso al libro el simple título de *Recuerdos de México*”. Cfr. Samuel Basch, *Op. Cit.*, p. 6.

<sup>57</sup> El texto fue reimpresso en 1957 por Editora Nacional y en 2003 por el Fondo Editorial del Instituto Mora.

<sup>58</sup> Samuel Basch, *Op. Cit.*, p. 15.

hacían gala de violencia al fusilar sin compasión a un contrario, ocupando ciudades y desconociendo a las autoridades legalmente constituidas, mostrando así su cambio de filiación. Para este autor, hordas de hombres como estos fueron los que componían los ejércitos republicanos que posteriormente sitiaron Querétaro, simples desertores, que según Basch, mientras el Imperio pudo darles dinero y tenían algo que esperar de él, se mantuvieron aliados a la causa de Maximiliano.

En lo tocante a la política internacional, el galeno analizó la participación del gobierno de Napoleón III y los Estados Unidos en el Segundo Imperio mexicano. A los franceses, los acusó de robar los ingresos de las aduanas, de no respetar los tratados de Miramar, de pretender atentar contra la soberanía nacional al querer apropiarse del rico estado de Sonora, y quizá lo más grave, de impedir que Maximiliano lograra llevar a buen puerto su anhelada asamblea nacional donde se reunieran los principales representantes de los partidos políticos para discutir la forma de gobierno que habría de adoptar el país.

De la participación de los Estados Unidos, opinó que en Europa se exageró demasiado sobre la presión que los americanos ejercieron sobre el gobierno de Napoleón III, pues a éstos no les importaba en demasía la existencia de una República o un Imperio en su vecino del sur, sino que el país estuviera pacificado.<sup>59</sup> El doctor Basch señaló: “Sé de buena fuente que algunos hombres de Estado declararon con toda franqueza que lo más ventajoso para los Estados Unidos habría sido el ver definitivamente pacificado a México. Que fuese por medio del Imperio o por medio de una República, le era indiferente”.<sup>60</sup> Algo importante a considerar, era el debilitamiento de Estados Unidos ya que enfrentaba su guerra civil, este fue uno de los sucesos internacionales que alentaron a Napoleón III a intervenir en México. Al término de la guerra de secesión, los Estados Unidos apoyaron decididamente al gobierno de

---

<sup>59</sup> En el terreno militar también hay muestras patentes de la participación norteamericana. El propio mariscal Bazaine dio la orden de concentrar tropas diseminadas en el país rumbo al norte para hacer frente a un posible ataque. Sobre el apoyo armamentista, autores como Carl Khevenhüller, Felix Salm Salm y Albert Hans, mencionan la utilización de fusiles de 16 tiros y los rifles Spencer de 8 tiros de manufactura estadounidense “donados” por los estadounidenses a los militares liberales y que tanto daño causaron a los ejércitos imperialistas. Estos mismos testigos, así como Basch, señalaron la participación de soldados norteamericanos peleando bajo el mando de Escobedo en el sitio de Querétaro. Salm cita incluso cifras: “ciento cincuenta norteamericanos, que servían al ejército del enemigo bajo el nombre de ‘Legión de Honor’ y al mando de un coronel Green”. Su tarea, según Salm, era bombardear la ciudad. *Cfr.* Samuel Basch, *Op. Cit.*, p. 204.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 18.

Juárez, no sólo con armamento, también utilizaron la diplomacia. Por ejemplo, presionaron al gobierno imperial de Francisco José con romper las relaciones diplomáticas con Austria si lanzaban un segundo embarque para México. Bajo esta amenaza las tropas austriacas del cuerpo de voluntarios, embarcados ya en Trieste en el verano de 1866 tuvieron que volver a tierra. Por otra parte la opinión pública norteamericana se encontraba abiertamente a favor de una República mexicana, y consideró violada la doctrina Monroe.

Antes de entrar de lleno con la narración del sitio. Basch escribió sobre el viaje previo que el Emperador hizo a Orizaba. En éste se reprodujeron las mismas circunstancias que se vieron camino a Querétaro: un Maximiliano abatido por la angustia y la indecisión. El relato sobre Orizaba transcurría entre los planes del Emperador para abdicar al trono, las disposiciones conducentes para confirmar tal acto, sus excursiones con el profesor Bilimeck en busca de insectos y las discusiones de los consejeros de Estado y ministros que lo convencieron de continuar al frente del Imperio.

Basch también se ocupó de narrar la salida de Maximiliano de la capital, su viaje a Querétaro y los pormenores del sitio militar. A partir del decimo tercer capítulo, el texto se transforma en una especie de bitácora; el autor recurrió a una escritura narrativa más parca, se limitó a contar los hechos más relevantes del 5 de marzo al 19 de junio. Él mismo advirtió al lector este cambio de cariz en su libro: “Desde este punto dejaré hablar a los restos de mi diario de Querétaro, que logré salvar en la catástrofe del 16 de mayo”.<sup>61</sup>

Como la mayoría de los autores que atestiguaron lo ocurrido en Querétaro, antes de contar las acciones militares o el comportamiento de los actores más importantes de este episodio, Basch hizo un esfuerzo por describir al lector la geografía de la ciudad sitiada, reveló las posiciones que ocupaba cada ejército y señaló los lugares más importantes donde el Emperador tuvo muestras de nobleza y sacrificio.

El doctor también opinó sobre la simpatía que siempre demostró la ciudadanía queretana respecto al Imperio y a Maximiliano, de la cual comentó:

---

<sup>61</sup> *Ibid.*, p.166.

La acogida que a Maximiliano hizo la población de Querétaro, fue sinceramente cordial. El pueblo ocupaba todo el tránsito de la garita al casino español, que estaba dispuesto para su habitación, el emperador fue aclamado con gritos de júbilo, y con incesantes vivas.<sup>62</sup>

Comentó que la población queretana se mostró la mayor parte del tiempo simpática, y que incluso ayudó de buena gana a conducir cañones para el cerro de las Campanas.<sup>63</sup> No obstante estas muestras de apoyo pertenecían a una etapa muy temprana del sitio. Dichas manifestaciones están ausentes en el relato de Basch, a medida que la narración se ocupa de los momentos más apremiantes, cuando los víveres escaseaban y cuando se empezaron cobrar impuestos risibles, como por el número de ventanas y puertas de cada casa. Si bien se nos cuenta que algunos miembros de las clases acomodadas asistieron a Maximiliano en su prisión, el resto de la población parece estar ya ausente. Sólo mostraron su pena y consternación a la víspera del fusilamiento.

En varias partes del texto se observa una tensión entre Basch y los médicos mexicanos. El doctor austriaco, nunca estuvo de acuerdo con su forma de proceder, pues aseguraba que los enfermos que trataban eran revisados muy rara vez, y atendidos por enfermeros inexpertos. Denuncia que, por su origen extranjero, fue obstaculizado en su trabajo una y otra vez. La autoconstrucción que el autor hace de sí mismo en la obra, es la de un hombre que padece, igual que Maximiliano, injusticias y agravios, cuando su intención fue siempre la de hacer el bien. Intención bienhechora que no sólo ejerció con los heridos comunes y corrientes, sino con mayor esmero y cuidado para su paciente principal. Encontramos referencias en la narrativa de Basch sobre la persistente disteria que postró a Maximiliano por varios días, y que incluso lo privó de asistir a su juicio en el Teatro Iturbide. El remedio que el doctor imperial encontró para calmar los dolores del soberano, fue administrarle pastillas de opio. Maximiliano pudo haber olvidado documentos importantes a la hora que los republicanos entraron a su habitación en la Cruz, mas no olvidó la cajita de opio que su doctor le había dejado sobre su buró.

El día de la ejecución Basch sufrió un ataque de nervios, y no acudió al cerro de las Campanas. Esperaba practicar el embalsamamiento del archiduque, petición

---

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 167.

hecha por el mismo Maximiliano, pero que fue negada, lo que también provocó severas críticas por parte del galeno ante las autoridades mexicanas. Esta negativa no fue un impedimento para que Basch revisara el cuerpo sin vida de su paciente. Como médico dio su diagnóstico sobre los daños que causaron las balas del pelotón:

Seis heridas atravesaron el tronco, tres estaban en el vientre bajo, y tres en el pecho, casi en la misma línea. [...] Las tres heridas en el pecho eran mortales por esencia: la primera bala atravesó el corazón; la segunda hirió los vasos gruesos; la tercera atravesó el pulmón derecho. La naturaleza de estas tres heridas induce, pues, a creer que la lucha del emperador con la muerte hubo de ser brevísima.<sup>64</sup>

El texto de Basch concluye con una reflexión sobre el proceso militar que enfrentó el Emperador. Advirtió que sus palabras eran severas, pero que las decía con plena “tranquilidad de conciencia”. Comienza poniendo en duda la competencia del tribunal de guerra que juzgó al emperador.<sup>65</sup> No creyó nunca en dicho proceso, y aunque reconoció los esfuerzos de los abogados del sentenciado, Mariano Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega, sostuvo que Maximiliano fue asesinado.

#### *Inés de Salm Salm y los planes de fuga*

Si existió alguien que encarnó a la perfección la esencia de la aventura y del cabildeo durante los días de Querétaro, fue sin duda Inés Isabel Winona LeClerec Joy. De padres franceses, pero norteamericana de nacimiento, se convirtió en princesa por su matrimonio en 1862 con Félix Salm Salm. Se dice que en su juventud trabajó en un

---

<sup>64</sup> Samuel Basch, *Op. Cit.*, pp. 301-302.

<sup>65</sup> Basch mostró siempre añoranza en sus memorias por la supuesta civilización europea que hace conducirse a los hombres mediante el respeto, la palabra empeñada, el honor, la decencia, etcétera, la cual es necesaria urgentemente en México, implantar esa civilización era una de las tareas de Maximiliano. La implantación de dicha civilización implicaría una exportación de costumbres, tradiciones e incluso instituciones. En este sentido, Basch cayó en una contradicción digna de señalarse. Al mismo tiempo que criticó la incompetencia del tribunal de guerra, alega que esta es una costumbre en boga en Europa desde las conmociones de 1848. Otros testigos presenciales estuvieron de acuerdo con la competencia del tribunal de guerra, así lo manifestó el propio Bernabé Loyola, quien sostuvo que de haber caído Benito Juárez, Lerdo de Tejada y José María Iglesias en manos de Miramón, en Zacatecas, Maximiliano los habría juzgado de la misma manera, ya que una carta del Emperador a Miramón así lo confirma. *Cfr.* Bernabé Loyola, *Op. Cit.*, p. 68.

circo y que fue cantante en La Habana.<sup>66</sup> Muchos autores que han revisado la historiografía sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, calificaron a Inés de Salm Salm, como una mujer sumamente inteligente, hermosa y hábil jinete.<sup>67</sup> Es indudable que esta mujer supo explotar muy bien sus cualidades físicas, las cuales utilizó para seducir a un par de oficiales republicanos y organizar un plan de fuga para Maximiliano.

Durante su estancia en los Estados Unidos, Inés supo cultivar amistades importantes, siempre con el afán de ayudar a su marido a ascender en el escalafón militar. Tuvo contacto cercano con los presidentes norteamericanos Abraham Lincoln y Andrew Johnson, y con el mexicano Benito Juárez, así como a importantes periodistas.

Antes de que su marido iniciara la campaña a Querétaro, Inés lo persuadió de acompañarlo, a lo que Salm se negó rotundamente. La dejó en la ciudad de México, al cuidado del anciano liberal Federico Hube, en una casa provista de todos los lujos por el rumbo de Tacubaya.

Dos años después de la caída del Imperio, apareció el diario de la princesa Salm Salm, el cual poco después de publicado, se mal tradujo al español bajo el título de *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm*.<sup>68</sup>

Para Konrad Ratz, la princesa exageró sus hazañas, y las de su marido en Querétaro.<sup>69</sup> Una vez más encontramos que en la narrativa testimonial, el autor, en este caso autora, idealiza su propia figura. Ahora no son las proezas en el campo de batalla las que se exaltan en el relato, sino la utilización de la feminidad y todo su atractivo contra un mundo dominado predominantemente por las ideas impuestas por los varones. La apelación a su condición frágil, bella, en palabras de algunos, erótica,<sup>70</sup> sumado a su título de nobiliario, le permitieron a Inés de Salm comportarse

---

<sup>66</sup> Erika Pani, *Op. Cit.*, p. 36.

<sup>67</sup> Daniel Moreno, *Op. Cit.*, p.131 y Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, p. 182., y Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 580.

<sup>68</sup> Daniel Moreno, *Op. Cit.*, p. 132.

<sup>69</sup> Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, p. 183.

<sup>70</sup> Konrad Ratz profundiza en la relación que entabló Inés de Salm Salm con los coroneles republicanos Ricardo Villanueva y Miguel Palacios, a fin de lograr de ellos su colaboración para lograr la fuga del archiduque cautivo. Señala que Inés “se le va a echar literalmente al cuello”, a Villanueva dejando entrever que Inés tuvo relaciones sexuales con él para lograr su cometido. Más tarde, además de ofrecer sumas de dinero a Palacios, también le ofreció sus



con seguridad y determinación frente a los hombres más duros e inflexibles, entre ellos el propio Márquez, quien se transformó ante la princesa: “su rostro moreno y maligno se puso casi risueño y cariñoso”.<sup>71</sup>

Son sumamente elocuentes las primeras líneas de sus memorias: “Durante los últimos seis años he oído y visto muchas cosas”.<sup>72</sup> Recordemos su condición viajera. Vivió la guerra civil norteamericana, estuvo en varias ciudades de aquel país como Nueva York y Washington, viajó por Cuba y México. Una vez que su marido fue amnistiado partió para Europa. Legítima su crónica por el hecho de haber sido testigo presencial de acontecimientos políticos y militares muy importantes.

Renglones más adelante, cuenta que fue instada por sus amigos, a escribir todo lo acontecido durante esos años. Cumple con esa petición con agrado y hasta cierto punto con facilidad, pues decía: “tengo la costumbre de llevar un diario y poseo además una memoria excelente”.<sup>73</sup>

De alguna manera su diario fue un prelude de la obra de su marido. Confesó que mientras Félix se encontraba preparando sus memorias, le pidió que escribiera por lo menos un breve relato, sobre su estancia en México, y sobre los hechos de Querétaro, en los que “tuvo parte principal”. Una diferencia palpable entre ambas memorias, es que Inés no se refirió a los mexicanos con términos despectivos, al contrario, manifestó siempre su agradecimiento para con éstos, especialmente con los altos mandos republicanos, quienes la trataron “con la mayor cortesía y consideración”.<sup>74</sup>

---

favores a eróticos. Ratz menciona que la libertad sexual de la princesa se explicaba: según indicación propia en sus memorias, por su infertilidad. Cfr. Konrad Ratz, *Querétaro: Fin del segundo imperio mexicano*, pp. 234, 299 y 396.

Khevenhüller también escribió sobre la desinhibición sexual de la princesa, pues narra que varios días antes de que capitulara la plaza de México, se presentó a su cuarto la princesa, pidiéndole que entregara la ciudad. Khevenhüller no se explica cómo pudo haber saltado las líneas de fortificación. Entre paréntesis escribió: “se dice que a besos”. Cfr. Carl Khevenhüller, *Op. Cit.*, p. 215.

<sup>71</sup> Inés de Salm Salm, *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm*, en Daniel Moreno, *Op. Cit.*, p. 133.

<sup>72</sup> *Ibid.*

<sup>73</sup> *Ibid.*

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 163.

El objetivo principal de la narración, fue resaltar su posición como negociadora útil y de primer orden. Sus servicios desinteresados, a la vez arriesgados,<sup>75</sup> los brindó en dos ocasiones importantes, siempre con la intención de preservar la vida de su esposo y de Maximiliano. La primera como mediadora en la capital, buscando la rendición pacífica entre las brigadas extranjeras de Khevenhüller y Kodolitsch, y el ejército de Porfirio Díaz, próximo a tomarla. En este intento salieron a relucir sus excelentes dotes de jinete, pues cabalgó constantemente de la ciudad a Tacubaya a la Villa de Guadalupe y de regreso a la capital; agradece a “su buena estrella”, pues salió ilesa de un par de atentados.<sup>76</sup> Sus salidas tenían el propósito de conferenciar con Díaz, quien nunca llegó a fiarse de ella, pues la consideró “peligrosa”, sin embargo logró recibir de Porfirio un salvoconducto para Querétaro, hecho que habla de su perseverancia, ya que el camino era extremadamente peligroso por la cantidad de ladrones de diligencias. La propia Inés constató la violencia reinante en el camino, ya que escribió sobre el espanto que le causó encontrarse con dos cadáveres colgados de unos árboles. Hay que mencionar, que ni el mismo Khevenhüller logró de Díaz un pasaporte para Querétaro, incluso cuando el fusilamiento del archiduque ya se había verificado.

La segunda negociación importante constatada en el texto, sucede cuando la princesa se prestó como intermediaria entre el gobierno de Benito Juárez y la causa perdida del archiduque. En este intento, Inés de Salm narró sus constantes traslados de San Luis Potosí a Querétaro y viceversa tratando de conseguir el aplazamiento del proceso militar, cosa que logró. Pero la dilación no significó el perdón tan anhelado, lo que determinó a Inés de Salm fraguar un plan de fuga para Maximiliano. Ya su marido había actuado en ese sentido, sin embargo el archiduque declinó a participar en tal escape, ya que todavía confiaba en la habilidad de sus abogados, y en las negociaciones que pudieran entablar los embajadores Anton von Magnus, ministro de Prusia; Eduard von Lago y Ernst Schmit von Tavera, encargados de negocios de la legación austriaca; Frederic Hoorickx, encargado de negocios de Bélgica y el ministro de Italia, el Márquez Curtopassi.<sup>77</sup>

---

<sup>75</sup> Incluso le valieron la condecoración de la orden de San Carlos, fundada por Carlota. Cuya insignia consistía en una pequeña cruz de esmalte blanco, adentro verde con la inscripción “Humilitas”. *Cfr.* Inés de Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 150.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>77</sup> Egon Caesar Conte Corti, *Op. Cit.*, pp. 582-585.

Justo cuando el proceso militar comenzaba, Inés de Salm actuó con mayor celeridad para conseguir la fuga. En la obra cuenta que el plan consistía en sobornar mediante dos pagares por el monto de 100 000 dólares cada uno, firmados por los ministros europeos como garantía,<sup>78</sup> y girados sobre la casa imperial austriaca a nombre de los coroneles republicanos Ricardo Villanueva y Miguel Palacios, encargados de custodiar a los reos, quienes les otorgarían facilidades para salir de la prisión del convento de las capuchinas, montar algunos caballos que Carlos Rubio había financiado para conducirse hacia la Sierra Gorda, y de allí dirigirse a la costa.

La misma noche en que se llevó a cabo la negociación, la princesa Inés de Salm condujo hasta su habitación al coronel Palacios donde habría de persuadirlo “de todos los modos posibles” para comprometerlo con su colaboración. Al final, en palabras de Salm, Palacios, “no podía familiarizarse con la idea de que un tan pequeño pedacito de papel, con algunos garabatos daría la seguridad de una vida sosegada para su mujer y su hijo: un bolsillo de oro habría hablado un lenguaje mucho más persuasivo”.<sup>79</sup> Horas más tarde, Palacios acudió con Escobedo para descubrirlo todo.<sup>80</sup>

Al día siguiente, en un tono iracundo, Escobedo mandó poner centinelas fuera del apartamento de Inés de Salm, la mandó a llamar para informarle su resolución de exiliarla de Querétaro.

Inés de Salm Salm partió para San Luis Potosí, pero incluso allá no estuvo quieta, pues emprendió los últimos intentos de pedir el indulto para Maximiliano. En cuanto llegó, se entrevistó con Benito Juárez y José María Iglesias, por lo menos logró escuchar de ellos que la fuga del archiduque no les hubiera desagradado. Una noche

---

<sup>78</sup> Es interesante comentar acerca de la participación de los ministros en este negocio. Von Lago nunca creyó que el intento de fuga tuviera éxito, sin embargo fue el único que firmó los pagares, más tarde cuando quiso que sus colegas firmaran también los documentos, se negaron señalando que no querían comprometer a sus gobiernos. Inclusive convencieron al propio Lago de eliminar su firma, lo cual hizo con el auxilio de unas tijeras. Esta acción le valió a Lago, no sólo la acusación de la princesa Inés de Salm como uno de los causantes del fracaso del plan de fuga, también perdió su puesto en el cuerpo diplomático de Austria. *Cfr. Egon Caesar Conte Corti, Op. Cit., p. 585.*

<sup>79</sup> Inés de Salm Salm, *Op. Cit., p. 159.*

<sup>80</sup> Existe una versión no confirmada, de que el propio Escobedo alentó la relación de Inés de Salm Salm con sus coroneles con el fin de que ella intentara sobornarlos. La razón: tener un pretexto para poder expulsarla junto con los ministros extranjeros de Querétaro, como en efecto sucedió, o probar la lealtad y honestidad de sus dos jóvenes coroneles. *Cfr. Kornrad Ratz, Querétaro: fin del segundo imperio, p. 301.*

antes del fusilamiento, Inés de Salm volvió a conducirse con elocuencia: se arrojó a los pies del presidente implorando el perdón. Le dijo: “Si ha de correr sangre, entonces tomad mi vida, la vida de una mujer inútil; y perdonad la de un hombre que puede hacer aún mucho bien en otro país”.<sup>81</sup>

Todo fue en vano, ni las doscientas mujeres sanluiseñas y la esposa de Miramón, Concepción Lombardo, lograron conmover a Juárez. Quien pidió no ver a nadie más durante los tres días siguientes. Inés de Salm, desconsolada, se pasó la noche orando con la compañía de dichas mujeres.

Ante el deceso del Emperador, los esfuerzos de la princesa Salm Salm se concentraron en abogar por su marido que aún se encontraba preso. Félix continuó su presidio en Querétaro hasta el mes de octubre, cuando se dio la orden de trasladarlo a Oaxaca. Benito Juárez cumplió con la promesa que le había hecho a la princesa Salm en San Luis Potosí: respetar la vida de su marido. A finales del año de 1867, el gobierno permutó la condena de prisión por el destierro. Félix Salm Salm fue enviado a Europa, su esposa no se pudo reunir con él en la costa. Se vieron en Europa unos meses más tarde. La princesa terminó su diario con la esperanza de poder olvidar “los días funestos que había pasado en el último año”.<sup>82</sup>

### **3.2.- Manuel Ramírez de Arellano y su disputa con el lugarteniente del Imperio**

La participación del general Manuel Ramírez de Arellano fue muy relevante durante el sitio. Maximiliano lo designó como general en jefe del cuerpo de artillería. Conduciéndose en ese cargo con gran talento. A medida que se desarrollaba el sitio, y las municiones se terminaban, supo elaborar granadas de cartón que en opinión de muchos de sus compañeros de armas, fueron bastante eficaces. A este personaje se le atribuye la fundición de la mayoría de las campanas de los templos de la ciudad para convertirlas en balas; lo mismo hizo con el techo del Teatro Iturbide, el cual estaba cubierto de plomo.<sup>83</sup>

---

<sup>81</sup> Inés de Salm Salm, *Op. Cit.*, p.164.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>83</sup> Esta improvisación no se detuvo aquí, pues también supo utilizar cañerías de agua, tinas de baño, material de imprenta y diferentes construcciones de zinc y antimonio para elaborar material bélico. Improvisó también una fábrica de pólvora y una salitrera. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas horas del imperio*, México, F. Vázquez Editor, 1903, pp. 83-84.

La instrucción militar de Ramírez de Arellano, provino del Colegio Militar, donde destacó de manera importante en las “matemáticas, [...] la documentación militar, el dibujo, la física, la mecánica, la fortificación pasajera y permanente, y la construcción de materiales de guerra”.<sup>84</sup> Fue compañero de aula de los más destacados militares de su tiempo, como su amigo Miguel Miramón y sus adversarios Sóstenes Rocha y Leandro Valle. Estuvo presente en la batalla de Churubusco y en la defensa del castillo de Chapultepec durante la intervención norteamericana, donde cayó prisionero. Más tarde ocupó el cargo de comandante militar y gobernador del estado de Sonora a mediados de la década de los cincuentas. Tuvo una discreta participación durante la guerra de Reforma. Posteriormente se unió al Imperio, al cual defendió con las armas, principalmente en el estado de Michoacán.

El origen indígena de Ramírez de Arellano fue su salvación cuando cayó Querétaro. Se rasuró el bigote, se hizo pasar por un subalterno sin importancia, y se escapó de los republicanos brincando azoteas. Incluso estuvo presente en el fusilamiento de Ramón Méndez, mientras varios republicanos estaban buscándolo.<sup>85</sup>

Ramírez de Arellano salió de Querétaro, y llegó hasta México, donde le informó de viva voz a Leonardo Márquez de la toma de la ciudad y la prisión de Maximiliano, Miramón y Mejía.<sup>86</sup>

Como los autores europeos que hemos analizado en el presente capítulo, Ramírez de Arellano también fue un viajero, aunque no se movió por el afán de aventuras, sino por el destierro. Sus viajes se caracterizaron por un sinnúmero de penalidades. En noviembre de 1867 salió rumbo a Europa, en su primera escala en La Habana, le tocó presenciar la muerte de su asistente y compañero, el comandante Patricio Rodríguez quien falleció a causa de la fiebre amarilla. A principios de 1868 llegó a París donde enfrentó varias adversidades, siendo asistido por manos

---

<sup>84</sup> Ángel Pola, “Entre los réprobos”, en Manuel Ramírez de Arellano, *Op. Cit.*, p. VIII.

<sup>85</sup> Agustín Rivera, *Anales mexicanos: La reforma y el segundo imperio*, México, UNAM, 1994, pp. 310-311.

<sup>86</sup> La supuesta audacia de Ramírez de Arellano, de haberse podido evadir de Querétaro por sus propios medios, fue puesta en entredicho por Ángel Pola quien en el prólogo a la obra *Últimas horas del imperio* de Ramírez de Arellano en la edición de 1903, señaló que Arellano gozó de la protección del general republicano José Montesinos quien lo escondió, y Mariano Escobedo quien le otorgó una carta para Porfirio Díaz en donde le pedía lo dejara entrar en la capital. *Cfr.* Ángel Pola, *Op. Cit.*, p. XII.

caritativas.<sup>87</sup> Dos años más tarde publicó en ese país sus memorias sobre el sitio de Querétaro, bajo el título *Últimas horas del imperio*. De París, pasó a Roma, donde continuaron sus penalidades económicas y físicas, sin embargo tuvo el entusiasmo necesario para continuar su labor como historiador. Escribió un par de obras más, *La ciencia de la guerra* e *Historia del imperio de Maximiliano*.<sup>88</sup> En la misma Roma, cayó gravemente enfermo, se trasladó a San Marino, y posteriormente al pueblo de Rimini, donde fue socorrido con devoción cristiana por un grupo de monjas. Murió en diciembre de 1877.

*Últimas horas del imperio* es interesante por varios motivos: siendo un militar que vivió de cerca el sitio queretano, se esperaría que Ramírez de Arellano narrara los acontecimientos militares más destacados con el mismo orden expositivo con el que lo hicieron Hans, O. Arce, Rocha y Salm Salm. Ramírez de Arellano rompió con esta estrategia, aunque repara en discutir algunas batallas, no se concentró en demasía en discurrir sobre detalles técnicos en el fracaso o éxito de tal o cual operación.

La referencia que hace sobre sí mismo se aleja de tintes heroicos ocurridos en el campo de batalla, en su obra se describe como una persona ingeniosa, audaz, y laboriosa para ello recordó varias veces al lector, las dificultades a las que se enfrentó en su encargo como jefe de artillería. Ramírez de Arellano al igual que O. Arce, se refirió a él en tercera persona, otorgando a otros personajes el peso principal en la narración. En el caso de *Últimas horas del imperio*, quien llevaba dicho peso fue Leonardo Márquez. En la obra se analizan con detenimiento las decisiones que tomó este personaje, todas supuestamente encaminadas al desastre del Imperio y a la muerte del Soberano.

El general de artillería escribió en las primeras páginas de sus memorias, que el propósito principal de *Últimas horas*, era demostrar la traición de Márquez. Para aseverar dicha acusación, Ramírez de Arellano apela a cuestiones científicas, auxiliado de “pruebas auténticas y solemnes”, cartas personales, documentos oficiales y el testimonio de otros individuos, lo que reviste al texto de un valor extraordinario. Incluso es el único autor que se apoyó en un aparato crítico al pie de página.

---

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. XIV.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. XV.

Ramírez de Arellano sostenía que el motivo principal por el cual Márquez actuó en contra de Maximiliano fue por venganza. El acto que originó tales deseos, fue el destierro que Maximiliano hizo de la “hiena” al asignarle una misión diplomática en Oriente, alejándolo del país. Gran error, ya que significaba:

Herir a la “hiena” de una manera tan imprudente como cruel y peligrosa; era privar al Imperio y la Intervención del soldado más adicto, [...] era aniquilar a un hombre a quien los compromisos, las antiguas opiniones y los servicios prestados designaban naturalmente como la primera espada del régimen imperial.<sup>89</sup>

Pero en la parte final del Imperio, Márquez volvió al país, y fue nombrado por el Emperador su consejero privado para todos los asuntos relacionados con la guerra. Estaba, según Ramírez de Arellano, en una posición privilegiada donde aquel hombre “podía saciar su sed de venganza”.

Antes de que Ramírez de Arellano, entrara de lleno a narrar “el plan maquiavélico de venganza” que Márquez ejecutó contra Maximiliano describe al lector “la fisonomía repugnante” del general aludido, relacionando los rasgos desagradables del físico con la maldad, la crueldad y la violencia, asunto, que es reproducido una y otra vez por los autores citados. Lo relevante de Ramírez de Arellano, es que trató de sostener este argumento con el auxilio de la ciencia, pues alude que la conducta criminal de Márquez tiene fundamento frenológico.<sup>90</sup> “Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y gran desarrollo en los lugares donde se localiza el odio y la audacia”.<sup>91</sup> Lo consideró severo, desleal, adulator con sus superiores y cobarde.

Para este autor, los rasgos malignos de la fisonomía de Márquez, coincidían con sus actos. El autor recuerda los asesinatos atribuidos a Márquez en Tacubaya durante la guerra de Reforma, exonerando del suceso a Miramón, quien fungía como jefe de Estado en ese momento. También recuerda los crueles fusilamientos que Márquez cometió en contra de Melchor Ocampo y Leandro Valle, y pidió que no se olvidaran otros tantos de menor importancia política o militar, o los que él mismo cometió

---

<sup>89</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Op. Cit.*, p. 17.

<sup>90</sup> La frenología fue una disciplina médica muy en boga durante el siglo XIX, la cual tenía por objeto llegar a conocer la personalidad de alguien partiendo de la forma, protuberancias y huecos del cráneo. El padre de esta práctica fue Franz Joseph Gall (1758-1828).

<sup>91</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Op. Cit.*, p. 20.



cuando era subalterno. Una vez hecho este recordatorio, Ramírez de Arellano se dispuso a narrar punto por punto el plan de venganza que aparentemente Márquez ejerció contra Maximiliano y el Imperio.

Ramírez de Arellano suma al colofón de traición, deslealtad e ingratitud, de Márquez la del coronel López, a quien señaló como el personaje que coronó la venganza del lugarteniente del Imperio. Sin embargo, continuó presentando al lector más pruebas con las que se obstina en culpar a Leonardo Márquez de lo sucedido, como la resolución tomada en el consejo de guerra celebrado a la víspera del 15 de mayo, donde todos los generales participantes, incluido el propio Maximiliano, señalaron que la catastrófica posición en que se encontraban se debía a la negligencia del lugarteniente del Imperio. Más tarde, cuando el Emperador fue pasado por las armas, Ramírez de Arellano reprodujo en sus memorias una nota del ministro barón de Lago, en la que le informaba a su gobierno, que el Emperador Maximiliano le había señalado a “Márquez como el mayor traidor”, que no había recibido la orden de avanzar sobre Puebla, y que desobedeció al no llevar a Querétaro los recursos que le fueron solicitados.<sup>92</sup>

Después de que Ramírez de Arellano logró salir de Querétaro y dirigirse a México para entrevistarse con Márquez, los señalamientos contra este general continuaron. En *Últimas horas*, se narra la violencia con la que el lugarteniente se hizo de recursos pecuniarios en la capital, y la destitución que hizo de los ministros imperiales Santiago Vidaurri y Portilla. Líneas más adelante, señala que Márquez fue capaz de hacer algo todavía peor: impedir la salida de México a los abogados que Maximiliano había solicitado para su defensa, Rafael Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio, tampoco dejó salir a los ministros extranjeros. Para sostener su afirmación, se apoya en famoso *memorandum* sobre el proceso de Maximiliano, elaborado por los abogados de archiduque, donde se confirma esta afirmación.

Para el autor el poder autocrático que ejerció Márquez en México, llegó a tal extremo que se dedicó a prodigar grados militares y a otorgar condecoraciones al por mayor. Si faltase alguna otra cosa, Ramírez de Arellano comentó que en su entrevista con Márquez, éste le pidió mentir a sus tropas, diciéndoles que el Emperador estaba bien, y que se encontraba en marcha rumbo a México. Ramírez de Arellano declaró

---

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 163.

no poder acceder a tal petición alegando principios morales, sin embargo, amagado por Márquez, tuvo que hacer esta declaración en una junta de ministros.

El funesto día de la causa imperial llegó el 19 de junio. Márquez envió una carta a Porfirio Díaz en la que le anunciaba su renuncia como lugarteniente. Una semana antes, según Ramírez de Arellano, se dedicó a robar a las personas acaudaladas de la ciudad.

Al final de su narración, Ramírez de Arellano insinuó que la única explicación que encontraba a la perfecta ejecución del plan de Márquez se debe a que actuó en contubernio con las autoridades republicanas. Vuelve a repetir las decisiones que tomó Márquez en Querétaro, encaminadas a la muerte del Emperador, su posterior comportamiento en México, y el hecho de que ni Juárez ni Díaz hubieran actuado contra él.

### **3.3.- Vicios, defectos y carencias que motivaron la denuncia**

Aristóteles decía sobre la acusación en la *Retórica*: “lo primero es ver a partir de qué cosas podría uno desvirtuar la enojosa sospecha; porque nada importa que se haga hablando o no, con tal de que ello se logre en absoluto”.<sup>93</sup> En este caso los denunciantes, la mayoría de ellos europeos, ponderan la ignorancia, carencia de organización e incluso la fealdad del mexicano como un factor que incidía para que éste cometiera actos nocivos que a la postre fueron desastrosos en la conclusión del Imperio.

Otro medio para denunciar es “ensalzar un poco prolijamente y luego censurar mucho y concisamente, o bien, presentando por delante muchas cosas buenas, lo único que atañe al asunto es censurarlo”.<sup>94</sup> Nuevamente quien ensalza o engrandece sus acciones para luego censurar la de los demás, fueron los europeos. Bajo su perspectiva se encontraban mejor preparados para la guerra, tenían un mayor sentido de lealtad y del honor. La propia Intervención Francesa fue una acción “bella”,<sup>95</sup> “civilizatoria”, la alabaron y defendieron. Detrás de ella existía un sentido legítimo: se insistía en las ventajas que supondría la tutela y protección de Francia, ante el posible avance de los Estados Unidos, la permanencia y defensa de la latinidad.

---

<sup>93</sup> Aristóteles, *Op. Cit.*, pp. 224-225.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 226.

<sup>95</sup> Recuérdese en este sentido las palabras de Hans. *Cfr., Supra*, pp. 42-43.

La denuncia supone que se ha cometido algún tipo de injusticia, que equivale a un desorden donde predomina el odio, el egoísmo, la crueldad y el despojo.<sup>96</sup> Para Aristóteles la injusticia es dañar a otros voluntariamente y hacer el mal en contra de la ley. El vicio mueve a las personas que cometen una injusticia. Para Cicerón la injusticia es de dos tipos, quien comete injuria, pero también es injusto aquel que puede evitarla y no lo hace.<sup>97</sup>

En nuestro caso existe una circunstancia o condición de inferioridad que determinó las denuncias de los autores europeos: el hecho de ser mexicanos. Para la mayoría de los europeos, los mexicanos eran incultos, incapaces y negligentes. Dicha incapacidad los condujo a actuar en detrimento del Imperio e incluso contra la República.

Pero saber el motivo por el cual se comete una injusticia es un primer paso; hay otras dos premisas que se deben considerar al respecto: qué disposición de ánimo suponen los que la cometen; contra quienes se comete y qué disposición de ánimo hay en los que la padecen.<sup>98</sup>

En este caso, la disposición de ánimo de los que cometieron una injusticia, era buscar una posición de poder, por ira o por concupiscencia. El engrandecimiento personal, la búsqueda de gloria en el campo de batalla y el resguardo de su integridad física, política y material ante un futuro que bajo un cambio de régimen podría alterarse. La injusticia fue cometida en la mayoría de los casos, hacia el Emperador y sus súbditos europeos. Maximiliano nunca pudo darse cuenta de la afectación a su persona dado lo que Manuel Villalpando considera "su bondad innata, por su caballerosidad, y por su sensibilidad humana".<sup>99</sup> Tal vez sus cambios continuos de opinión, la impotencia de no poder resolver la cuestión militar e incluso su debilidad física le impidieron darse cuenta de que algunos personajes actuaban claramente en su contra. Para la consecución de estos fines, los infractores cometieron actos malvados debidos a sus vicios, pero también a sus carencias intelectuales y falta de destreza, los cuales coinciden en la narración de los diferentes autores. A continuación haremos mención de ellas.

---

<sup>96</sup> Joaquín E. Meabe, "Sócrates, Trasímaco y el argumento de la banda de ladrones", en *A parte Rei*, Núm. 63, Mayo 2009, Buenos Aires.

<sup>97</sup> Cicerón, *Los oficios*, Madrid, 1980, pp. 34-35.

<sup>98</sup> Aristóteles. *Op. Cit.*, p. 114.

<sup>99</sup> José Manuel Villalpando, *Maximiliano*, México, Editorial Clío, 1999, p. 228.

### *Negligencia*

Es un vicio caracterizado por la falta de cuidado o falta de aplicación. Khevenhüller, Ramírez de Arellano e Inés de Salm Salm se la atribuyen a Leonardo Márquez y el doctor Vicente Licea respectivamente.

Khevenhüller señalaba en su narrativa, que la marcha que Márquez mandó sobre Puebla pudo haber tenido un mejor resultado de haber marchado con mayor rapidez a la zona de acción. La terrible lentitud o rodeo, ordenado por Márquez no sólo provocó que Porfirio Díaz tomara Puebla, sino que atacara la columna imperial. Khevenhüller consideraba que Márquez había hecho averiguaciones deficientes respecto a la posición que ocupaba el enemigo. No obstante el descalabro de Puebla, al regresar a la ciudad de México, Khevenhüller se encontró con regimiento de jinetes republicanos a los que enfrentó con éxito. La victoria fue total, sin embargo Márquez cometió otro acto negligente, ya que no ordenó la persecución del enemigo que huyó en desbandada hasta Tulancingo. Khevenhüller tenía la seguridad de que bajo el ánimo de la victoria sus dos mil soldados de caballería, frescos y con deseos de combatir se hubiera tomado Puebla. Pero al parecer la negligencia de Leonardo Márquez no sólo se hizo patente en la ciudad de México.

Durante su estancia en Querétaro también mostró la misma actitud. Manuel Ramírez de Arellano denunció varias conductas negligentes, como impedir el aprovisionamiento de artillería y una fortificación adecuada de la plaza, lo que la ponía en una situación bastante endeble;<sup>100</sup> no prever el abastecimiento de víveres para los soldados;<sup>101</sup> colocar a Maximiliano en un punto de defensa muy peligroso, como la Cruz;<sup>102</sup> y quizá lo más grave no mandar auxilio a Querétaro una vez que salió de ésta.<sup>103</sup>

---

<sup>100</sup> Ramírez de Arellano, denunció que Márquez no había traído de México ni municiones, ni capsulas de guerra, ni estopillas fulminantes suficientes para entrar en campaña. Aseguraba que en México se encontraba una gran cantidad de arsenal, y a pesar de tener la promesa del lugarteniente de que las mandaría traer, nunca llegaron.

<sup>101</sup> El autor fue muy pertinaz en repetir que la posición militar que ostentaba Márquez, le obligaba a tomar las medidas necesarias para defender con éxito la plaza. Además de subestimar al enemigo, sembrar la discordia entre los principales jefes, un nulo abastecimiento de municiones y una fortificación deficiente, Márquez se olvidó de almacenar provisiones de boca. A pesar de que las haciendas circundantes a Querétaro, como la de San Juanico, resguardaban gran cantidad de grano, no se aprovecharon, dejándola en manos de los republicanos.

<sup>102</sup> Ramírez de Arellano consideraba que la ubicación del cuartel general ubicado en el cerro de las Campanas ofrecía un punto de defensa mucho más ventajoso al encontrarse más lejos

Otro caso de negligencia fue denunciado por la princesa Inés de Salm Salm. Días antes que se trasladara a Oaxaca donde recluyeron a su marido, recibió una visita inusitada: un hombre chaparro, trigueño y de un aspecto repugnante, quien llevaba un paquete debajo del brazo.<sup>104</sup> Era el doctor Licea, el mismo que había denunciado a Miramón, y había embalsamado al Emperador en cuya ocasión se había conducido con mucha brutalidad.<sup>105</sup> De la anterior cita se desprenden dos aspectos dignos de análisis. El primero es la denuncia sobre un mal proceso de embalsamamiento; el segundo punto es la relación que establece Inés de Salm Salm entre la fealdad y la maldad; una marca distintiva, según los cánones de la época en los que cometían algún tipo de injusticia.

Pero la negligencia no fue el único agravio del doctor Licea. La visita a la princesa tenía otro propósito: traficar con las reliquias del finado Emperador, Licea cometía otra falta quizá más grave, la codicia. El paquete que llevaba bajo el brazo, contenía la ropa del Emperador y “otras reliquias”. Licea se las ofreció por cierta cantidad de dinero. La princesa no sintió el deseo de comprar tales objetos, pero le pidió al doctor le elaborara una lista con las cosas que podía vender, entre ellos, quizá

---

de las posiciones que ocupaban los republicanos. En su opinión, Márquez convenció al Emperador de cambiar su cuartel general al convento de la Cruz, ubicado “en la dirección en que el enemigo aglomeraba ya grandes masas”. Para la fecha en que este cambio se efectuó, el 13 de marzo, el punto se encontraba poco fortificado y apenas presentaba algunos trabajos de defensa. El propio Márquez se opuso terminantemente a colocar una defensa en el panteón que se encontraba detrás del convento, dando la oportunidad al enemigo de entrar al convento y a la plaza por ese punto. Los republicanos en efecto tomaron dicho panteón, sin embargo lograron ser rechazados por Miramón. El mismo Miramón rindió un informe muy detallado al Emperador, sobre las deficientes órdenes que había mandado Márquez. Ramírez de Arellano señaló que Márquez impidió que ese informe saliera a la luz en Querétaro, pero Miramón lo mandó a México, donde se publicó en el número treinta y siete del diario *La Unión* del 30 de marzo de 1867, esta es otra prueba a la que alude el autor sobre la supuesto plan de Márquez por buscar la ruina del Imperio.

<sup>103</sup> A pesar de todas las arbitrariedades ya mencionadas, Ramírez de Arellano comentó, que el Emperador decidió premiar a Márquez mandándolo a México. Esta fue, según el autor, una nueva oportunidad para que el recién nombrado lugarteniente del Imperio, consumara su anhelada venganza.

El texto de Ramírez de Arellano guarda muchas coincidencias con el de Khevenhüller respecto a la estancia de Márquez en México y posterior campaña sobre Puebla. En suma, Márquez hizo lo posible por encaminar a sus tropas a un desastre total. Pero el texto Ramírez de Arellano revela algunos datos que la narración de Khevenhüller omite: Revela que cuando Márquez llegó de Puebla a la capital totalmente derrotada, Vidaurri le instó en llevar los últimos hombres y recursos disponibles rumbo a Querétaro, a lo que el lugarteniente se negó rotundamente. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *Op. Cit.*, p. 122.

<sup>104</sup> Inés de Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 166.

<sup>105</sup> *Ibid.*

el más interesante, se encontraba el molde de yeso que había tomado del rostro del archiduque.

Cuando la princesa volvió a México, se presentó ante Benito Juárez para mostrarle la lista de objetos que Licea pretendía comerciar. Obviamente el presidente se indignó con este intento de venta, y le sugirió a la princesa entablar una demanda, lo que ella hizo.<sup>106</sup>

A raíz de esta demanda, el doctor Licea fue arrestado y llevado a México. Fue sentenciado a dos años de prisión y fue acreedor a una multa. Inés de Salm escribió: “Abrigo la esperanza de que ni uno ni otro castigo se le habrá perdonado, por haberlos merecido más que sobradamente por su conducta vil”.<sup>107</sup>

### *Impericia*

Es una carencia de sabiduría, de práctica y habilidad en una ciencia o arte. Recordemos la profesión de la mayoría de los autores: la milicia. Muchas de las denuncias se basan en la impericia militar. Tal fue el caso de Leonardo Márquez, denunciado por Ramírez de Arellano, no obstante Félix Salm Salm imputó también esta carencia a Miguel Miramón.

Khevenhüller y Ramírez de Arellano coincidieron en señalar una acción a todas luces contrarias al arte de guerra: la destrucción de parque, misma que Márquez llevó a cabo en su camino de Puebla hacia México.<sup>108</sup> Estando en la capital, Márquez comete, según Khevenhüller otra acción en contra de toda lógica: salir constantemente a enfrentar a los soldados sitiadores de México. Estas acciones provocaron según Khevenhüller muchas muertes. Una de ellas ocurrió el 25 de mayo, día en que su compañero Hammerstein recibió un tiro en la cabeza, y que produjo su

---

<sup>106</sup> *Ibid.*

<sup>107</sup> *Ibid.*, pp. 167-168.

<sup>108</sup> En el pueblo de Otumba las tropas imperiales tuvieron que transitar por un puente en ruinas. Para apresurar el paso, Márquez ordenó tirar al precipicio cajas de pólvora, proyectiles cargados y tres cañones. El estruendo producido causó estragos en la tropa, pues algunos soldados resultaron heridos y sus caballos huyeron a los montes. En opinión de Khevenhüller este hecho constituyó un gran error, pues si en ese momento los hubiera sorprendido el enemigo, nadie de los imperiales hubiera contado con parque suficiente para defenderse. Sostiene que a partir de ese momento los soldados mexicanos empezaron a flaquear. Después de este acontecimiento, Márquez se había adelantado a la capital, dejando como general de brigada al general Andrade. Khevenhüller lo colocó en la misma posición en que tiene a Márquez: “un tipo pequeño y gordo de apariencia ridícula [...] No lo habíamos visto en el calor de la batalla. Era otro tipo miserable”. *Cfr.* Carl Khevenhüller, *Op. Cit.*, p. 195.

muerte un día después. La persistencia en las salidas y la complejidad de las mismas, sembraron la sospecha en Khevenhüller: “parece como si Márquez quisiera acabar con nosotros por completo”.<sup>109</sup> Para el día 28 se intenta otra salida peligrosa. “Márquez la dirigió de manera tan torpe que sufrimos grandes bajas”.<sup>110</sup> En ésta el príncipe austriaco perdió a su capitán de caballería Schälde. La situación en la capital era ya tan desesperada como en Querétaro. Los soldados se vieron en la necesidad de comer carne de caballo, la población indígena sufría hambre, y Khevenhüller no pudo más que sentir compasión por ellos. Contrariamente iba creciendo su desprecio hacia “estos miserables mestizos”.<sup>111</sup>

La impericia de Márquez también dejó huella en Querétaro, fue otra vez Ramírez de Arellano quien la denunció. La primera fue pintarle al Emperador un enemigo dócil, indisciplinado y falto de estrategia.<sup>112</sup> También recuerda la negativa de Márquez de enfrentar *en detall* a los ejércitos republicanos, lo que hubiera evitado encontrarse en un permanente estado de sitio. Recuérdese la máxima militar: “ciudad sitiada, ciudad tomada”. Pero hay otra acción que además de mostrar su impericia, era sumamente peligrosa. Salir de la plaza en una situación poco conveniente.<sup>113</sup> Sin embargo Maximiliano titubeó ante la propuesta de su jefe del Estado Mayor. Pues en palabras de Ramírez de Arellano “tuvo el suficiente sentido común para darse cuenta que en dicha salida perecería sin honor”.<sup>114</sup> Esta negativa instó a Márquez “combinar nuevas infamias para lograr su objetivo”.<sup>115</sup>

Como ya lo habíamos adelantado, Márquez no es el único que se condena por su impericia, Salm Salm imputa ese mismo cargo a Miramón. Salm escribió con mucho orgullo acerca del triunfo obtenido por él y por sus cazadores europeos en la

---

<sup>109</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>111</sup> *Ibid.*

<sup>112</sup> No supo darles crédito que merecían. En opinión de Ramírez de Arellano, ocultó sus talentos, y le hizo creer a Maximiliano que se enfrentaban a una chusma insignificante, que no estaba “organizado ni en brigadas ni en divisiones” y que “ni siquiera reconocían en Juárez un centro común”. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *Op. Cit.* pp. 31-32.

<sup>113</sup> Ramírez de Arellano escribió que para el 10 de marzo, cuando la plaza se encontraba ya sitiada, por un ejército provisto de todos los auxilios, que aventajaba 3 a 1 a los sitiados, que contaba con numerosa caballería e infantería, Márquez persuadió al Emperador de romper el sitio y regresar a México, lo que para Ramírez de Arellano hubiera significado sin duda una derrota completa. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *Op. Cit.*, pp. 47-52.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 52.



batalla del 14 de marzo, día que logró defender con éxito el convento la Cruz. Esta victoria según su versión, fue lograda por su propio ingenio y valor,<sup>116</sup> más no se repitió hazaña semejante, máxime cuando la acción estaba a cargo de Miramón.

En la batalla del 1 de abril, Miramón y Salm habían proyectado un ataque nocturno sobre el barrio de San Sebastián, al norte de la ciudad. La misión de Salm consistía en tomar dos baterías y la capilla del mismo nombre. Él iba a la vanguardia, recibió promesas de Miramón de sostenerlo en la retaguardia con una brigada, sin embargo el general Miramón no pudo lograr su cometido, ya que se retrasó combatiendo a un grupo de liberales en las inmediaciones. En esta acción Salm estuvo a punto de perder la vida, si no es por uno de sus ayudantes de campo, quien interpuso su brazo al pecho de su amo. Pero al final logró tomar las dos baterías, no así la capilla de San Sebastián. El autor mencionó que este hecho se logró con muchas dificultades y que costó varios muertos y heridos. Consideró que si Miramón lo hubiera seguido como prometió, se hubiera tomado el barrio de San Sebastián ya que “los mexicanos no pueden resistir un ataque vigoroso, por esa razón Miramón no intentó nada, como sólo mandaba a mexicanos, y no a los cazadores, cuya pericia y gritería salvaje ningún enemigo en México podía resistir”.<sup>117</sup>

Para el 11 de abril Miramón le asignó a Salm otra misión igual de peligrosa: desalojar al enemigo de la garita de México. “El joven general” le dio instrucciones precisas apoyándose en un mapa. Salm comentó: “una mirada al mapa mostrará a cualesquiera, (*sic.*) aun a una persona que no entienda mucho de operaciones militares, que estas disposiciones eran sumamente defectuosas”.<sup>118</sup> Se tomó la libertad de recomendar a Miramón, quien lo ignoró y ordenó esperar hasta recibir la orden de avanzar. La espera, bastante larga, eliminó el factor sorpresa y el enemigo ya se encontraba preparado para recibir a los cazadores. El ataque fue un desastre más. Salm estuvo otra vez a punto de morir, nuevas manos salvadoras impidieron que éste fuera tocado por las balas. Desilusionado, Salm regresó al cuartel general de la Cruz donde se entrevistó con Maximiliano. El Soberano le pidió que se expresara sin restricciones sobre Miramón. El príncipe prusiano le explicó “los defectos de las

---

<sup>116</sup> Félix de Salm Salm, *Op. Cit.*, pp. 59-71.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 116.

instrucciones dadas por él [...] y la manera que me había dejado a la buena ventura, en el ataque del día primero de abril”.<sup>119</sup>

La historiografía sobre el sitio de Querétaro le otorga a Miguel Miramón el triunfo de las tropas imperiales en el cerro del Cimatario.<sup>120</sup> Quizá este fue el triunfo más importante de las tropas de Maximiliano durante todo el sitio. Tuvo tanta relevancia que pudo haber sido la llave de escape de las tropas apresadas en la ciudad, sin embargo la sorpresa de la victoria, la desorganización y la falta de un plan efectivo de escape, le brindaron la oportunidad a Escobedo de reorganizarse y volver a tomar la posición. Salm no sólo no le atribuyó a Miramón la victoria en el Cimatario, sino también lo responsabilizó de no haber organizado a los imperiales y así evacuar Querétaro. “Pareciera como si Miramón le importase más infligir un castigo severo al enemigo, que cumplir nuestro designio principal”.<sup>121</sup> Pero la impericia de Miramón no terminó con este hecho. Después del triunfo en el Cimatario, se consideró atacar inmediatamente el cerro de San Gregorio. Salm fue claro al afirmar, que este ataque, a toda luz ventajoso, no fue ordenado por Miramón, otra contradicción con la historiografía del periodo, sino que fue planeado por el Emperador. De cualquier forma el segundo ataque tampoco se presentó con la celeridad necesaria.

Sea porque Miramón había olvidado adquirir informes tocante a los movimientos del enemigo, o sea por la embriaguez que el triunfo produjo en él [...] los refuerzos enviados por Escobedo estaban ya cerca de esa cima. Por descuido había perdido Miramón la gran ventaja de su posición, y otra prueba más de su negligencia fue la de haber permitido que los cazadores fuesen al ataque con sólo dos o tres cartuchos en las cartucheras.<sup>122</sup>

---

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>120</sup> José Fuentes Mares, *Miramón, el hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1974; Carlos González Montesinos, *Por Querétaro hacia la eternidad. El general Miramón en el Segundo Imperio*, México, Comunicación Gráfica, 2000; Luis Islas García, *Miramón. El caballero del infortunio*, México, Editorial Jus, 1957; Carlos Sánchez Navarro y Peón, *Miramón, el caudillo conservador*, México, Editorial Jus, 1949.

<sup>121</sup> Salm confesó que cuando concluyó el sitio, escuchó decir de varios oficiales liberales que algunos generales habían propuesto levantar el sitio, y admitieron que lo hubieran tenido que hacer, “Si Miramón hubiera al instante apoyado a Castillo, y la garita de México hubiera sido tomada”. *Cfr.* Felix de Salm Salm, *Op. Cit.*, p.143.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 146.

Pero la impericia y negligencias cometidas por Miramón, no sólo se tradujeron en la derrota de sus tropas. Éstas le resultaban a Salm sospechosas, pues lógicamente ponían en peligro la integridad física del Emperador. ¿Habría pues un interés de Miramón para que Maximiliano fuera borrado de la escena? ¿Quizá volver a tener una posición de poder? Ya Tomás Mejía le había advertido al Soberano que no estuviera presente en los momentos de mayor peligro: “Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos pelearemos entre nosotros por la presidencia”.<sup>123</sup>

Luego entonces tanto Miramón como Márquez buscaban una posición de poder que perdurará incluso después de la caída del Imperio. Para los autores europeos, estos dos individuos están marcados por otro vicio: la avaricia.

### *Avaricia*

La avaricia es un vicio del alma, por medio de la cual los hombres buscan obtener una ganancia de todas partes. Para Cicerón, “apetecen los hombres las riquezas, no solamente para socorrerse las necesidades de la vida, sino también para gozar los deleites; incita a abandonar la justicia por el deseo de honores y gloria”.<sup>124</sup> Ante la situación precaria y próxima a tener un desenlace adverso, los hombres fuertes del Imperio buscaron asegurar su posición en el futuro. Para Khevenhüller y Salm Salm, Márquez y Miramón buscaron esa seguridad, escudados en su avaricia, y para lograrlo, no sólo atentaron contra el Emperador, sino contra ellos mismos. La denuncia que hace Salm Salm sobre Miramón es muy ilustrativa en este sentido.

Ante el no retorno de Márquez a Querétaro, en los primeros días de abril se planteó por primera vez la posibilidad de evacuar la ciudad. Si bien resultaba bastante complejo que saliera todo el ejército de la ciudad, se pensó que el Emperador acompañado únicamente por la caballería, podría romper las líneas y dirigirse a la Sierra Gorda. En aquel lugar Tomás Mejía era extremadamente popular. Salm pensaba que estando en un territorio tan escarpado, de difícil acceso y ocupado por gente adicta a Mejía, Maximiliano podía haber permanecido sin dificultades en ese lugar por meses y así fraguar con toda calma un plan para llegar sin peligros a la costa. Todos los generales parecían estar de acuerdo con lo propuesto... excepto Miramón. Pero tampoco estuvo tan de acuerdo el propio Maximiliano, quien expresó

---

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>124</sup> Cicerón, *Los oficios*, Madrid, Colección Austral, 1980, p. 35.

que este plan iba en contra de su honor, pues no escaparía de la ciudad si no era con todo su ejército, y que tampoco abandonaría a los heridos, dejándolos a su suerte ante un posible final violento. Esta negativa pesó en el ánimo de algunos generales, como Ramón Méndez quien se dio cuenta que cada día la situación iba siendo más apremiante. Este general compartía con Salm la misma desconfianza para con Miramón.<sup>125</sup>

Salm señaló constantemente las desavenencias existentes entre Méndez y Miramón, las cuales contribuyeron a esparcir un ambiente sumamente tenso en los consejos de guerra, y en el resultado de las operaciones. Cada uno instaba al Emperador a mandar arrestar al otro. Méndez incluso llegó a esparcir el rumor de que Miramón planeaba arrestar a Maximiliano.<sup>126</sup>

Pero la sospecha estaba sembrada, Salm coincidía con Méndez respecto a un “interés maligno” en Miramón que iría encamando a buscar la ruina de Maximiliano, el Imperio y del propio Salm. Sobre este último punto el autor prusiano declaró abiertamente que Miramón pretendía librarse de él. Bastó una sonrisa perspicaz de Méndez, para preguntarle por qué siempre eran él y sus cazadores europeos los que iban a la vanguardia en las acciones más peligrosas: “No podía menos que extrañar esto igualmente, abrigando una sospecha de que Miramón tal vez se alegraría de deshacerse de mí, conociendo mi adhesión al Emperador”.<sup>127</sup> La disciplina fue una característica del príncipe prusiano, supo contener las protestas de sus cazadores, quienes indicaban ser siempre “carnaza para los cañones”, al final siempre cumplió las órdenes de Miramón, aunque éstas, desde su perspectiva carecieran de sentido común.

Otra medida que Salm consideró atentatoria contra su vida, ocurrió el 15 de abril. Maximiliano tomó la decisión de enviar a Salm en busca de Márquez. Al consultarlo con Miramón, le propuso mejor enviar a su amigo personal, el general Pantaleón Moret. Para evitar una confrontación, se resolvió mandar a los dos. Siendo Moret

---

<sup>125</sup> Salm narra un encuentro en que Méndez lo previene sobre el futuro de Maximiliano: “dígame Vd. de mi parte que haga por salirse lo más pronto posible de su ratonera, y que se precava de Miramón”. Le recuerda que él como Mejía son indios, personas fieles y adictas al emperador, vuelve a insistir en la idea de conducirlo hasta la Sierra Gorda, donde podría hacer lo que quisiera, de lo contrario le advierte: “a todos nos fusilarán”. *Cfr.* Félix de Salm Salm, *Op. Cit.*, p.114.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 115.

amigo íntimo de Miramón, Salm sospechó de él, pues creía que “probablemente recibió de Miramón instrucciones secretas”. ¿Cuáles serían éstas? ¿Eliminar a Salm?<sup>128</sup>

La salida proyectada para la noche del 17 de abril no tuvo el éxito que se deseaba, pues por el camino del cerro de las Campanas recibieron descargas de infantería, cuando ese lado sólo estaba resguardado por caballería. Salm sospechó por primera vez de López, a quien le achacó dar aviso a los republicanos, pues el Emperador “le confiaba cosas que no debía haber comunicado sino a las personas a quienes concernían”.<sup>129</sup> En ese momento Salm lamentó no haber estado en la vanguardia de la operación, pues seguramente habría podido burlar a la infantería enemiga, cosa que Moret no pudo lograr. No tuvieron más opción que retirarse. Salm manifestó sentirse en extremo frustrado y mortificado con la retirada. La cual se debía a “la falta de resolución del general Moret, y aún más a la ligereza del general Miramón por haberme hecho cargar con ese hombre”.<sup>130</sup> Salm encontró en esta decisión el deseo de Miramón por evitar la salida de Querétaro.<sup>131</sup>

A Leonardo Márquez, el sujeto más denunciado en la historiografía testimonial también se le imputa este vicio. Khevenhüller sospechaba que el lugarteniente interceptó todas las misivas, que el Emperador cautivo le mandó con órdenes de capitular. Cuando al fin obtuvo una nota en ese sentido, el príncipe austriaco se reunió con los demás oficiales europeos sobrevivientes Kodolitsch, Kurzbauer y Bertrand y les informó que estando preso Maximiliano y prescrita la neutralidad de su parte, ya no debían más obediencia a los generales mexicanos. Khevenhüller buscó a Márquez para hacerle saber la resolución: “Usted nos ha ocultado la captura del Emperador. Ahora estamos enterados, sin embargo, y al mismo tiempo declaramos que el Emperador nos ha ordenado dejar a partir de ahora la espada en la vaina. Usted ya no es nuestro comandante”.<sup>132</sup> Por la respuesta que dio Márquez “Estoy perdido”, Khevenhüller comprendió que al general imperialista sólo le importaba salvarse a sí

---

<sup>128</sup> Sin embargo líneas más adelante de su relato, no tiene reparo en confesar que él sí llevaba instrucciones secretas del Emperador, las que incluían arrestar a Moret si era necesario.

<sup>129</sup> Félix Salm Salm, *Op. Cit.*, p. 130.

<sup>130</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>131</sup> *Ibid.*

<sup>132</sup> Carl Khevenhüller, *Op. Cit.*, p. 213.

mismo: “Así que sólo su propia y miserable vida le interesaba. ¡Por ella había sacrificado al país y el honor del Emperador!”<sup>133</sup>

Pero además sumó otro vicio, la codicia. En la noche del 19 de junio, mismo día de la triple ejecución en el cerro de las Campanas, Khevenhüller denunció que Márquez sacaba del palacio unos pequeños barriles que parecían muy pesados. “No dudé ni por un momento que ese canalla había guardado sus tesoros con nosotros, por ser el lugar más seguro, para al final llevárselos y esconderlos”.<sup>134</sup> Dinero, que en su opinión pudo utilizarse para pagar a los sueldos atrasados de los soldados.

### 3.4.- La vindicación

Aarón Grageda propone que el discurso vindicatorio comprende de dos ejes configurativos. Por un lado el eje “longitudinal” que recorre toda la narración y que correspondería a las operaciones de producción retórica: *inventio*, *dispositio* y *elocutio*; mientras el segundo el eje, “transversal” está compuesto de una serie de imágenes recurrentes, lugares comunes y previsible que pueblan la generalidad del relato. En este contexto, la narración vindicativa se encuentra compuesta por una serie de “fases secuenciales” o momentos de composición que tienen como finalidad que el acusado articule sus alegatos de tal manera, que logre convencer al lector de su inocencia. Los elementos que componen la estructura “longitudinal” de la narración vindicativa son: *excurso*, *argumentación* y *clausura*.<sup>135</sup> Analicemos cada una de estas partes:

#### *Excurso*

Apertura el discurso vindicativo, en este, el autor puede llevar a cabo varias estrategias en las que se advierte al lector que su honor o su integridad han sido mancillados, y que a través de su relato irá desmintiendo las acusaciones. Este momento inaugural del discurso “podía ser un lugar privilegiado para atrapar al lector en el interés de la historia que habría de narrarse”.<sup>136</sup> Para tal efecto, el autor se describe como una víctima, tratando de obtener la identificación o solidaridad del

---

<sup>133</sup> *Ibid.*

<sup>134</sup> *Ibid.*, p. 215.

<sup>135</sup> Aarón Grageda, *Vindicación. Nuevos enfoques sobre la condición retórica, literaria y existencial de las fuentes históricas*, México, UAM-A/INAH/CONACULTA, 2008, p. 200.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 202.

lector. Se presenta como un sujeto caído en desgracia, que ha sufrido injusticias, pero que está dispuesto a resarcir su honor, esclareciendo las verdaderas razones de sus actos. El *excurso* vindicativo era en cierta medida un “final abreviado”. La auto-defensa, se desarrollará con mayor precisión en la segunda fase de la estructura vindicativa.

### *Argumentación*

En el intento de restituir los agravios, el autor elabora una narración de tipo judicial, caracterizada por la acumulación de pruebas, en la que “se exhibían los testimonios, se citaban los argumentos de autoridad, en que se justificaban las acciones y omisiones cometidas”.<sup>137</sup> En esta parte el autor recurre a los diversos procedimientos de refutación mencionados en la retórica aristotélica. A saber, que el hecho no existe, o que no es dañoso, que no ha sido para el adversario, que no ha sido tanto, que no es injusto, que no lo es mucho, que no es vergonzoso, y que no tiene mayor valor, o bien, decir que aunque se haya cometido injusticia, ha habido compensación,<sup>138</sup> que la acción ha sido perjudicial, pero ha sido honesta; si ha ocasionado molestia, no obstante ha sido provechosa. Otro modo de refutar consiste en afirmar que la acción fue un error, o una desgracia, o algo inevitable. Así Sófocles dijo que temblaba, no por parecer anciano, como decía su acusador, sino por necesidad, porque no era su voluntad tener ochenta años.<sup>139</sup> También es común contradecir, cambiando la causa de la acción, afirmando que no se pretendía causar un daño, sino tal cosa, y que no se deseaba hacer aquello de lo que se acusa, sino que hizo daño por causalidad. Otra forma de contradecir es implicar al acusador ya sea él o alguno de los suyos o implicar a un tercero. Otro modo se deriva de ver si el que acusa, acusó a otros o fue acusado por otro; o si no existiendo acusación han sido sospechosos, como ahora el acusado, aquellos de los que se comprobó que no eran culpables. También se puede

---

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>138</sup> Consiste en admitir que hicimos algún mal, pero que ello está compensado por otras cosas buenas.

<sup>139</sup> “Sófocles... fue llamado a juicio por sus hijos, para que, así como según nuestra costumbre suele privarse de la administración de los bienes a los padres que administran mal, así también los jueces lo separasen a él del patrimonio familiar, como ya no estaba en su sano juicio”. *Cfr.* Cicerón, *De Senectute*, Madrid, Editorial Gredos, 1963, Libro VI, p. 22.



revirar al acusador porque sería absurdo que si él no es digno de fe, lo sean sus palabras. Exista la posibilidad de alegar calumnia y demostrar su gravedad.<sup>140</sup>

La refutación implica una sucesión de intrigas. La cual podemos explicar en dos momentos. El primero se encuentra en el “texto de origen”, es decir en aquel donde surgió la polémica; en el que el fiscal o autor ha denunciado, y al que denominaremos *comienzo*. En éste se narran las tropelías o crímenes cometidos. La segunda parte se encuentra a cargo del acusado, y es conocida como el *transcurso*, éste aparece inmediatamente después del excurso, y es donde el acusado plantea una estrategia de defensa, donde refuta los crímenes o negligencias adjudicadas. El *transcurso* en la intriga, implica que el nudo argumental del vindicante sufra de vez en vez ciertos retrocesos en la estructura narrativa, cuando esto pasa, el testimonio no se desarrolla linealmente, ya que al autor regresa a aclarar algunos puntos de la obra de origen. Cuando la estructura de la intriga progresa, llega a alcanzar un momento culminante, llamado clímax argumental o momento de clausura, y es la etapa de resolución definitiva y estable del proyecto vindicatorio.

### *Clausura*

Una etapa totalmente previsible, pues invariablemente se concluirá con la inocencia del que se haya calumniado. En este tercer momento de la narración vindicativa, “se resolvía la espera, el desenlace en que se significaba globalmente la sucesión de intrigas narradas”.<sup>141</sup> En final vindicativo otorgaba al autor la defensa y la explicación de sus actos, pero en algunos casos representaba también una contra acusación, pues el vindicante revertía los señalamientos hasta el punto de convertirse él también en un denunciante. Los mismos adjetivos denigrantes que se utilizaron en el texto de origen para denostarlo, fueron ocupados para calificar a quienes lo denunciaron.

Ante esta breve explicación del discurso vindicativo, procedemos al análisis de la narrativa testimonial del sitio de Querétaro, que fue producida a raíz de las denuncias presentadas. Ante el señalamiento de Ramírez de Arellano sobre Márquez, éste escribió su defensa, teniendo como principal argumento que su marcha a Puebla y defensa de México se debió a que así lo había dispuesto el propio Maximiliano, por

---

<sup>140</sup> Aristóteles, *Op. Cit.* pp. 324-325.

<sup>141</sup> Aarón Grageda *Op. Cit.*, p. 207.

lo cual muestra al lector una serie de cartas presuntamente escritas por el Emperador con los que dice sustentar sus declaraciones.

Entre los discursos vindicativos también encontramos el del doctor Licea, quien respondió a la princesa Salm, de que nunca intento comerciar con las prendas del Emperador.

*Vindicación de Leonardo Márquez (Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano)*

La estrategia que siguió Leonardo Márquez en su refutación, fue contra acusar a Ramírez de Arellano con los mismos vicios que éste último le atribuyó. Alegó calumnia, infamia y dolo. Puso en entredicho la credibilidad del artillero, acusándolo de ser un hombre de poco crédito e indigno, un “charlatán” y “mentiroso”. Para Márquez, los malos consejos que Ramírez le dio al Emperador, fueron una acción peor que la traición de López: el denunciante se convirtió en culpable.

En el excurso del texto de Márquez se percibe encono y un marcado resentimiento. Consideró en todo momento a Ramírez de Arellano como un sujeto sin ningún tipo de experiencia militar, de un bajo perfil, incapaz del don de mando, se refirió siempre a él como un simple subalterno y con lo vituperó con los calificativos más denigrantes y ofensivos. Llegó a burlarse de su nivel intelectual, y sugirió que su “detractor” tendría que avergonzarse por el pésimo uso del lenguaje empleado en su “libelo”. Otro argumento que Márquez utilizó como defensa, fue señalar que la condición de subalterno de Ramírez de Arellano le impedía saber asuntos que sólo trataban los altos mandos, “su opinión para nada se necesitaba”,<sup>142</sup> por lo tanto todo lo que se afirmó en la narrativa de *comienzo* eran simples mentiras, habló con “ligereza de lengua para hablar cosas que no se saben, o un corazón eternamente pervertido para calumniar asegurando como posible lo que sabe de ciencia cierta no lo era”.<sup>143</sup> En el excurso Márquez sentenció:

He leído ese documento con calma y el detenimiento necesarios para apreciar con esactitud (sic.) sus conceptos; y aseguro mi honor que había resuelto no responder nada a lo que no merece más contestación que el desprecio; pero

---

<sup>142</sup> Leonardo Márquez, *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano*, Nueva York, 1869, p. 49.

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 34.

como por desgracia el silencio se interpreta equivocada y desfavorablemente, y como no puedo ver con indiferencia que se falsifique la verdad, me he decidido a hacer el enorme sacrificio de escribir para refutar ese libelo que tergiversando unos hechos, desfigurando otros, inventando muchos [...] es un tejido de mentiras y de absurdos dichos con mala fe, cuando es mala la índole de su autor.<sup>144</sup>

Márquez se negó en un principio a sostener un diálogo con Ramírez de Arellano, ya que como lo observamos en la cita anterior, lo consideraba indigno, sin embargo terminó por hacerlo. Su intención fue vindicar su honor presuntamente mancillado, no sólo en México sino en el mundo entero. Pretendía demostrar con sus memorias que él no tenía instintos sangrientos, por el contrario, dignos y leales; pero el texto también tenía otro propósito: mostrar la aparente “saña”, “deshonestidad” y “deslealtad” de Ramírez de Arellano, quería mostrarlo en estos términos: “tal cual es: yo arrancaré la careta de ese hipócrita que me difama: yo probaré que es un falsario, traidor e ingrato”.<sup>145</sup> Márquez sospechaba que el origen de los celos y la ingratitud de su acusador, tenía su origen en el prestigio de su carrera militar. Sostenía que no fue por casualidad que haya recibido altos nombramientos como Lugarteniente del Imperio, Regente del Imperio y General en Jefe de todo el ejército. Para Márquez estos grados despertaron la envidia de muchos individuos “de almas pequeñas que todavía hoy dominadas por la ira y por el despecho, me hacen la guerra encarnizada, calumniándome y desprestigiándome, el único recurso que les queda”.<sup>146</sup>

Como ya hemos adelantado, la narración de Márquez tiene un doble sentido: mostrar su inocencia y denunciar a Ramírez de Arellano. Para lograr ambas cosas, el autor recurrió a cartas, documentos y otras narraciones testimoniales como las de Albert Hans, Félix e Inés de Salm Salm, que en algunos pasajes lo describen

---

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. V

<sup>145</sup> *Ibid.*, p. VI. Sobran los calificativos denigrantes para Ramírez de Arellano: “ingrato” “mequetrefe” “falsario”, “perverso”, “tonto”. Pero quizá su defecto más grande sea la ingratitud, en el excurso, Márquez hace un breve recuento bibliográfico de Ramírez de Arellano, haciendo énfasis que él lo favoreció en su carrera, e que incluso lo distinguió con toda la solemnidad con la entrega de la Cruz de la Legión de Honor en Morelia. Por otra parte, Márquez alega que él tuvo mucho que ver para que a Ramírez de Arellano se le distinguiera con el grado de general. Así queda según Márquez demostrada la ingratitud, en respuesta Ramírez de Arellano obró “bajo las inspiraciones de un alma depravada”. *Cfr.* Leonardo Márquez, *Op. Cit.*, p. 4.

<sup>146</sup> *Ibid.*, p. 15.

favorablemente. Al mismo tiempo “apela al testimonio” de señores cercanos al Imperio y Maximiliano como el padre Ficher, quienes “no lo dejarían mentir”.<sup>147</sup>

¿Pero qué fue lo que refutó Márquez con exactitud? Recordemos las denuncias que señalaba Ramírez de Arellano: desde la perspectiva del artillero, la principal razón por la cual Márquez actuó en prejuicio de Maximiliano, era la venganza, la cual tenía su origen en la misión diplomática que el Emperador le encomendó en Asia. Márquez niega esta posibilidad pues señaló que sólo podían tener deseos de venganza aquellos que habían presenciado el asesinato de un padre, el insulto a su esposa o el rapto de la prometida. Márquez sostenía que de ninguna manera pudo tener sentimientos vengativos ni para Maximiliano ni para el Imperio, pues con la instauración de este sistema de gobierno, él había logrado una posición política y militar muy ventajosa. Recuerda al lector que Maximiliano lo había favorecido de muchas formas, incluso había procurado a su madre enferma cuando él se encontraba lejos. Márquez se preguntaba: ¿Cómo pudo haber cometido una venganza contra una persona que lo había llenado de beneficios y honores?<sup>148</sup>

Sobre su trabajo diplomático, sostuvo que él mismo lo sugirió al Soberano, pues deseaba estar en Europa para reponerse de la herida sufrida en su rostro, la misma que aludieron Ramírez de Arellano e Inés de Salm Salm con una connotación negativa.<sup>149</sup> Para comprobar su dicho insertó cartas en su refutación que versan en este sentido. Márquez afirmó que su encomienda diplomática lo llenó siempre de orgullo, y que trató de desempeñarla con patriotismo, trató de dejar “bien puesto el honor de México en todas partes y en todas ocasiones”.<sup>150</sup> Desde el recurso retórico de refutación, acepta que el hecho existió, pero no fue dañoso.

Márquez se justificó de los asesinatos cometidos en Tacubaya, aclarando que no se atentó contra niños, y que los médicos que se sacrificaron no eran médicos civiles, sino médicos oficiales del ejército enemigo, además quiso dejar en claro que no actuó

---

<sup>147</sup> Estas son las pruebas extratécnicas o antiartísticas de las que habla Aristóteles, como las declaraciones que hacen los testigos.

<sup>148</sup> Leonardo Márquez, *Op. Cit.*, p. 7.

<sup>149</sup> No obstante Márquez también estableció una relación entre los rasgos físicos y los sentimientos negativos. Sobre el aspecto indígena de Ramírez de Arellano, sentenció: “[...] tiene la necia pretensión de culparme, atribuyéndome responsabilidades que no tengo y faltas que no he cometido, para lavarse de la negra mancha que no lavaré nunca y que cada día oscurecerá más su rostro color de cobre”. *Cfr.* Leonardo Márquez, *Op. Cit.*, p. 59.

<sup>150</sup> *Ibid.*, p. 14.

por cuenta propia, sino por órdenes de Miramón. Reprodujo en su texto otra carta en la cual Miramón le ordenó actuar en consecuencia, en ella se lee: “mandará sean pasados por las armas *todos los prisioneros* de la clase oficiales y jefes”.<sup>151</sup> Se deslindó también de los fusilamientos de Valle y Ocampo dándole toda la responsabilidad al presidente Zuloaga. Si bien aceptó que la acción fue perjudicial, por otro lado fue honesta.

En lo tocante a los sucesos de Querétaro, Márquez volvió a refutar los señalamientos de Ramírez de Arellano punto por punto. En primer lugar argumentó que la idea de partir rumbo a Querétaro, no fue suya, sino de Maximiliano; menciona que el propio Emperador deseaba desde tiempo atrás ponerse al frente del ejército, y que el archiduque escogió personalmente las tropas que lo acompañaron. Cita la famosa proclama de Maximiliano en San Juan del Río del 17 de febrero, donde el archiduque confirma este deseo.

Sobre la denuncia en el sentido de que Márquez impidió el aprovisionamiento de artillería y una fortificación adecuada de la plaza, contestó que en efecto, en México existían el arsenal necesario para entrar en campaña, sin embargo no se recurrió a él porque “la artillería no podía moverse por falta de personal, municiones y ganado”.<sup>152</sup> Márquez reviró a Ramírez de Arellano al señalar que habla de cosas “que no sabe”. Alegó que el traslado de dichos materiales de México a Querétaro no hubiera servido de nada, ya que para esas fechas el camino estaba enteramente poblado de republicanos, y la jornada, además de penosa, hubiera sido tomada y usada en su contra.

Respecto a la fortificación de la plaza, Márquez respondió que esa no era su obligación, para ejercer tal trabajo se encontraban los ingenieros militares. En efecto, la acción fue perjudicial, pero honesta. Para desmentir a Ramírez de Arellano, recurrió en más de una ocasión al Tratado de la Ordenanza General del Ejército, para citar las obligaciones del Jefe del Estado Mayor. Se esmeró en señalar que en ningún artículo de tal ordenanza se mencionaba que él debía proveer de municiones, fortificar una plaza, abastecer al ejército de víveres, ni mucho menos recaudar dinero, misión exclusiva del Intendente General del Ejército.

---

<sup>151</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>152</sup> *Ibid.*, p. 34.

Si Ramírez de Arellano apeló a las doctrinas del arte supuestamente ignoradas por Márquez, éste respondió que no basta con leer la doctrina, sino llevarla a cabo, y que Ramírez de Arellano nunca se vio en la tarea de mandar a todo un ejército, cuestión que volvía su opinión “necia y ligera”.

Otro asunto digno de un análisis concienzudo, es la petición que hizo Márquez al Emperador de salir de Querétaro el 10 de marzo. Ya hemos visto que Ramírez de Arellano consideraba esta salida en sumo peligrosa, y que el Emperador resolvió que no se efectuara. Márquez señaló en su vindicación que su idea era posicionar al ejército imperial en la Estancia de las Vacas, lugar cercano al camino de Celaya y donde no había mucha presencia de efectivos republicanos. El plan consistía en llevar a cabo una “retirada”<sup>153</sup> rumbo a esa ciudad. Estando allí, le harían creer al enemigo que se dirigían hacia diferentes puntos, pero en realidad tratarían de regresar a México, donde pedirían al ejército que ocupaba Puebla que se replegara y así aumentarían en número, y hubieran estado listos para dar una batalla decisiva, cosa que no se logró por “las intrigas” de Ramírez de Arellano, quien convenció al Emperador de que no se proyectara este movimiento. Esta negativa se convirtió una pesquisa importante en toda la vindicación, pues sirvió a Márquez para delegar la responsabilidad a Ramírez de Arellano, de la situación desfavorable que se tuvo después del 10 de marzo y que puso a la ciudad en franco estado de indefensión ante la circunvalación que se completo por los republicanos un par de días más. “Se ve el resultado funesto y lamentable de los consejos pérfidos e infames de Arellano dados al Emperador”.<sup>154</sup>

Uno de los argumentos de defensa del injuriado, es tratar de deshacer la intriga al contradecir las declaraciones pronunciadas por el que acusa. De tal manera que en *Últimas horas del imperio*, Ramírez de Arellano decía que en México había toda clase de recursos, mientras que en Querétaro se carecía de todo. Luego entonces Márquez

---

<sup>153</sup> Márquez reflexionaba que una retirada no significaba un movimiento forzosamente cobarde, negativo o predestinado al fracaso. Al contrario, era un “movimiento de estrategia” que si se practicaba adecuadamente podía incluso considerarse como una victoria. Para defender este argumento y confrontar la opinión de Ramírez de Arellano, Márquez “invocó” el espíritu de generales muertos que habían practicado “retiradas”. Pidió las almas de Mariano Arista, Vicente Filisola y Miguel Miramón “levantarse de su tumba” para que se ruborice Ramírez por expresarse en contra de sus opiniones. *Cfr.* Leonardo Márquez, *Op. Cit.*, p. 81.

<sup>154</sup> *Ibid.*, p. 58.

declara que le asentaba la razón al pretender volver a México, donde encontraría una situación más favorable.

Márquez apeló a la valentía y pundonor del Emperador, y señaló en su vindicación, que de ningún modo le sugirió que se situara en el lugar más peligroso (convento la Cruz) sino que fue su propio deseo. Dado su condición como General en Jefe del Ejército Imperial, y observando las reglas del arte militar, quien ostenta tal rango “es el primero que se bate” y “se presenta en toda la línea de batalla, exhortando a sus subordinados y dando ejemplo de valor con su arrojo”.<sup>155</sup> Márquez volvió a revirar a Ramírez de Arellano: Mientras Maximiliano dormía primero entre los cactus del cerro de las Campanas, y después se exponía constantemente a los bombardeos a la Cruz, el general de artillería “dormía segura y cómodamente dentro de la ciudad”.<sup>156</sup>

Pero la acusación más incisiva sobre Márquez, y que no sólo la denuncia Ramírez de Arellano, sino otros autores, es la marcha del lugarteniente del Imperio rumbo a México, en busca de auxilio para Querétaro, y el regreso esperado que nunca se dio. ¿Qué dice Márquez en sus refutaciones respecto a esta acusación?

He aquí lo que pasó [...] El Emperador Maximiliano no me mandó a México para que yo recogiese su guarnición y la condujese a Querétaro, sino por el contrario para que revestido de su Lugar-Teniente, cuidase de la capital del imperio, a fin de conservarla para contar con un centro de unión en caso de acontecer en Querétaro un evento desgraciado.<sup>157</sup>

Pero aún teniendo una orden en sentido contrario, como muchos lo aseguran, Márquez afirmó que el auxilio por parte del ejército que se encontraba en México no era posible, ya que “su escaso número impedía fraccionarla en razón de que no había suficientes para auxiliar Querétaro y para asegurar a México”.<sup>158</sup> Contradijo, la causa de la acción, afirmando que no se pretendía causar un daño, sino lo contrario. Dichas afirmaciones vuelven a tener sustento, según el autor, en documentos fidedignos, (aunque elaborados por él). Márquez se mostró seguro de convencer al lector de esto

---

<sup>155</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>156</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>157</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>158</sup> *Ibid.*, p. 96.



a través “su” *Libro de Situación del Estado Mayor*, el que informaba sobre el número de combatientes, armas y demás recursos bélicos.

Márquez se excusó una y otra vez de su ausencia en Querétaro, repitiendo en su vindicación que “no se le dio la orden para volver”, lo afirma tantas veces que no tuvo en reparo en declarar: “Ya he repetido hasta el fastidio que no tenía orden para hacerlo”.<sup>159</sup> Se percibe en cada página el hastío del autor por este tema y rencor hacia los que lo incriminaban de esto.

Aunque repite que no tuvo orden expresa del Soberano de acudir con refuerzos a Querétaro, Márquez sintió el deber de marchar sobre Puebla. Las acusaciones sobre dicha marcha y su comportamiento, tienen una explicación por parte del injuriado. La marcha lenta se debió al pésimo estado del camino... fue una desgracia, un hecho inevitable según los caprichos de la naturaleza. Márquez alegó que sus tropas no iban a reconstruir cada puente dañado. Si destruyó porque fue por la imposibilidad de llevarlo consigo en un camino tan agreste, y porque tampoco la iba a dejar en el camino para que fuera usado por el enemigo, por ello la hizo volar. Si bien acepta los hechos, consideró que no actuó de forma vergonzosa. La conciencia del autor parecía tranquila: “obre conforme a las reglas del arte”.<sup>160</sup> Y si dejó sola a la tropa y se regresó a México solo, fue porque “no era un soldado raso para que se me obligase a marchar embebido en la fila, sin poder sepárame de ella”.<sup>161</sup>

Negó que haya impedido u obstaculizado el libre tránsito de los ministros extranjeros y los abogados del archiduque. Tuvo la disposición para Santiago Vidaurri movilizara recursos a Querétaro, no obstante el mismo Vidaurri se dio cuenta de la dificultad de la empresa y fue él mismo quien decidió abandonar la idea.<sup>162</sup>

La conclusión de este primer discurso vindicativo sigue dos líneas: La primera es la insistencia de Márquez en aclarar su verdad, más que justificarse ante las acusaciones de una persona a quien despreciaba y que no consideró a su mismo nivel tanto intelectual como militar. La segunda es denunciar a Ramírez de Arellano de traidor, falsificador, mentiroso y hasta cierto punto peligroso para quien aceptara llevarlo a sus filas. Márquez quiso formar el mismo perfil negativo que su detractor hizo de él. “No porque a nadie le importe conocerlo, sino porque a mí me interesa que

---

<sup>159</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>160</sup> *Ibid.*

<sup>161</sup> *Ibid.*

<sup>162</sup> *Ibid.*, pp. 111-113.

sea generalmente conocido”.<sup>163</sup> Recalcó que en las *Últimas horas* se anunciaban pruebas que nunca terminaron por aparecer, y a las que apela bien las pudo “inventar y redactar a su gusto”.<sup>164</sup> Para Márquez su detractor no merecía más “que el desprecio universal, con que la sociedad anatemiza a los ingratos”.<sup>165</sup> Márquez sentenció que su interpelado no fue ingrato sólo ante él, sino ante el Emperador por mal aconsejarlo, y ante su amigo Miramón, por no compartir su misma gloria e huir del enemigo trepando azoteas.

El autor esperaba que la disputa “literaria” contra Ramírez de Arellano continuara, pues tenía la seguridad que habría una respuesta a sus refutaciones: “Ha de escribir hasta que muera [...] hasta que se le pudra la lengua”.<sup>166</sup>

#### *Vindicación de Vicente Licea (Los harapos del imperio)*<sup>167</sup>

En este exordio el doctor Licea aludió a la belleza, capacidad histriónica y destreza como jinete de Inés de Salm, cosas que sin embargo podrían tratarse con mayor detenimiento en otro texto, incluso podrían ser parte de un discurso “divertido y hasta ameno”.<sup>168</sup> No obstante el objetivo de *Los harapos del imperio*, era negar indulgencia y garantía de sexo a una mujer que había afectado “el amor propio nacional”.<sup>169</sup> Obsérvese que ya no se trataba sólo de una vindicación personal, sino que atañía al país entero, por “ridiculizar a algunas personas y a insultar y calumniar a otras”.<sup>170</sup> El doctor consideró que la princesa no era más que una de los “mil y mil extranjeros de la época del Imperio; a lo que vienen siempre a México a hacer negocios”.<sup>171</sup> Aquí tenemos un adelanto de lo que se resuelve en la clausura del discurso, a la vez un

---

<sup>163</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>166</sup> *Ibid.*

<sup>167</sup> Manuscrito localizado en el archivo de CONDUMEX. Publicado por primera vez en el texto *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867*, Ramón del Llano (Comp.), México, Editorial Porrúa/Universidad Autónoma de Querétaro, 2009. En dicho documento no aparece la firma del autor, pero se Ramón del Llano considera que fue escrito por el mismo Vicente Licea. Se expone información que sólo él conocía y sólo él podía escribir tal como está plasmado; con seguridad y defendiendo incondicionalmente al doctor Licea en tres frentes: la acusación de haber entregado a Miramón; el señalamiento de haber practicado un mal embalsamamiento y la acusación de vender la ropa del Emperador.

<sup>168</sup> Ramón del Llano Ibáñez, *Op. Cit.*, p. 220.

<sup>169</sup> *Ibid.*, p. 218.

<sup>170</sup> *Ibid.*, p. 220.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p. 219.

método eficaz de refutación practicado también por Márquez: implicar al acusador. No fue Licea quien pretendió vender la ropa ensangrentada del emperador, sino el ánimo de *hacer negocios* de la princesa quien se interesó por las reliquias.

Licea siguió revirando a la princesa apelando a su condición de extranjera. Pero fue más allá, en esta “contraofensiva”. El doctor apeló a la conducta “poco femenina” con la que su acusada se condujo en el país: “el relato de las aventuras de una señora, excesivamente varonil, pues en tales páginas se nota una intención perfectamente marcada, de deprimir a México y a los mexicanos”.<sup>172</sup> No sólo era indigno y poco común que montara una bestia como hombre, sino que se atreviera a marcar con un tono negativo la apariencia física de los ciudadanos de este país, rasgos comunes en Licea.

El argumento de esta vindicación no sólo versaba en torno a la presunta venta de las reliquias imperiales, sino a dos acusaciones previas: en primer lugar la presunta entrega que hizo Vicente Licea de Miramón a las autoridades republicanas;<sup>173</sup> y en segundo término el “brutal” embalsamamiento del cadáver de Maximiliano.

Si Miramón fue descubierto en la casa de Licea (se curaba de una bala en la cara) fue porque allí lo encontró el general republicano Refugio González, cuñado de Licea. La acción, aunque perjudicial para el honor del doctor, y causó molestia, en varios oficiales imperiales como Hans, fue un error, una desgracia y un asunto inevitable. Como el caso de Márquez, esta vindicación se caracteriza por la reproducción de cartas y documentos que pretenden avalar las afirmaciones del injuriado, y pretenden dejar a la denunciante como una persona que señalaba con “toda ligereza y mala fe”. “¡Sólo faltó al Dr. Licea vestirse de Miramón, y vestir a Miramón de Dr. Licea, para hundir a aquél el incógnito que hubiera deseado la caprichosa y fantástica cronista!”<sup>174</sup>

---

<sup>172</sup> *Ibid.*

<sup>173</sup> En 1887, el doctor Vicente Licea publicó una vindicación que versaba únicamente a este respecto. El texto *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio*, dirigido a Porfirio Díaz, Licea se defendió aduciendo que Miramón siempre lo había distinguido con su amistad, y que el día que el 15 de mayo cuando cayó herido le propuso fugarse utilizando caballos y vestimentas con los cuales pasaría desapercibido. Si fue hallado en su casa, fue por una circunstancia fortuita en la que Licea, alegó, nada tuvo que ver.

<sup>174</sup> Ramón del Llano Ibáñez, *Op. Cit.*, p. 228.

Sobre la acusación por practicar un mal embalsamamiento,<sup>175</sup> el doctor Licea se expresó: “Dice la señora cronista que se manejó con mucha brutalidad. [...] ni lo prueba; ni siquiera lo explica: nada más dice”.<sup>176</sup>

Utiliza otra estrategia de refutación: la acción fue perjudicial, puesto que el cadáver fue “inyectado” y “hecho literalmente pedazos” pero el doctor Vicente Licea actuó de forma honesta y la intervención a su parecer fue exitosa. Lo expresa de la siguiente forma: “poco importan los medios, con tal fin se obtenga”.<sup>177</sup>

Para sostener que actuó de buena forma, echó mano también de las pruebas “extratécnicas”. Insertó en su relato elementos epistolares de connotados médicos, como el doctor Basch, donde certifica que el embalsamamiento se llevó a cabo a su entera “satisfacción, sin dejarme qué desear”,<sup>178</sup> además de utilizar para ello los instrumentos quirúrgicos indicados.

Para contestar a la principal acusación, el doctor Licea utilizó la mayoría de los argumentos de la refutación: que el hecho no existió, que no fue ni dañoso, injusto o vergonzoso, y no tenía el mayor valor; o bien, si acaso se cometió injusticia, tenía compensación. El doctor Licea alegaba que no obtuvo pago alguno por el embalsamamiento y la venta de los “harapos” que nadie reclamó, por lo tanto no era delito recoger lo abandonado, y que el doctor conservó con el ánimo de tener un pedazo de historia,<sup>179</sup> podían resarcir ese pago. Consideró que no actuó como comerciante ni traficante. Quiso prescindir de aquellos despojos “de la misma manera que lo hubiera hecho con un autógrafo de Confucio”.<sup>180</sup>

El doctor fue terminante en su clausura: la princesa trató de apoderarse sin razón ni derecho de los “harapos” que recogió Licea, éste se rehusó la entrega, sin embargo vio en esta oportunidad la forma de indemnización por las pérdidas económicas que sufrió durante el Imperio.

---

<sup>175</sup> A pesar de haberse encargado el proceso al doctor del cuerpo médico militar Ignacio Rivadeneira, éste no contaba con la experiencia y nos aditamentos médicos necesarios, por lo cual la tuvo que practicar Vicente Licea.

<sup>176</sup> Ramón del Llano Ibáñez *Op. Cit.*, p. 238.

<sup>177</sup> *Ibid.*, p. 238.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p. 239.

<sup>179</sup> Licea es muy persistente en este punto. Conservó los “harapos” como un simple “recuerdo”, una “curiosidad” que “despertó el interés, y atrajo la atención de ambos mundos.

<sup>180</sup> Ramón del Llano Ibáñez *Op. Cit.*, p. 246.

### 3.5.- La rectificación

Existen diferencias entre la vindicación y la rectificación. Si bien ésta última también representa una respuesta con un fin persuasivo respecto a una acusación o señalamiento, no era escrita por el que se consideraba injuriado, calumniado o injustamente notado, sino por algún otro individuo que también había sido testigo y participante en los hechos. La rectificación buscaba “aclarar” por lo cual perseguía dos fines: completar una historia que a su juicio no había sido contada de manera correcta, lo que implicaba también una ofensa que tenía que ser resarcida<sup>181</sup> o para vindicar el honor, no sólo de una persona, sino de una colectividad. Este ánimo de defensa coloca a la rectificación en el terreno del género judicial. La parte más importante de su estructura discursiva se encontraba en el argumento, igual que en la vindicación, aquí se desarrollaba lo que la retórica clásica entendía como *Probatio*, donde se aducían las pruebas que confirman la propia posición revelada en la tesis de la exposición; *Refutatio*, parte en la que refutaban las de la tesis que sostenía la parte contraria y *Peroratio* o enunciado sin prueba, el cual no debía debilitar la credibilidad del rectificante, para lo cual se recurría al postulado no veraz pero plausible (*hipótesis*), a fin de debilitar al adversario desorientando su credibilidad; lo mejor en ese caso era sugerirlo y no decirlo.

Dos de las denuncias que hemos presentado fueron objeto de rectificaciones. La narrativa de Samuel Basch por el doctor Hilarión Frías y Soto; y la de Félix de Salm Salm por parte de Ignacio de Peza y Agustín Pradillo.

*Rectificación de Hilarión Frías y Soto<sup>182</sup> a la narrativa del doctor Basch (Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano)*

---

<sup>181</sup> Un buen ejemplo sobre este punto, es el texto histórico de Ignacio Manuel Altamirano titulado “El 27 de abril de 1867”. Altamirano estuvo presente durante el sitio, se ocupaba como coronel a las órdenes del general su tío, Vicente Jiménez. El fin de su texto es completar la historia de la famosa batalla del Cimatarío. En su exordio decía que los dos textos más importantes que habían hecho mención a este episodio *Reseña histórica de formación y operaciones del cuerpo del ejército del norte, durante la intervención francesa y el sitio de Querétaro* de Juan de Dios Arias y *Ensayo histórico del ejército de occidente* de José M. Vigil y Juan B. Híjar y Haro, sus testimonios “eran imprecisos y sus datos diminutos”. Altamirano aducía que para sostener su rectificación contaba con dos ventajas: Haber sido testigo presencial y poseer el diario de Miguel Miramón. Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas II. Obra histórica*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986.

<sup>182</sup> Célebre médico queretano, fundador del periódico estatal *La Sombra de Arteaga*. Rectificó tres obras, primero la obra del conde E. de Kératry *Elevación y caída del emperador*

Cuando analizamos la narrativa testimonial de Albert Hans, decíamos que la edición de 1869 contaba con el capítulo de rectificaciones escrita por Lorenzo Elízaga, pero que fue suprimida en la edición de 1962. Esta supresión se debía a “su criterio liberal rabioso”.<sup>183</sup> Para Hilarión Frías el texto de Hans no era susceptible a una rectificación por haber estado “palpitante de verdad y revele los hechos con tanta precisión, comentándolos con una lógica tan justa”.<sup>184</sup> No obstante rectificó la del doctor Basch, ¿Por qué razón? Identificamos por lo menos dos: aclarar que la ocupación médica de Basch durante el sitio, impidió observar los principales hechos históricos, por lo tanto lo que había contado en *Recuerdos de México* eran simples especulaciones y divagaciones. Esta ausencia del lugar neurálgico de los acontecimientos, más la ignorancia sobre las costumbres de practicadas en México,<sup>185</sup> dieron como resultado el ataque pertinaz de Basch sobre los mexicanos; vindicar su honorabilidad fue el segundo propósito en las rectificaciones de Frías.

El argumento principal en esta rectificación, se basa en un *Peroratio*: “El médico Samuel” se la pasó la mayoría de las hostilidades encerrado en el hospital de San Francisco, y que la descripción de sus hazañas no fue otra cosa sino los testimonios que le habían contado sus enfermos.

Pero esta hipótesis no es el único hilo conductor de la rectificación. Frías tuvo que rectificar otras cuestiones plasmadas en *Recuerdos de México*. Por ejemplo tuvo que elaborar una nueva descripción de la ciudad, pues la que hizo Basch solamente revelaba “una audacia mayor que su ignorancia”.<sup>186</sup> El aparente buen ánimo de los ciudadanos y su disposición para el trabajo, también fue echado por tierra ya que habló de la existencia de leva y el rechazo que sentían por la causa imperial.

La presunta ausencia de Basch en los campos de batalla, incitaron a Frías a afirmar que el médico Samuel no supo describir con exactitud las escaramuzas de los

---

*Maximiliano, intervención francesa en México (1861-1867)* en 1870. Un año más tarde la de Samuel Basch, *Recuerdos de México* y en 1905, año de su muerte, el libro de Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez*.

<sup>183</sup> Cfr. *Supra.*, p. 32.

<sup>184</sup> Ramón del Llano Ibáñez, *Op. Cit.*, p. 106.

<sup>185</sup> Para Hilarión Frías, dicha ignorancia confundió las apreciaciones de Basch. Por ejemplo, el supuesto recibimiento pomposo que recibió Maximiliano a su llegada a Querétaro, no tenía nada de espectacular pues el adorno de calles y las fanfarrias eran una simple simulación de los ciudadanos.

<sup>186</sup> Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano* en Ramón del Llano Ibáñez, *Op. Cit.*, p. 78.

ejércitos mexicanos, ante una señalamiento un tanto burlón y sarcástico, Frías defendió a los suyos, sin importar el bando en que militaran. Aquí entra el terreno de la vindicación, ya que no permitía que “un escritorzuelo cualquiera deprimiera de una manera tan injusta a los mexicanos”.<sup>187</sup> Para él se condujeron siempre conforme a los protocolos de guerra.

Es interesante también señalar que aunque Frías fuera médico, entró en el debate militar.<sup>188</sup> Mientras que Basch afirmó que el ejército imperial obtuvo victorias importantes, puesto que en ninguna de ellas permitieron que el enemigo penetrara al interior de la ciudad; Frías recalcó que eran movimientos que no buscaban entrar, ya que los republicanos jamás tenían pensado proyectar una acción que hubiera significado el derramamiento de muchísima sangre.

*Rectificación de Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo a la narrativa de Félix Salm Salm (Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México)*

El exordio de esta rectificación sigue los patrones de toda la narrativa perteneciente al género judicial: cimentar una relación entre la fealdad y los vicios. En esta ocasión Salm Salm era un “hombre robusto, de mirada inquieta, modales bruscos y pesados, y por demás antipático”.<sup>189</sup> La negatividad que irradiaba era confundida por el príncipe prusiano con la envidia. Para De la Peza y Pradillo, era solo indiferencia lo que los demás oficiales imperialistas sentían por él.

Estas rectificaciones también buscaban corregir las impresiones en las que supuestamente había caído Salm. Éste no era el héroe que había pretendido construir en sus memorias. Se rectificó que no fue él quien fue comisionado por Maximiliano para negociar el reconocimiento del Imperio mexicano con los Estados Unidos, sino el teniente de la marina austriaca, conde de Ressequi. Había cometido equivocaciones desde el empleo que desempeñaron los oficiales del Imperio, el apodo del general

---

<sup>187</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>188</sup> Frías comentó que la misión de Basch fue simplemente la de velar por Maximiliano y los heridos, no la de ser un soldado. Las palabras constantemente repetidas por Basch: hicimos, apoyamos, rechazamos, matamos, no tenían razón de ser, pues nunca estuvo en batalla.

<sup>189</sup> Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México*, México, Ignacio Cumplido, 1870, p. 9.



Márquez, la situación geográfica de Querétaro<sup>190</sup> (coincidentalmente con Basch), la cantidad de oficiales condecorados con la Orden francesa de la Legión de Honor, los tipos de heridas que habían sufrido algunos combatientes, hasta la opinión que de él tenía el Emperador. Para De la Peza y Pradillo, Maximiliano lo consideraba un “cirquero, un hombre tan pesado”.<sup>191</sup>

Quizá las rectificaciones anteriores fueron las menos graves, hubo equivocaciones más importantes en las batallas que fueron narradas por Salm. No había contado con la veracidad necesaria desde la posición de la línea de defensa que habían adoptado los jefes imperiales hasta su propio desempeño en las acciones. Para estos autores, Salm no se había conducido con el heroísmo que había pregonado en las batallas más importantes, la del 14 y 22 marzo y primero de abril. La toma de cañones, víveres y animales, además de no ser tantas, fueron hechas por otros oficiales y no por Salm.

La refutación tuvo cabida también en este texto. Refutación a las acusaciones sobre la presunta negligencia de Miramón y de los soldados mexicanos. En lo tocante a Miramón, los autores coinciden que fue el general que mostró mayor valentía y determinación en los combates. Vuelven a insistir que el episodio del 27 de abril fue la acción más destacada ideada por Miramón.

Podemos decir que las narraciones testimoniales que analizamos a la luz del género retórico judicial se encuentran llenas de artificios retóricos muy bien estructurados. Desde el ámbito de la denuncia se puede percibir que los que escribieron como “fiscales” Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix Salm Salm, Inés de Salm y Manuel Ramírez de Arellano, utilizaron los entimemas que creyeron convenientes para culpar a sus contrapartes, buscaron “vencer convenciendo, y convencer mediante lo verosímil, mediante lo conveniente al contexto en todo [...] tratando de ganar adhesiones”.<sup>192</sup> Pero adhesiones dentro de sus lectores, es decir, el público europeo.

No obstante los agraviados o injuriados Leonardo Márquez, Vicente Licea, Hilarión Frías y Soto, Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo entraron a la discusión o

---

<sup>190</sup> Es interesante el hecho de que los autores rectifican que Salm había “inventado” nombres de ríos, e incluso la existencia de pequeños pueblos circundantes a las haciendas. Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, *Op. Cit.*, p. 28.

<sup>191</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>192</sup> Antonio López Eire, *Esencia y objeto de la retórica*, México, UNAM, 1996, p. 219.

pleito completando así una *Litis*. El principal argumento defensivo de Márquez y Licea fue “el cambio de causa en la acción”, es decir, si bien aceptaron, que habían cometido alguna indiscreción o imprudencia, no había sido para buscar un daño o perjuicio. Por su parte Frías, de la Peza y Pradillo nunca aceptaron las acusaciones imputadas, reviraron a los fiscales en todo momento, convirtiéndolos a ellos en culpables, pero no sólo de hechos aislados, sino de cómplices de una Intervención imperialista.

## Conclusiones

En estas páginas se trató de establecer tres puntos: el primero, sentar la diferencia que subyace en la *memoria* en su acepción más sencilla como una forma de recordar el pasado, y en sus diferentes y ricas posibilidades de registrar y reproducir información del pasado colectivo e individual a través de un discurso escrito. Este último aspecto abrió la discusión sobre los diferentes tipos de memorias que la cultura letrada del siglo XIX mexicano escribió, ya sea para ir forjando una identidad nacional o para describir la conducta individual respecto a un acontecimiento político o social de carácter coyuntural. Dentro de este primer objetivo, quisimos dejar en claro que la escritura de esta centuria no respondía únicamente a los patrones del romanticismo, sino también a los códigos de la retórica.<sup>1</sup> Algo que Tomás Albaladejo conoce como “retórica restringida”,<sup>2</sup> que implica una sistematización teórica o investigación científica de los medios de persuasión dentro de la literatura. No obstante esta capacidad metalingüística de la retórica se encontraba presente en otras actividades de los hombres de letras del siglo XIX. A saber, en las imágenes y representaciones por medio de las cuales se percibían a sí mismos (el escritor, el historiador, el poeta, el

---

<sup>1</sup> Estos códigos son perfectamente válidos en la actualidad, no obstante algunos autores como Chaïm Perelman, prefieren hablar de la *Teoría de la Narratividad o Nueva Retórica* cuyo objeto de estudio son las técnicas discursivas que tienden a provocar o acrecentar la adhesión intelectual de los hombres a las tesis que se les presentan para obtener su acuerdo. También examina las condiciones que hacen posible el comienzo y desarrollo de la argumentación así como sus efectos. La definición señala en qué sentido la nueva retórica es una continuación de la clásica y en qué se distancia de ella. La llamada nueva retórica continúa la retórica de Aristóteles en tanto se dirige a todo tipo de auditorios. Abarca lo que los autores clásicos denominaban *dialéctica* (la técnica de la discusión y el debate por medio de preguntas y respuestas, que trataba principalmente sobre cuestiones opinables), analizada por Aristóteles en sus *Tópicos*; incluye el razonamiento que Aristóteles calificaba como dialéctico para distinguirlo del razonamiento analítico de la lógica formal. Esta teoría de la argumentación es llamada nueva retórica porque Aristóteles, a pesar de que reconocía la relación entre retórica y dialéctica, solo desarrolló la primera en función de todo tipo de auditorios. Cfr. Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *Op. Cit.*, p. 15.

<sup>2</sup> Tomás Albaladejo, “Retórica, Comunicación, Interdiscursividad” en *Revista de investigación lingüística*, Vol. VII, 2005, Ediciones de la Universidad de Murcia, pp. 7-33.

funcionario público, etcétera, como oradores pronunciando un discurso frente a una asamblea); en la intención de sistematizar la práctica de la escritura mediante un sistema de géneros (aunque incipiente, y que nosotros tratamos de clasificar); y en la utilización de un vocabulario trazado sobre el molde del sistema retórico para referirse críticamente a la actividad letrada.

Dicha sistematización retórica opera también en las memorias escritas a partir de un acontecimiento coyuntural. Quien se encontró interactuando en una coordenada espacio temporal perfectamente identificable, regularmente narra sus impresiones en un tipo de relato que nosotros designamos como “narrativa testimonial”. Este género discursivo persigue por lo menos dos finalidades:<sup>3</sup> primeramente alabar la conducta valiente, noble, piadosa y oportuna del autor, como la de otros sujetos que intervinieron en los hechos; en segundo lugar ser un medio de denuncia, cuya intención es culpar a otros individuos de los desastres y calamidades que se desataron durante el suceso, al mismo tiempo el autor se exonera de cualquier cargo y señala que su participación se ve opacada o limitada por la injerencia de los que considera culpables. Estas posibilidades de la narrativa testimonial nos remiten a los otros dos puntos que consideramos relevantes en esta investigación. El elogio y vituperio ceñidos al género retórico demostrativo; y la denuncia y refutación al género judicial, estos fueron los derroteros que siguieron los testigos presenciales quienes escribieron sus memorias sobre la caída del Segundo Imperio.

#### *El sitio de Querétaro como detonante de toda una narrativa testimonial*

La Intervención Francesa llegó a su clímax en el sitio de Querétaro de 1867. El archiduque de Austria, Maximiliano de Habsburgo, quien había sido designado por Napoleón III y los algunos miembros del partido conservador exiliados en Europa como Emperador de México tres años antes, fue pasado por las armas en las medianías del cerro de la Campanas, dos meses después de concluido el sitio. Varios personajes involucrados en la trama imperial, tomaron la pluma para contar su versión de lo sucedido. Este evento coyuntural puso en funcionamiento las operaciones

---

<sup>3</sup> No obstante observamos que la narrativa testimonial también da cuenta de otros aspectos que son de suma relevancia para la historiografía, como la descripción de lugares y formas de conducta de las diferentes clases sociales. Estas temáticas pueden perfectamente ser retomados por los estudios culturales.

retóricas que les permitieron a los autores reducir el mundo a una estructura referencial (*inventio*), es decir, los acontecimientos padecidos resultaron determinantes para escoger los contenidos del discurso. Consecuentemente esta estructura referencial se transformó en materia verbal (*dispositio*) o en una narrativa testimonial que dividimos en los siguientes géneros:

### *Elogio y vituperio*

En el capítulo dos quedó establecido que las memorias de los autores Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce se utilizaron las pautas culturales más importantes relativas a la retórica, es decir, el código del honor y la vergüenza, de lo bello y lo feo; en suma del vicio y la virtud. Es común encontrar en su discurso un tipo de “pirueta” retórico-dialéctica que prefigura de manera muy eficaz la fusión de ética y estética: El *logos* o discurso lógico logra combinarse con éxito con elementos como la fealdad o lo bello. Siendo así, el individuo feo es por antonomasia malvado; sus conductas se encontraban encaminadas a buscar el fin del Imperio y la consecuente muerte del Emperador. Contrariamente, la persona bella se distinguía por su defensa estoica en el terreno de las ideas o las armas sobre del proyecto político que defendía. Era noble con el enemigo, leal con los suyos y valiente en el campo de batalla.

Este grupo de autores siempre supo elaborar un argumento y su contrario para elogiar o criticar; en definitiva les resultó muy conveniente, encontrar lo “complementario”. Notamos esta dicotomía en la serie de virtudes y vicios encontrados en sus narraciones y que son susceptibles de ser tratados como punto de partida del elogio y vituperio respectivamente; se comenzó por los más particulares, hasta llegar a los más generales y universalmente aplicables. En lo tocante al elogio se identificaron las siguientes virtudes: fortaleza y la magnanimidad. En el vituperio la injusticia, y la traición, además de carencias como la impericia.

Albert Hans, José Luis Blasio y Francisco O. Arce, trataron bajo un juicio sereno y digno a la mayoría de los involucrados. Encontraron más virtudes que vicios, sólo tuvieron muestras de admiración hacia los actores colectivos. Hans y O. Arce al ejército, mientras que José Luis Blasio hacia los integrantes de la vida cortesana, en la que de cierta manera él era parte y a la que veía con nostalgia y entusiasmo.

En lo que tocante a las memorias de Sóstenes Rocha y Bernabé Loyola, se señalan con mayor persistencia los vicios. El primero los imputa incluso a miembros del propio ejército republicano, se proyecta como la figura más brillante e importante de su narración. Bernabé Loyola hizo una proyección similar, pues se mostró virtuoso ante su familia, parientes y amigos. Su injerencia fue fundamental en la conservación de la vida de oficiales imperiales que habían caído en desgracia una vez que cayó su ciudad. A su juicio el principal vicioso fue Maximiliano, al que en varias ocasiones tildó con los calificativos más denigrantes y ofensivos.

### *Denuncia y refutación*

Concluimos con el último sentido retórico encontrado en la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro e ilustrado en el capítulo tres. El proceso de denuncia y defensa sobre la actuación de los involucrados. La característica principal de esta narrativa testimonial era denunciar y justificar la posición ajena y propia sobre los acontecimientos que sucedieron; es decir, se acusó y se defendió con razones aceptables, convincentes y con pruebas los motivos por los cuales se asumió tal o cual postura. En estos discursos también se recuperan las virtudes y los vicios. El más virtuoso tuvo la prerrogativa a la hora de denunciar. Al vicioso también se le cargaron otros delitos inherentes como las llamadas indiscreciones y faltas imperdonables en el arte de la guerra, esta impericia también fue señalada y condenada.

La diferencia sustancial entre el género demostrativo y judicial, es que en este último el vicioso tomó la palabra para justificarse, para tratar de desvanecer los vicios que le fueron atribuidos.

La denuncia y defensa tienen como fin principal la persuasión de los antagonistas y del lector vestido como juez. Los argumentos utilizados en el discurso pretenden conseguir que la tesis propuesta sea admitida por el interlocutor, que se justifique así la acción o el hecho. También tiene como fin lograr la adhesión del auditorio o los lectores a quienes se dirige. Uno de los asuntos primordiales en este tipo de narrativa es persuadir pero también convencer, es decir, lograr que la otra parte simpatice con las tesis expuestas y que sean aceptadas.

Aquí valoramos un grupo de autores europeos Carl Khevenhüller, Félix de Salm Salm, Samuel Basch e Inés de Salm y al mexicano Manuel Ramírez de Arellano. Con excepción de Inés de Salm, los extranjeros, señalaron con su índice inquisidor al

ciudadano mexicano por rechazar “la mano civilizatoria” brindada por Europa para impulsar el desarrollo social, cultural y económico del país, este fue el argumento principal de Samuel Basch. Pero en una segunda etapa, señalan a un personaje en particular que en su opinión es culpable de la triste suerte del Soberano y de su Imperio. Carl Khevenhüller y el mexicano Manuel Ramírez de Arellano denunciaron a Leonardo Márquez; Félix de Salm Salm a Miguel Miramón y la princesa Inés de Salm Salm al doctor Vicente Licea.

La respuesta a las acusaciones no se hizo esperar, pues aparecen las llamadas refutaciones que tenían la finalidad de defender el honor supuestamente mancillado. La que hicimos mención fue la de Leonardo Márquez donde observamos la mayoría de las herramientas propias de la refutación, siendo la más común revirar al fiscal acusándolo de los mismos cargos que ha imputado.

Observamos también otras formas de defensa como la “rectificación” como las escritas por Hilarión Frías e Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo. Hay que resaltar que no fueron necesariamente escritas por alguno de los denunciados, pero que existía en los autores un sentimiento herido por las denuncias de que no sólo estaban orientadas a condenar a un personaje en lo particular, sino que de alguna manera podían trasladarse a la conciencia colectiva, a la opinión del público al que estaba dirigido.

Finalmente quisiéramos recordar la máxima de Aristóteles sobre la retórica es “la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble”<sup>4</sup>. Esto nos induce a mencionar que estos testimonios no deben ser entendidos como representaciones exactas de la realidad, sino como una construcción semántico-verbal que el sujeto enunciante llevó a cabo con base en sus intereses (persuasivos) que lo caracterizaron en la situación retórica de la cual formó parte. En este sentido recomendamos leer estas memorias sin buscar verdades en ellas. Simplemente debemos atribuirles verosimilitud en la medida que logre la aquiescencia tanto emotiva como intelectual del lector.

---

<sup>4</sup> Aristóteles, *Loc. Cit.*, p. VI.



## FUENTES CONSULTADAS

Acevedo, Esther. *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867)*, México, INBA, 1995.

Aguilar Ochoa, Arturo. *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 2001.

Alamán, Lucas. *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Relaciones y Exteriores e Interiores presenta a su cargo, leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823 e impresa por orden del Soberano Congreso*, 1823.

Albaladejo, Tomás. *Retórica*, Madrid, Síntesis, 1991.

\_\_\_\_\_. “Los géneros retóricos: Clases de discurso y constituyentes textuales” en Paraíso Isabel (coord.), *Téchne Rhetoriké. Reflexiones actuales sobre la tradición retórica*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999.

Algaba, Leticia. “Por los umbrales de la novela histórica” en Clark de Lara, Belem y Elisa Spekman (coords.), *La república de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005.

Altamirano, Ignacio Manuel. “Revistas literarias”, en *La literatura nacional*, México, Editorial Porrúa, 1949.

\_\_\_\_\_. *Obras Completas II. Obra histórica*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986.

Altamirano, Marcela. *Carlota, emperatriz de México*, Grupo Editorial Tomo, 2005.

Arce, David. *Desventura y pasión de Carlota: esquema para un estudio*, México, Editorial Jus, 1962.

Arias, Juan de Dios. *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del Norte durante la intervención francesa sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Nabor Chávez, 1867.

Aristóteles. *Arte poética. Arte retórica*, Editorial Porrúa, México, 2007.

Basch, Samuel. *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional, 1953.

Beristáin Díaz, Helena. *Diccionario de retórica y poética*, México, Editorial Porrúa, 2001.

Bobes, Carmen, et al. *Historia de la teoría literaria. II Transmisores. Edad Media, poéticas clasicistas*, Madrid, Gredos, 1998.

Carmona Tinoco, Jorge Ulises. "Panorama breve sobre la retórica, su naturaleza y su evolución histórica" en Cienfuegos, David y Miguel Alejandro López Olvera (Coords.), *Estudios en Homenaje a Don Jorge Fernández Ruíz. Derecho internacional y otros temas*, México, UNAM, 2005.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

Cicerón. *De Senectute*, Madrid, Editorial Gredos, 1963.

\_\_\_\_\_. *Los oficios*, Madrid, Colección Austral, 1980.

\_\_\_\_\_. *De la invención retórica*, México, UNAM, 2010.

Conte Corti, Egon Caesar. *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

De Bustamante, Carlos María. *Memoria estadística de Oaxaca y descripción del valle del mismo nombre*. Extractada de la que en grande trabajó José Murguía y Galardi, Veracruz, Impr. Constitucional, 1821, Número 7.

De la Rosa, Luis. "Utilidad de la literatura en México", en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *La misión del escritor. Ensayos Mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM, 1996.

De Padua Arrangoiz Francisco. *México desde 1808 hasta 1867*. Prólogo de Martín Quirarte, México, Editorial Porrúa, 1994.

Del Llano, Ramón (Comp.), *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867*, México, Editorial Porrúa/Universidad Autónoma de Querétaro, 2009.

Desternes Suzzane y Henriette Chandet. *Maximiliano y Carlota*, México, Editorial Diana, 1971.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El periquillo sarniento*, México, Editorial Porrúa, 1987.

Frías y Soto, Hilarión. *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano* en Ramón del Llano Ibáñez en Del Llano, Ramón (Comp.), *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867*, México, Editorial Porrúa/Universidad Autónoma de Querétaro, 2009.

Flores D., Jorge. *Memorias inéditas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1973.

Fuentes Mares, José. *Miramón, el hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1974.

Gadamer, Hans Georg. *Verdad y Método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988.

Garfias M. Luis. *La intervención francesa en México. La historia de la expedición militar francesa enviada por Napoleón III para establecer el segundo imperio mexicano*, México, Panorama Editorial, 1986.

Galeana, Patricia. "Prólogo", en Blasio, José Luis. *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memoria de un secretario particular*, México, UNAM, 1996.

García Berrio, Antonio. "Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una retórica general)" en *Estudios de lingüística*, Alicante, Universidad de Alicante, 1984.

García, Luis Islas. *Miramón, caballero del infortunio*, México, Editorial Jus, 1989.

González Bedoya, Jesús. "Pereleman y la retórica filosófica". Prólogo de la traducción española de *Tratado de Argumentación*, Madrid, Gredos, 1989.

González de Cosío, Francisco. "Reproducción a la Introducción de la edición de 1967" en O. Arce, Francisco. *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.

González Montesinos, Carlos. *Por Querétaro hacia la eternidad. El general Miramón en el Segundo Imperio*, México, Comunicación Gráfica, 2000.

Grageda, Aarón. *Vindicación. Nuevos enfoques sobre la condición retórica, literaria y existencial de las fuentes históricas*, México, UAM-A/INAH/CONACULTA, 2008.

Guerrero Orozco, Omar. "La investigación histórica: Notas sobre la Historia de la Secretaría de Gobernación" en Patricia Galena (Comp.), *Normatividad Archivística*, México, Archivo General de la Nación, 1997.

Halbwachs, Maurice. *La mémoire collective*, París, Presse Universitaires de France, 1968.

Hall, Frederic. *Life Of Maximilian I, late Emperor of Mexico, with a sketch of the Empress Carlota*, New York, Published by James Miller, 1868.

Hamman, Brigitte. *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Hans, Albert. *El sitio de Querétaro: Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, México, Editorial Jus, 1962.

Hidalgo, José Manuel. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*. Recopilación, prólogo y notas de Sofía Vera de Bernal, México, Editorial Porrúa, 1960.

Howenaghel, Eugenia. *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Islas García, Luis. *Miramón. El caballero del infortunio*, México, Editorial Jus, 1957.

Jackson Hanna, Alfred y Kathryn Abbey Hanna. *Napoleón III y México*. Traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*, Barcelona, Siglo Veintiuno Editores, 2001.

Kératry, Emile de. *Elevación y caída del emperador Maximiliano, intervención francesa en México (1861-1867)*. Traducción de Hilarión Frías y Soto, México, Nabor Chávez, 1870.

\_\_\_\_\_. *La contraquerrilla francesa en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Larrainzar, Manuel. "Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México" en Juan Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM.

Lausberg, Heinrich. *Manual de Retórica Literaria*, Vol. 1, Madrid, Gredos, 1966-1968.

Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991.

León Toral, Jesús de. *Historia documental militar de la Intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1962.

Licea, Vicente. *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio*, México, Buruceo Hnos., 1867.

López Eire, Antonio. *Esencia y objeto de la retórica*, México, UNAM, 1996.

Loyola, Bernabé. *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.

Luca de Tena, Torcuato. *Ciudad de México en tiempos de Maximiliano*, Barcelona, 1989.

Luna Argudín, María. “La construcción de la historiografía liberal: construcción de saberes y los principios dominantes, 1822-1850” en Ronzón, José y Saúl Jerónimo (coords.), *Reflexión en torno a la historiografía contemporánea*, México, UAM-A, 2002.

\_\_\_\_\_. *Historiografía general del siglo XIX: Constitución de saberes, principios dominantes y sus géneros de expresión* México, UAM-A (Cuadernos de Posgrado).

\_\_\_\_\_. “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)” en Ruedas de la Serna, Jorge, *et al. La tradición retórica en la poética y la historia*, México, UAM-A/CONACYT, 2004.

Maestro, Jesús G. *Introducción al estudio de la literatura*, Vigo, Vicerrectorado de

Magallón Ibarra, Jorge Mario. *Proceso y ejecución vs. Fernando Maximiliano de Habsburgo*, México, UNAM, 2005.

Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*, México, UACM, 2008.

Márquez, Leonardo. *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano*, Nueva York, 1869.

Martínez Carrizales, Leonardo. “La mentalidad retórica. Apuntes sobre la cultura letrada en México durante el siglo XIX” en Leticia Algaba, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-A, 2008.

Mateos, Juan Antonio. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, México, Editorial Porrúa, 1985.

\_\_\_\_\_. *El sol de mayo, Memorias de la intervención*, México, Editorial Porrúa, 1993.

\_\_\_\_\_. *Memorias de un guerrillero*, Buenos Aires-México, Maucci Hermanos é Hijos, 1900.

May, Georges. *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Mayer, Edelmiro. *Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el imperio de Maximiliano*, México, Departamento del Distrito Federal, 1985.

Medina y Bustos, José Marcos. “Las memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano”, en Ronzón, José y Saúl Jerónimo (Coords.), *Formatos, géneros y discursos. Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*. México, UAM-A, 2000.

Milla, José. *Cuadros de Costumbres. Selección*, Ciudad de Guatemala, Editorial Tierra Santa, 2002.

Mier, Servando Teresa de. *Memoria política instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, Filadelfia, 1821.

\_\_\_\_\_. *Memorias*. Prólogo de Alfonso Reyes, Madrid, Editorial América, 1917.

Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta, antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, 1993.

Mora, José María Luis. *México y sus revoluciones*, México, Editorial Porrúa, 1950.

Moreno, Daniel. *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, Editorial Porrúa, México, 1972.

Mortara Garavelli, Bice. *Manual de Retórica*, Cátedra, Madrid, 1991.

Neumann, Bernd. *La identidad personal: autonomía y sumisión*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973.

O. Arce, Francisco. *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.

Ortega y Medina, Juan A. "Prólogo" en Prescott, William H., *Historia de la Conquista en México*, México, Editorial Porrúa, 1970.

Ortiz de Ayala, Simón Tadeo. *Resumen de la estadística del imperio mexicano 1822*, México, UNAM, 1991.

Pani, Erika. *Para mexicanizar el segundo imperio*, México, El Colegio de México, 2001.

\_\_\_\_\_. *El segundo imperio*, México, Fondo de Cultura Económica/CIDE, 2004.

Payno, Manuel. *El fístol del diablo*, México, Selector, 2004.

Pappe, Silvia. "El concepto de principios dominantes en la historiografía crítica", en Gustavo Leyva (Coord.), *Política, identidad y narración*, México, UAM/CONACYT/Editorial Porrúa, 2003.

Pereleman, Chaïm y Lucie Olbrechts-Tyteca. *Tratado de la argumentación*. Traducción de J. Sevilla Muñoz, Madrid, Gredos, 1994.

Peza, Ignacio de la y Agustín Pradillo. *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México*, México, Ignacio Cumplido, 1870.

Pola, Ángel. "Entre los réprobos", en Ramírez de Arellano, Manuel. *Últimas horas del imperio*, México, F. Vázquez Editor, 1903.

Pollack, Michael. *Memoria, olvido, silencio. La producción de identidades frente a situaciones límite*, Buenos Aires, Ediciones al Margen, 2006.

Prieto, Guillermo. *Obras Completas II. Cuadros de Costumbres 1*, México, CONACULTA, 1993.

\_\_\_\_\_. *Obras Completas III. Cuadros de Costumbres 2*, México, CONACULTA, 1993.

\_\_\_\_\_. *Memorias de mis tiempos*, México, Editorial Porrúa, 2004.

Pruneda, Pedro. *Historia de la Guerra de México desde 1861 a 1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Quintiliano de Calahorra. *Obra completa*. Traducción y edición de Alfonso Ortega Carmona, Salamanca, Universidad Pontificia, 2000.

Quirarte, Martín. *El problema religioso en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967.

\_\_\_\_\_. *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993.

Ramírez de Arellano, Manuel. *Últimas horas del imperio*, México, F. Vázquez Editor, 1903.

Ramírez Rancaño, Mario. *Ignacio Torres Adalid y la industria pulquera*, México, UNAM/Plaza Valdés, 2000.

Ratz, Konrad. "Nuevas investigaciones en torno a la estancia de Maximiliano en Querétaro" en Patricia Galeana (Comp.), *La definición del Estado Mexicano 1857-1867*, México, Archivo General de la Nación, 1999.

\_\_\_\_\_. *Querétaro: fin del segundo imperio mexicano*, México, CONACULTA, 2005.

\_\_\_\_\_. *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, México, Siglo XIX, 2008.

Ricoeur, Paul. *Historia y narratividad*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1999.

\_\_\_\_\_. *Tiempo y narración I*, México, Siglo XXI, 2007.

Riva Palacio, Vicente. *et al. El Libro Rojo*, México, CONACULTA, 1989.



\_\_\_\_\_. *Martín Garatuza. Memorias de los tiempos de la inquisición*, México, Editorial Porrúa, 1998.

\_\_\_\_\_. *Monja, casada, virgen y mártir*, en dos tomos, México, Editorial Porrúa, 2007.

Rivera Campas, Manuel. *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo*, Tomo III, México, INEHRM/ Gobierno del Estado de Puebla, 1987.

Rivera, Agustín. *Anales mexicanos: La reforma y el segundo imperio*, México, UNAM, 1994.

Rocha, Sóstenes. *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro* en Moreno, Daniel. *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, Editorial Porrúa, México, 1972.

Roeder, Ralph. *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Ruíz Pérez, Armando. "Estudio Previo" en O. Arce, Francisco. *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.

Salm Salm, Félix. *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, México, Tomás F. Neve, 1869.

Salm Salm, Inés de. *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm*, en Moreno, Daniel. *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, Editorial Porrúa, México, 1972.

Sánchez Navarro y Peón, Carlos. *Miramón, el caudillo conservador*, México, Editorial Jus, 1949.

Sánchez Sanz, José, *Retórica a Alejandro, de Anaxímedes de Lámpsaco*, Servicio de Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1989.

Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2006.

Sierra Justo y Carlos Pereyra. *Juárez, su obra y su tiempo*, México, UNAM, 1956.

Sierra O' Reilly, Justo. *Un año en el hospital de San Lázaro* de Justo Sierra O'Reilly, Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1997.

Spang, Kurt. *Fundamentos de Retórica*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1984.

Teixidor, Felipe. "Prólogo", en Calderón de la Barca, Madame. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Editorial Porrúa, 2003.

Villalpando, José Manuel. *Maximiliano frente a sus jueces*, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

\_\_\_\_\_. *Maximiliano*, México, Editorial Clío, 1999.

### Hemerográficas

Albaladejo, Tomás. “Retórica, Comunicación, Interdiscursividad” en *Revista de investigación lingüística*, Vol. VII, 2005, Ediciones de la Universidad de Murcia.

Abad, José. “La virtù según Maquiavelo: significados y traducciones” en *Tonos. Revista de estudios filológicos*, Núm. 15, junio de 2008, Universidad de Granada.

Castañares, Wenceslao, “La prueba y la probabilidad retórica” en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, Núm. 4, 1998/99 Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.

Hartog, François. “El testigo y el historiador” en *Historia y gráfica*, Núm. 18, 2002, UIA.

Hernández López, Conrado. “Querétaro en 1867 y la división en la historia (sobre una carta enviada por Silverio Ramírez a Tomás Mejía el 10 de abril de 1867)” en *Historia Mexicana*, Vol. LVII, Núm. 4, abril-junio, 2008, El Colegio de México.

Kibédi Varga, Aron. “Université et limites de la rhétorique”, en *Rhetorica*, 2000.

Meabe, Joaquín E., “Sócrates, Trasímaco y el argumento de la banda de ladrones”, en *A parte Rei*, Núm. 63, Mayo 2009, Buenos Aires.

Ranero Castro, Mayabel. “Mujeres viajeras” en *ULÚA Revista de Historia Sociedad y Cultura*, Año 5, Núm. 10, junio-diciembre de 2007, Universidad Veracruzana.

Rodríguez, Francisco. “El género autobiográfico y la construcción autorreferencial” en *Filología y lingüística*, Núm. 25, 2000, Universidad de Costa Rica.

Ruíz de la Cierva, María del Carmen. “Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad” en *Revista Retórica*, Núm. 0, marzo de 2008, Universidad de Beira.

### Tesis

García de León Melo, Olivia. *De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritos mexicanos y europeos de 1867 a 1869*. Tesis para obtener el grado en licenciatura en historia, UNAM, 2006.

Medina Bustos, José Marcos. *Sonora, tierra en “guerra viva”: visiones sobre una sociedad de frontera (1822-1850). Un análisis historiográfico de cinco memorias estadísticas de la época de autores oriundos de la región.* Tesis para obtener el grado en maestría en historiografía de México, México, UAM-A, 1998.

Moreno Flores, Alfredo. *Horizontes que se cruzan: El cerro de las campanas y La historia de la guerra de Méjico.* Tesis para obtener el grado de maestro en historiografía, UAM-A, México, 2008.

Navarro Hernández, Marlen Paola. *Retrato de costumbres: la sociedad mexicana del siglo XIX en la narrativa de José Tomás de Cuellar.* Tesis para obtener el título de licenciada en letras hispánicas, UAM-I, 2005.

Rodríguez Herrera, Emilio. *Campeche e identidad en el discurso de la Memoria.* Tesis para obtener el grado de maestro en historiografía, UAM-A, 2010.